

Tawfiq al-Hakim

Diario de un Fiscal Rural



Lectulandia

La primera novela moderna de la literatura árabe. Una novela policiaca llena de humor y de crítica al sistema judicial de su época.

La vida de un fiscal egipcio en su modesto destino rural, discurre entre la monotonía y la rutina burocrática de los pequeños delitos cotidianos: hurtos, disputas vecinales, etc.

Una noche, sin embargo, es despertado precipitadamente con la noticia de un asesinato. Una bella y enigmática joven llamada Rim aparece como única sospechosa...

Tawfiq Al-Hakim escribió esta obra corta basada en sus experiencias ejerciendo dicho cargo en los años 30 del pasado siglo y que sirve como excusa para describir con agudeza la realidad social en el Egipto de la época.

En 1955 el Instituto Hispano-Árabe de Cultura publicó por primera vez en España esta deliciosa novela de uno de los más grandes escritores egipcios contemporáneos. La traducción fue tarea encomendada al más importante arabista español del pasado siglo, premio Príncipe de Asturias en 1992, Emilio García Gómez.

Diario de un fiscal rural ha sido considerada por algunas universidades norteamericanas como una de las cincuenta mejores novelas del siglo xx en cuanto a representatividad cultural se refiere.

Lectulandia

Tawfīq Al-Hakim

Diario de un fiscal rural

ePub r1.2

P3lμμ5 28.08.13

Título original: *Yowniat Naa'b Fi al Ariaaf*

Tawfiq Al-Hakim, 1937

Traducción: Emilio García Gómez

Retoque de portada: P3lμdμ5

Editor digital: P3lμdμ5

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota del editor

En 1955 el Instituto Hispano-árabe de Cultura publicó por primera vez en España esta deliciosa novela de uno de los grandes escritores egipcios contemporáneos. La traducción fue tarea encomendada al más importante arabista español del pasado siglo, el catedrático y doctor honoris causa por la Universidad de Granada, Emilio García Gómez. Académico de la Lengua y director de la Real Academia de la Historia, recibiría el Premio Príncipe de Asturias de Humanidades en 1992.

Se iniciaba el volumen con un prólogo que, en sí mismo, constituye un ensayo excepcional por la calidad y simpatía de su escritura y por la agudeza y profundidad de sus observaciones. Al incluir junto a la novela de Al-Hakīm el prólogo de aquella primera edición se reúnen dos obras maestras en un mismo volumen. Disfrútelas el lector.

Prólogo

Es axiomático que una literatura no es la misma nunca desde dentro que desde fuera. Y, si esto es verdad cuando no se hace más que simplemente «leer», cuánto más no ha de serlo si de lo que se trata es de «traducir». Dejemos a un lado, por archisabidas, las inevitables «traiciones», deformaciones, descensos de tono y pérdidas de matices que toda versión supone. Ahora hablamos sólo, en términos mucho más genéricos, de algo que pudiéramos llamar la «comunicabilidad» de las literaturas, es decir, su teórica posibilidad de trasvase a otras. Porque en este aspecto no todas las literaturas son iguales. Limitándonos a las orientales, no cabe duda de que la persa es «comunicable» en sumo grado a nosotros (acaso por lo que en ella yace de espíritu indoeuropeo), mientras que la árabe lo es difícilmente, cosa que nada tiene que ver con su rango ni con su importancia intrínseca. Baste señalar que no parece fácil de lograr para nadie que los admirables poetas anteislámicos ni el maravilloso Mutanabbīlogren en medios europeos la boga de que goza ‘Umar Jayyām, mientras, a la inversa, las *Mil y una noches*, única obra árabe incorporada de veras al acervo de la literatura universal, es mirada por los árabes con el más soberano de los desprecios. Los nuevos patrones estéticos, en los que juega bastante la influencia europea y a los que se amolda la literatura árabe moderna, han trocado de modo sensible la situación; pero por muchas y muy hondas razones no han podido suprimir el problema, el cual, dicho se está por otra parte, existe asimismo dentro de las literaturas occidentales entre sí.

Quede esto consignado, aunque sea con tan somera generalidad, al frente de esta nueva colección de autores arábigos modernos con que el Instituto Hispano-árabe de Cultura tiende a dar a conocer entre nosotros las obras que le parecen más bellas —y más «comunicables»— dentro del campo de la literatura contemporánea del Oriente Medio. Es salvedad importante para todos. Los orientales no deberán extrañarse de nuestra elección, que puede ser errónea, pero que no es caprichosa, tiene sus leyes y no afecta en modo alguno a la categoría estética de algunas obras que de momento puedan quedar excluidas. Y el público de habla española debe asimismo pensar que lo que va a ofrecérsele viene pasado por muchas y diferentes cribas y que la calidad literaria, —que siempre se ha tenido, naturalmente, en cuenta— ha de ir hermanada, aparte otros factores, con el porcentaje de «comunicabilidad» de la obra que se traduzca.

Todo esto es sumamente importante en los principios que, como siempre, han de ser dificultosos. Si nuestra empresa tiene buen éxito y si el público hispánico se va progresivamente avezando a la manera literaria de los árabes, la selección podrá ser enfocada de otro modo.

Pero esos principios de que hablamos no son los rigurosamente iniciales. El puro

arranque suele ser, como luego los pasos que vienen una vez dominada la divisoria, relativamente fácil. Cogida en bloque una gran masa literaria, siempre destacan en ella unas cuantas, pocas, obras extraordinarias en las que se junta la perfección con la «comunicabilidad». Dentro de la literatura egipcia contemporánea, si bien limitándonos a los autores consagrados y con fisonomía literaria definitivamente cuajada, tal vez estemos todos de acuerdo en que dos de esas obras son Los Días de Tāhā Husayn y el *Diario de un fiscal rural* de Tawfīq al Hakīm. El primer libro corre ya en manos españolas, lanzado, en versión mía también, por una editorial privada. Nos ha parecido, pues, oportuno comenzar esta nueva serie por el segundo.

Tawfīq al Hakīm es una de las más curiosas personalidades de la literatura árabe actual. No lo he tratado desgraciadamente con intimidad; pero sí he conversado con él algunas veces e incluso la suerte me deparó la oportunidad de asistir al acto de su ingreso en la Academia árabe y de escuchar el sutil e intencionado discurso con que entonces lo recibió Tāhā Husayn. Debe de tener bien pasada la cincuentena, pero conserva un aire juvenil. La blancura de su piel, que forra unas facciones con aire vagamente mongólico, lo delataría por oriundo del litoral, como un ciudadano alejandrino en el antiguo sentido helenístico del vocablo. Es sumamente cortés, pero lleva fama de retraído, tímido y zahareño, y le rodea una divertida leyenda de avaro. Le gustan mucho los gatos. Parece que empezó a ganarse la vida como fiscal rural (y ello explicaría el que la novela que aquí damos tenga tanto elemento autobiográfico); pero muy pronto dio de lado la abogacía. Hasta hoy, en que es director de la gran Biblioteca Nacional de El Cairo, ha escrito en los periódicos comentarios actuales y llenos de profunda reflexión, disimulada por el humor y de finísima y buida ironía. Recuerdo especialmente unas crónicas que titulaba algo así como *Hablando con mi bastón*. Su bastón es, en efecto, famoso. (Es el bastón en que el protagonista de su novela se apoya para cruzar sobre un madero, al final del primer capítulo, una confluencia de canales). ¡Cuántas tardes lo he visto en la confitería de Croppi, una de las más famosas del barrio moderno de El Cairo, en la plaza Suleimán, solo, sentado a una mesa, con el curvo puño del célebre bastón apoyado en el cuello, observándolo todo!

Porque es un terco observador, un espectador apasionado del teatro de la vida, al que asiste en fila cero, pero en la penumbra, lejos de los focos. «Por naturaleza — dice el protagonista de su novela, es decir, él mismo— yo no sirvo más que para observar en secreto a las gentes que se mueven en el teatro del mundo, y no para que las gentes me contemplen como a un actor distinguido, sobre cuyo rostro se concentran las luces. Tales situaciones me deslumbran, me nublan la inteligencia, me quitan la poca memoria que tengo y me hacen perder esa serenidad espiritual que me permite ver las profundidades de las cosas» (cap. VI). ¡Acechar, atisbar siempre, aprovechar ese privilegio que no es frecuente, «porque la capacidad de observación

es un don muy importante que no todos poseen» (cap. IX)! Y Egipto, y en particular El Cairo, es un maravilloso observatorio «de la lucha entre dos mentalidades y del choque de dos maneras de ver el mundo, cosas que siempre me ha gustado contemplar y ver en qué paran» (cap. VIII).

Ahora bien: la observación de la vida humana, por muchos que sean el humor, la filosofía y el escepticismo de que se acompañe, engendra dolor. Éste observador tremendo, que no ha tenido nunca el escape de la acción, ha necesitado otra válvula, y la ha hallado en la fantasía y en el ensueño simbólico. De aquí el que la obra de Tawfīq al-Hakīm —quien nunca ha abordado, que yo sepa, la biografía novelada ni la historia de las glorias del Islam o de su país— tenga dos vertientes. Una —en la novela y en el teatro— es el simbolismo, que le ha llevado a grandes triunfos (traducciones a lenguas europeas, clamorosa representación de uno de sus dramas simbolistas durante un congreso en Palermo). La otra —en el periodismo y en la escena (tiene un grueso volumen que se titula *Teatro de la sociedad*, con obras largas y piececitas cortas del tipo de nuestros sainetes)— es el realismo costumbrista, a base de exquisitas estilizaciones de una realidad social y humana divinamente observada.

En esta última vertiente se inscribe el *Diario de un fiscal rural*, novela que figura entre sus primeras producciones y que, para mi gusto, constituye una pequeña maravilla.

¿Cómo definiríamos el *Diario de un fiscal rural*? No ha faltado, entre los mismos egipcios, quien haya visto en esta obra nada más y nada menos que un programa o manifiesto de reformas sociales o una especie de crítica en acción de los procedimientos judiciales que regían en Egipto. Es mucho ver y es ver muy poco. Con idéntico derecho otros podrían descubrir en el Diario una variedad de las fábulas policíacas o una discontinua historia de amor o un coloreado desfile costumbrista. Porque todos esos elementos, en dosificación diferente y muy sabia, se encuentran en esta obra. Pero ella, en su conjunto, no es ni más ni menos que una buena novela; es decir —aspecto que a veces se ha desconocido y que naturalmente no se debe desconocer—, una obra de arte.

Por razones personales y biográficas, lo mismo que otro autor habría elegido el punto de mira de un aguador, o de una dama de la sociedad, o de un profesor universitario, Tawfīq al-Hakīm ha elegido una fiscalía rural como poderosa lente con que revelar en la platina novelesca todo el microcosmos de la vida campesina egipcia. La cosa tiene más importancia en el país del Nilo de lo que a primera vista parece, y no sólo por la desgarradora injusticia social de que el «fellāh» egipcio ha sido símbolo poco menos que con validez universal (asunto del que hablaremos en seguida), sino por otras razones. Egipto —bien nos lo pone de resalto el último capítulo de la novela— es un país macrocéfalo, igual que en Europa lo es en cierto sentido Francia, a diferencia de otros como España o Italia, más descentralizados y

con muchas ciudades dotadas de vida propia y de las que muchos funcionarios no querrían ser trasladados.

En Egipto —aparte el mundo propio y aparte de Alejandría— no hay más que El Cairo y el campo. Pero el desnivel entre El Cairo y el campo es astronómico. De El Cairo, ciudad maravillosa, Babel gigantesca, ventosa imponente que sorbe casi toda la vida civilizada del país, se pasa, casi sin escalones, a la vida de los campos, que podríamos calificar —para nuestro caso da lo mismo— de idílica o de primitiva, pero que, bajo uno u otro aspecto, es elemental. Los titulados jóvenes que las Universidades egipcias lanzan en incesantes promociones no pueden lógicamente quedarse todos en El Cairo. Algunos tienen que salir al campo. El Diario de un fiscal rural es un espejo de este descenso, de esta tragedia, de este choque de sensibilidades, que el correr de los tiempos va paliando, aunque no creo que haya desaparecido en absoluto.

El campo es el mundo primitivo del «fellāh», al que acabamos de aludir hace un instante. Sería pueril intentar describírselo mal al lector que, gracias a esta novela, puede zambullirse a fondo durante unas horas precisamente en ese mundo. Lo único que debe ser subrayado es que ese mundo produce, a la vez, desazón y lástima. El que cae en él, viniendo de la capital, siente en su fina epidermis la equimosis del roce con el primitivismo; pero más grave es que, al mismo tiempo, se le abra en el alma la llaga de la misericordia. Siente la injusticia: le punza, le abrasa y se rebela contra ella.

La situación del «fellāh» —o de sus tipos similares en muchos países— puede arrancar al sociólogo, al filántropo o al político soflamas indignadas, lacrimosas peroratas o proyectos de reforma. En el terreno literario hay que andarse con más tiento. Porque existe el escollo del melodrama en el que tantos, dentro y fuera de Egipto, han encallado; la sirte de una dramatización ingenua por el estilo que puede representar entre nosotros esa zarzuelita titulada *El puñao de rosas*. Claro está que ningún fino espíritu ha caído en esa red. Por eso la han evitado con elegancia —tenemos que volver a emparejarlos— Tāhā Husayn en *Los Días* y Tawfīq al-Hakīm en el *Diario*.

Su punto de partida es muy semejante. Tawfīq al-Hakīm afirma, por ejemplo, hablando de los barberos sanitarios y de las comadronas, que «las almas de las gentes no valen nada en Egipto, porque los que deben velar por estas almas velan muy poco por ellas» (cap. VIII). Es poco más o menos lo mismo que nos cuenta Tāhā Husayn en *Los Días* (I, XVIII), a propósito de la muerte de su hermanita: «Los niños de las aldeas y de las ciudades de provincia se hallaban, en cierto modo, expuestos al abandono... Se desprecia al médico, o no se sabe que existe, y se acude, en cambio, a esa especie de ciencia criminal que es la de las mujeres y congéneres». Pero el tratamiento del tema —aun siendo elevadísimo en ambos casos— se hace al punto diferente. Tāhā Husayn, al cabo campesino él mismo y víctima de la pseudo-ciencia criminal de los

campesinos, nos refiere el proceso de su propia liberación y ascensión en términos de fuego, que a la vez abrasan y purifican. Por el contrario, Tawfīq al-Hakīm, un señorito convertido por azares de su carrera en fiscal rural, escapa por la tangente de una acerada ironía, en cuyo espejo la amargura, sin dejar de doler, se deforma y se riza en perfiles caricaturescos.

Hay en el *Diario de un fiscal rural* divertidísimas historias: baste recordar, entre tantas otras, el capítulo inicial, las sesiones del cadí lento y del cadí galopante, el clavo en la vía férrea, el traslado del teléfono oficial, la pelotera de terraza entre la mujer del delegado gubernativo y la del cadí, la conferencia sobre Einstein, la ruina de la botica, las picardías electorales, etc. ¿Es que todo va a tomar aun aire satírico y burlesco? En modo alguno. Con gran osadía, que sólo la confianza en las propias fuerzas justifica, Tawfīq al-Hakīm acumula también en pocas páginas todo género de horrores: una visita al hospital con una operación quirúrgica, la exhumación de un cadáver, un parto espantoso, una autopsia espeluznante, la instrucción de un caso de envenenamiento entre las náuseas de la víctima... Pero el talento del autor sale triunfante del paso y logra dar sólida unidad de estilo y de tono a tan dispares elementos, atando el ramillete con el bramante de una acción medio policíaca medio amorosa, en que dos enigmáticas figuras encienden unas lucecitas fantásticas: Rīm, la de su belleza misteriosa; el sayj ‘Usfūr, la de su lúcida locura o lo que quiera que sea, porque no se aclara nunca. Lo satírico tiene un fondo amargo. Lo terrorífico se disuelve en un humor sarcástico. Como en una buena limonada, el ácido y el azúcar se contrarrestan sin desfigurarse. Es un poco, *avant la lettre*, la solución del estilo llamado *neorrealista* en el cine italiano. Su receta es fácil, pero su realización resulta muy difícil. Porque es, ni más ni menos, que el milagro del arte.

Tratándose de literatura árabe, señores lectores españoles, todavía antes de internarse en un libro habrán de fiarse de nuestra palabra. Pero créanla y espero que han de encontrarla justificada: el *Diario de un fiscal rural* es una obra maestra.

A ello contribuye, como en literatura es esencial, el apoyo del lenguaje, aspecto al que parece oportuno dedicar aún algunas palabras. Por mucha tabla rasa que los escritores árabes contemporáneos quieran haber hecho de la retórica del pasado, el espíritu semita es siempre esclavo de la letra y los árabes de nada están tan orgullosos como de su lengua, que es la lengua del Alcorán (y, por tanto, para ellos, de Dios) y que tienen por la más bella del orbe. Pocos autores se resignan, pues, a no introducir en su estilo moderno al menos algunas briznas tradicionales. Pero basta echar un escrúpulo de verduras secas en una cazuela de agua para que ésta quede convertida en sopa juliana; o, si se quiere una metáfora más elegante, basta echar en un vaso de agua esas raspas japonesas de papelillos de color para que al punto se transformen en flores, dragoncitos y pagodas. Ahora bien: Tawfīq al-Hakīm está libre del todo de tales tentaciones.

Su lenguaje —excelente lenguaje— es totalmente moderno, ágil, nervioso, flexible, sin nada que sobre ni falte. Ninguna frase resulta una excrecencia y todas chisporrotean de oportunidad y de ingenio, ajustándose a la idea como un guante. Las metáforas son nuevas casi siempre. Recordemos, entre tantas, la de las ratoneras dispuestas en torno de la cama como minas flotantes protegiendo a un barco de la Cruz Roja (cap. I), o la de los convalecientes del hospital viendo pasar al enfermero y a las autoridades como los monos de la Casa de Fieras ven pasar a sus guardianes acompañando a las visitas de importancia (cap. III). Por otra parte, las estilizaciones del habla popular (para las que introduce, sin darle importancia y como quien no quiere la cosa, el árabe dialectal) son felicísimas. Siempre reproducen el sabroso gracejo del pueblo bajo de Egipto, y en ocasiones, como en las lamentaciones fúnebres del cap. XI:

*¡Ay del árbol! ¡Ay del que nos daba sombra! ¡Ay padre mío!
¡Ay del que salió con su comida en la barriga! ¡Ay padre mío!*

pueden parangonarse con las patéticas imprecaciones españolas, transidas de fuerza y vigor seculares, en la dramaturgia de García Lorca.

Al prologar la versión española de *Los Días* de Tāhā Husayn escribimos: «En lo que tienen de acerada y entrañable, aunque indirecta, crítica del país, es una literatura que recuerda a la de nuestra generación del 98. Como ella ha sido fundamental, triste, hermosa, fecunda... y efímera». Otro tanto cabría decir —nuevamente volvemos a emparejar los dos libros— del *Diario de un fiscal rural*. Ambas son voces de timbre muy distinto, pero que se juntan en un coro para fustigar con eficacia, con dolor y con piedad los males del país, exponiéndolos ferozmente al aire y soplándolos como a llamas con el fuelle del arte, para que cautericen las conciencias y hallen remedio. En este sentido recuerdan un poco a nuestros doloridos autores del 98, si bien la intensidad es muy diferente, y, por otra parte, en Egipto no hallamos la sublimación literaria del paisaje y de la tradición que entre nosotros representan, por ejemplo — para no citar más que un autor y una obra—, *Los pueblos* de Azorín, monumento admirable de melancolía.

Pero claro está —y éste es otro ya aludido punto de semejanza— que una tal orientación ha de ser efímera; de un lado, porque la literatura no puede mantener indefinidamente un tono tan tenso; de otra parte, porque —justamente por ser eficaz, y serlo quizá más que toda política— las lacras denunciadas van dejando de existir; y, finalmente,... porque las coyunturas políticas cambian y consienten con dificultad parecida voz en las letras. La crítica desnuda de los males de Egipto y el «faraonismo» (que asoma un poco la oreja en el cap. IX con una alusión que va dirigida, no sólo contra los turcos, sino también contra los árabes), no han podido

proseguir —aparte otros motivos internos— en la época de la Liga árabe, de la lucha por la liberación y de todo lo que ha venido después. Los escritores se han sentido espoleados por temas muy distintos y han afilado de nuevo su cálamo para cantar glorias antiguas. Tawfīq al-Hakīm no lo ha hecho, que yo sepa; pero ha acentuado su tendencia simbolista y ha echado agua en su vino para presentar sobre las tablas divertidos sainetes cairotas.

Habiendo felizmente consumado sus objetivos de reforma, las obras que comentamos siguen, sin embargo, en vigencia como imperecederas obras de arte. Son instantáneas de un aspecto de la vida del país, más eficaces que el clásico libro de Lane (escrito en 1833-35) y con la ventaja de haber sido tomadas por los mismos egipcios. Son folios imborrables en el archivo de un pueblo. De él los extraemos ahora para deleite de los lectores españoles, y en ello ni siquiera el egipcio más susceptible y puntilloso debe sentir vergüenza, sino orgullo. Porque los lectores españoles saben que se trata de cosas en muy buena parte pasadas o a pique de pasar, y no han de ver en estas páginas la sociología, sino el arte. Sin contar la sincera amistad que une a los dos pueblos y cuyo fomento es la aspiración primera del Instituto Hispano-árabe de Cultura, no olviden los egipcios que pocos públicos podrán entender páginas así tan bien como el español, para quien son familiares el olímpico impudor de la novela picaresca, los cuadros de mendigos de Murillo y las feroces postrimerías de Valdés Leal.

Si el *Diario de un fiscal rural* no fuese una novela moderna, cuya traducción se destina a un gran público no especializado, habría requerido un tratamiento erudito considerable: elucidación sistemática del régimen jurídico que se describe y conservación de todos los nombres técnicos explicados en notas que resultarían interminables. Pero, como es lo que es, todo ello se ha tenido por inútil. No se aclara apenas nada y los tecnicismos han sido adaptados, lo mejor que nos ha sido posible y con entera libertad, al castellano. No parece que haga falta más.

Valen aquí las mismas observaciones que para la traducción de *Los Días* expusimos al final de aquel prólogo, sin contar la larga, aunque modesta, historia que como traductor puede presentar el autor de estas líneas. Precisemos más, sin embargo. Ésta versión ha pasado, al menos, por tres estadios: en el primero se cuidó la literalidad más estricta y se conservaron transcritos todos los nombres técnicos; en el segundo, fueron éstos sustituidos, y se revisó de nuevo el resto a la vista del árabe; en el tercero, se retocó con libertad el castellano sin consulta del texto original. Queda así escrito para aviso de zoilos.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ

¿Por qué escribo mi vida en un Diario? ¿Acaso porque es una vida feliz? De ningún modo. El que lleva una vida feliz no la escribe y se limita a vivirla.

Yo vivo con la criminalidad en una misma cadena. Es mi compañera y mi esposa, a la que veo todos los días; pero a la que no puedo hablar en secreto. Sólo aquí en este Diario puedo hablar de ella, de mi y de todos los sucesos.

¡Páginas que no habéis de ser publicadas! No sois más que una ventana abierta por la que se explaya mi libertad en las horas de angustia.

I

UN CRIMEN VULGAR QUE SE HACE INTERESANTE

11 de octubre de...

Anoche me metí en la cama muy temprano, porque sentía esa inflamación de garganta que ahora me suele dar de vez en cuando. Me lie al cuello un trapo de lana, y cebé con raspas de queso rancio las tres ratoneras, que dispuse en torno de la cama como esas minas flotantes que protegen a un barco de la Cruz Roja. Apagué el quinqué y cerré los ojos, pidiéndole a Dios que por algunas horas hiciese dormir en este distrito a los instintos humanos y que no surgiese ningún delito que me obligase a levantarme de noche en aquella situación. Pero apenas puse la cabeza en la almohada y me quedé dormido como una piedra, cuando me sobresaltó la voz del guardia que, aporreando con furia la puerta, decía a gritos a mi criado:

—¡Despierta, Dasūqī!

Comprendí que algo había pasado y que los tales instintos no iban a dormir porque a mi se me antojara hacerlo. Me levanté a seguida y encendí el quinqué. Mi criado entró restregándose los ojos con una mano, y con la otra me alargó un aviso telefónico. Acercando el papel a la luz, leí lo siguiente:

Ésta noche, ocho tarde, mientras llamado Qamar al-dawla ‘Ulwān cruzaba puente, cerca término municipal, le dispararon tiro desde cañaverl. Se ignora quién sea autor. La víctima no puede contestar interrogatorios, se halla grave estado. Necesaria presencia.

El alcalde

Menos mal, me dije para mis adentros. Éste es un asunto fácil, que me llevará todo lo más dos horas. El autor no se sabe quién sea, y la víctima ni tuge ni muge. No hay más testigos que el guarda jurado que oyó el disparo y que se acercaría al lugar del suceso lleno de miedo y con poca prisa, debido a lo cual, naturalmente, no encontraría esperándole a nadie más que al cuerpo tendido; el alcalde, que me jurará por todos sus muertos que el criminal no es de la comarca, y los parientes de la víctima, que me lo ocultarán todo para poder tomarse la justicia por su mano.

Pregunté a mi criado la hora que era, y escribí debajo del aviso:

«Llegó a las 10 y me dispongo a hacer la instrucción del suceso».

Me vestí con prisa de bombero, y envié a buscar al secretario de instrucción y al coche de la fiscalía, al mismo tiempo que mandaba a alguien para que despertase a mi nuevo auxiliar, un joven larguirucho, recién ingresado, el cual me tiene pedido que le deje acompañarme en los asuntos, para adquirir experiencia y práctica.

No tardé en oír en la puerta la bocina del coche del distrito, una camioneta Ford, en la que venían el delegado gubernativo, el ayudante de la delegación y algunos soldados. Al bajar, encontré todo listo, y que no faltaba más que el secretario de instrucción. No me chocó, porque siempre que he llegado tarde a un suceso, trátase del pueblo y del distrito que sean, siempre ha sido por culpa del secretario de instrucción. Me volví al guardia y le dije:

—¿Estás seguro de haber despertado a Sa'īd Effendi?

Oí en la oscuridad el ruido de una botaza que golpeaba la tierra y vi una mano que se elevaba en el saludo militar hacia el alto gorro de fieltro con placa metálica, y una boca que se movía bajo un bigote negro y espeso como el rabo de un gato:

—Se puso la camisa delante de mí, Excelencia.

Resolvimos salir en el coche y pasar por casa del secretario para recogerlo. Monté con mi auxiliar y el delegado gubernativo en el coche de la fiscalía hasta llegar a una casa vieja, a lo último del pueblo.

El guardia, que iba montado en el estribo del coche para indicarnos el camino, gritó:

—¡Baja, Sa'īd Effendi!

El secretario se asomó por una ventana remota, en camión:

—¿Es que pasa algo?

—Ha habido tiros —dijo a voces el guardia.

No sentí entonces más que la mano del delegado gubernativo, la cual, saliendo por la ventanilla del coche, dio un cogotazo al guardia:

—Guardia, hijo de..., ¿conque se puso la camisa delante de ti, hijo de...?

—Por vida de la cabeza de Su Excelencia, que se la puso...

No creí necesario puntualizar este extremo, porque una de dos: o el guardia no sabía con certeza lo que era una camisa, cosa bastante probable, o Sa'īd Effendi se había vuelto a quitar la camisa y se había dormido de nuevo, cosa bastante probable también. Como yo no era oficialmente el único responsable del retraso, no habría sacado otro fruto de interpelar a gritos a Sa'īd Effendi que el que me doliera la cabeza, y aquella noche yo estaba más necesitado que nadie de descanso y de ahorrar fuerzas y palabras para el verdadero asunto que nos ponía en jaque. No tardó, en efecto, la languidez en arrastrarse por mis miembros, y, apoyando la cabeza en una esquina del coche, dije a mis acompañantes:

—El lugar del suceso esta a treinta kilómetros, y yo voy a ver si duermo por el camino.

Cerré los ojos y sentí cómo se ponía en marcha nuestro coche, seguido de la camioneta Ford, en la que iban el secretario, el ayudante, el brigada y los soldados.

Apenas habíamos salido al camino rural cuando oímos cantar en el seno de la noche. El delegado gubernativo sacó inmediatamente la cabeza por la ventanilla y

gritó:

—Señor ayudante, se nos había olvidado el *sayj* ‘Usfūr.

Se detuvo la caravana y la voz salió clarísima del matorral de cañas en la linde de un camino:

*Las pestañas de mi amiga
alfombran medio marjal...*

El ayudante se apresuró a gritar:

—¡Sube, *sayj* ‘Usfūr! Hay suceso.

Entonces apareció ese hombre extraño que vagabundea de noche y de día, sin dormir, cantando siempre las mismas canciones y profiriendo palabras pseudopoféticas que escuchan las gentes; ese hombre cuya mayor alegría es asistir a todos los sucesos con la fiscalía y la policía y que apenas oye de lejos la bocina de la camioneta Ford la sigue adonde sea, como el perro a su amo cazador. ¿Por qué todo esto? Muchas veces me he preguntado cuál será el secreto de este hombre.

Se acercó a la camioneta, diciendo en tono parecido a la protesta:

—¿Os ibais sin mí?

El brigada le contestó sonriente:

—De ningún modo. Si hubiéramos sabido tus señas, te habríamos enviado aviso.

—Bueno —asintió—. Trae un cigarro.

El brigada le hizo un rápido guiño y le dijo en voz baja:

—Cállate, que va a oírte el señor delegado.

Pero el *sayj* insistió:

—Trae un cigarro, señor brigada, que esta noche soy el brigada de los sin tabaco.

Luego subió a la camioneta Ford como si fuese a un RollsRoyce, después de arrancar del matorral una vara verde que llevaba en la mano como un cetro.

Siguieron su camino los dos coches por entre los sembrados. Dormía la naturaleza y callaban todos los ruidos, salvo el croar de las ranas, el zumbido de los insectos y el canturreo del *sayj* ‘Usfūr que salía de dentro de la camioneta. A mí me había entrado ese sopor que me da siempre que voy a un suceso; ese sopor entrecortado, que en ocasiones no me impide oír lo que se habla a mi alrededor. Mi auxiliar iba a mi izquierda, bien despierto, manifestando asombro y deseo de preguntarlo todo; pero, como le refrenaba el temor de molestarme, se volvió hacia el delegado gubernativo, que iba a su lado, y pronto se enredaron en una larga conversación, de la que no escuché gran cosa, pues fue precisamente la que me hizo conciliar un sueño profundo durante todo el camino.

Me desperté cuando, al cabo de bastante tiempo, se detuvo el coche. Abrí los ojos, y vi que estábamos al borde de un canal, y que la almadía estaba esperándonos

para pasar a la otra orilla. Nos apeamos todos y nos apretujamos en ella como si fuéramos unos náufragos en el bote salvavidas o un cargamento de cántaros grandes de barro en un barco del Alto Egipto. La almadía cruzó hasta llegar a la orilla opuesta, sin que oyéramos en la calma profunda de la noche otra cosa que sus cadenas golpeando en el agua, y sin que viéramos absolutamente nada, por la espesísima oscuridad. Pero apenas pisamos tierra, oímos relinchos y nos encontramos delante de los caballos del puesto de policía y los burros del alcalde, dispuestos para llevarnos al lugar del suceso.

¡Qué caballos! Uno de los soldados, por respeto a mi autoridad, se adelantó hacia mí con un rocín escuálido. Cuando le vi balancearse y herir la tierra con sus cascos y que no se resignaba a estarse quieto hasta que me monté, comprendí que me caería al suelo sin remedio.

¡Cuántas veces estuve a punto de deslizarme de encima de aquel lomo movedizo, que debía haber gobernado un caballero hábil y no un jinete medio dormido! ¡Cuántas veces también estuve a punto de preferir uno de aquellos tranquilos burros! Pero, al mirar hacia atrás, veía que las personas de viso en la caravana iban a caballo y que los burros habían quedado para las gentecillas, y me daba vergüenza bajarme de mi rocín y ponerme al nivel del *sayj* ‘Usfūr, que iba montado en un asno gris, al que agujaba con su cetro verde para mantenerlo inmediatamente detrás de los caballos.

Me entregué, pues, a la voluntad de Dios, y seguí avanzando en vanguardia, titubeante por el miedo y el cansancio, hasta que el sueño me cerró los ojos y acabé por no darme cuenta de nada; pero de pronto me encontré despedido de encima del caballo y derribado sobre su cuello. El caballo, por haber dado un gran salto sobre un canal de agua, me hizo caer de su lomo. Me dije:

—Ya está aquí lo que tenía descontado.

Grité al guardia que iba pegado a mi estribo:

—¡El caballo, guardia, el caballo!

La caravana se detuvo, rompiendo su orden. El delegado gubernativo repartió con largueza insultos, golpes, mandatos y prohibiciones. Me colocaron de nuevo a lomos del caballo, mientras yo decía para disimular mi vergüenza:

—Indudablemente el caballo se durmió mientras andábamos, o tuvo miedo de alguna zorra fugitiva y se encabritó. En todo caso —añadí dirigiéndome al guardia—, sujeta bien las bridas.

Dos guardias cogieron las bridas y caminaron conmigo despacito, despacito, a un paso sosegado y monótono, que me devolvió a mi somnolencia.

No volví a despertarme hasta el lugar del suceso; pero, apenas vi la luz de las antorchas y faroles en manos de las gentes que rodeaban a la víctima, se me fue el cansancio de la cabeza, como el búho deja su nido al acercarse la luz. Me apresuré a

apearme del lomo del caballo y me abrí camino entre las gentes, que murmuraban en voz baja:

—Ya está aquí la fiscalía.

Me acerqué al cuerpo tendido en el suelo y contemplé aquel rostro manchado de barro y de sangre. Al punto comprendí que, desde luego, no podía hablar. Encontré también al oficial del puesto metido hasta las orejas en la redacción de su atestado, del que yo no había de hacer el menor caso, puesto que la fiscalía, cuando comparece, ha de investigar todo de nuevo.

Emprendimos, pues, la instrucción, comenzando por la inspección ocular. El secretario, armado de papel y pluma, se acercó a mí y yo empecé a dictarle el encabezamiento consabido:

«Yo, Fulano, encargado de la fiscalía, y conmigo Fulano, secretario de instrucción, habiéndonos llegado por la noche, a tal hora, aviso telefónico número tal, con texto cual, salimos en coche para el lugar tal, y llegados a él a la hora de iniciar este atestado, etc».

(A mi me gusta siempre cuidar la redacción de mis atestados y darles una distribución lógica, porque el atestado es el todo a ojos de la Superioridad, y es el único testimonio que habla de la minuciosidad y de la habilidad del fiscal. Lo de coger al criminal es asunto del que nadie se ocupa).

Al encabezamiento debe seguir la descripción de la herida, de los vestidos, y del lugar en que fue encontrada la víctima. No lo descuidamos.

Le dicté al secretario los pelos y señales de aquel balazo cuyo ancho orificio veíamos en el hombro del herido, y que me pareció producido por un tiro de fusil disparado de no muy lejos, y que había desgarrado la carne y producido hemorragia. Luego hicimos una perfecta descripción del rostro, que era el de un hombre cercano a la cuarentena, guapo y bien parecido, con esa virilidad, salud y robustez que tiene la hermosura campesina. No pasamos por alto ni el tatuaje de un pájaro que tenía en lo más alto de la sien, ni el color del bigote que tiraba a amarillento.

Inventariamos a continuación los vestidos, desde el chaleco, la chilaba de tela a grandes rayas y la bolsa del dinero, que no había sido tocada, hasta los zaragüelles de lienzo, blancos con cintas encarnadas. Sí, sí: no nos olvidamos ni de las cintas de la ropa ni de la clase de los tejidos, porque mencionar tales detalles demuestra minuciosidad y celo, y así hemos aprendido a hacer los atestados de generación en generación. Me acuerdo que cierta vez dejé a un herido en las ansias de la muerte y me puse a describir sus zaragüelles, sus cintas, sus babuchas y su gorro de fieltro, y que, cuando terminé y me incliné a preguntarle sobre quién le había herido, ya se había muerto.

Tampoco nos olvidamos de describir el lugar, que era un camino estrecho entre dos sembrados de caña de azúcar. No es extraño. Cada clase de cultivo produce una

clase determinada de delitos. Con el crecimiento del maíz y de la caña viene el momento del asesinato por arma de fuego; con el amarillar de los trigos y de las cebadas aparecen los incendios ocasionados con panochas desgranadas y secas impregnadas de gasolina, y con el verdear del algodón aumentan los sembrados arrancados y las destrucciones.

Cuando terminamos con el herido presente, que no había de volver a interesarnos una vez lleno el atestado de todas las descripciones necesarias, lo dejamos bañado en su sangre, al cuidado del oficial del puesto, hasta que vinieran los sanitarios a llevárselo al hospital, y nos encaminamos a la casa del alcalde, donde nos aguardaba el café.

¡Qué café el de los alcaldes! Yo lo llamo siempre «el cloroformo», porque no hay una sola vez que no me haya producido el efecto contrario del que se busca con tomarlo. La causa, la ignoro. Sólo sé que cierta noche oí a uno de estos alcaldes gritar delante de nosotros a su criado:

—Muchacho, trae café de *bunn*^[1].

No entendí entonces qué significaba este genitivo «de *bunn*» unido a «café». ¿La presencia del *bunn* indicaba pureza en sentido confirmatorio, o venía empleada como honor y protocolo? Nunca lo supe. Pero entonces caí en la cuenta y adquirí la certeza de que la tal palabra, aunque entraba en la composición de la frase, no entraba en la composición del café.

Nos sentamos en la *manzara*^[2] sobre un diván de terciopelo que ya no tenía pelo ni color. El secretario instaló sus papeles sobre una mesa coja, con un tablero de mármol roto, y desplegó el atestado debajo de un gran quinqué, que sonaba y bordoneaba porque en torno suyo se habían reunido todos los insectos nocturnos. Yo pedí a voces que vinieran los testigos, y el delegado gubernativo reforzó mi grito con otro suyo:

—Señor ayudante, reúne los testigos.

Y al punto se retrepó en un asiento ancho que había en un rincón del cuarto, de una manera que me dio a entender que tras ella no habría más que sueño y ronquidos. Mi auxiliar se sentó cerca de mí, mirando cuanto ocurría con unos ojos lánguidos, delatores de que la pereza empezaba a jugar con ellos como el céfiro con el follaje.

Me trajeron primeramente al guarda jurado que oyó el tiro y que había sido el primero en acudir al lugar del crimen. No engañó mis previsiones en nada, más que en afirmar que había oído tiros, a pesar de que el aviso telefónico decía uno, que la herida era de un solo disparo, y que todos los presentes estaban contestes en que en el pueblo no se había oído más que uno. ¿Hasta qué punto mentía el hombre? No lo sé. Pero dejando el asunto principal, tuvimos que desviarnos a esta cuestión de si hubo dos tiros o uno. Interrogado todo el mundo de nuevo, respondieron acordes:

—Un solo tiro, Excelencia.

—¿Lo oyes, guarda?

—Dos tiros, Excelencia.

—¿Seguro?

—Dos tiros, Excelencia.

Aquí tocamos lo pesado de la instrucción y los inconvenientes del oficio. Yo me explico que mienta el acusado, porque es su natural derecho, y jamás he pretendido que un acusado me diga la verdad. Pero a un testigo, por la faz de Dios el Alto, ¿qué podía moverlo a interponer ante la verdad esta mancha de incertidumbre y de contradicción?

La instrucción se internaba por oscuros caminos, en los cuales no había esperanza de llegar a nada seguro. Nadie conocía al criminal. Nadie sospechaba de nadie. En aquel pueblo no había otros parientes de la víctima que su madre, una vieja enferma, impedida, medio ciega y que no podía hablar. Su mujer había muerto hacía dos años, dejando un niño pequeño, que no podía comparecer ante nosotros para ser interrogado. Nadie aportaba al hecho una explicación ni comprensible ni incomprensible. Nadie sabía que entre la víctima y ningún hombre sobre la faz de la tierra existiera enemistad que hubiese conducido a la comisión del crimen. ¿Es que había salido Satanás de los infiernos para soltar un tiro contra aquel hombre? Nadie lo sabía. Pasó lo que me había figurado. Desde que leí el aviso, comprendí que era asunto muerto ¿Y podía yo con mi instrucción dar vida a lo que no la tenía? Si los testigos no me decían la verdad; si las gentes no me asistían con su diligencia y con su buena fe, ¿qué demonios de atestado podía llevarme a descubrir al criminal? Le llegó el turno de declarar al alcalde, y ya había prestado el juramento y empezábamos a hacerle esas preguntas cuyo orden jamás se altera, cuando oímos un ronquido que venía del ángulo de la habitación y estorbaba la instrucción. Volví la cabeza y vi que el delegado gubernativo se había recostado sobre el canapé. El alcalde, advirtiéndome mi ademán, me pidió permiso, se dirigió al delegado y lo despertó suavemente:

—Venga por favor, Excelencia, a esta cama que hay en el cuarto.

Y después de conducirlo con toda educación y cortesía a otra habitación interior, volvió delante de mí a soltarme esas declaraciones oficiales y de cajón, estampilladas con el sello del cargo; palabras y expresiones que cambian apenas de un alcalde a otro; que, en definitiva, ni benefician ni dañan, y que echan paz y agua fría sobre el fuego de la cuestión. Pero apenas había puesto el señor alcalde debajo de su declaración una firma que parecía el escarbar de la gallina, y se había retirado de su puesto de testigo, cuando se abrió la puerta de la habitación interior y apareció el delegado gubernativo rascándose todo el cuerpo y pinzando con los dedos de entre sus ropas algo que tiraba lejos de sí, mientras decía entre mugidos y espumarajos de cólera:

—¡Una cama! ¡Bendito sea Dios! ¿Y tú eres alcalde, tú?

Comprendí perfectamente lo que había pasado y, aunque me reía para mis adentros, fingí enfrascarme en mi trabajo y no levanté la vista de los papeles. El delegado gubernativo se dejó caer en su asiento con el aire de un hombre a quien se le había ido el sueño sin retorno posible por aquella noche, y no tardó en gritar al alcalde:

—Trae un café, y se acabó. Pero hazlo bien cargado, por vida de tus ojos.

Luego se dirigió a mí, como queriendo olvidarse de su insomnio:

—¿El asunto va sobre ruedas?

Con estas palabras quería enterarse de cómo iba, y de si había llegado a ese final feliz que consiste en llevar la cabeza del acusado al patíbulo. Sin mirarlo, y como si hablase conmigo mismo, le contesté en voz baja:

—El asunto duerme.

Entonces se incorporó el delegado gubernativo en su asiento, como si hubiese recordado de pronto dónde estaba la clave del secreto, y gritó:

—¡Sayj ‘Usfūr!

La cabeza de aquel hombre extraordinario asomó por detrás de una silla de anea en un rincón oscuro del cuarto, y se puso en pie con su cetro verde, como diciendo: Aquí estoy.

—¿Qué opinas de todo esto, Sayj ‘Usfūr?

No pude contenerme. ¡Ya no nos faltaba más que consultar en las causas criminales a los perturbados! Dirigí al delegado gubernativo una mirada significativa; pero se acercó a mí y me dijo:

—El Sayj ‘Usfūr es todo *baraka*^[3]. Una vez nos hizo encontrar, enterrado en el fondo de un canal, el fusil de un acusado.

—Señor delegado: en vez de interrogar al sayj ‘Usfūr y al sayj Turtūr^[4], haz el favor de ir con el ayudante y los soldados a registrar las casas de todas las gentes sospechosas.

El delegado gubernativo gritó:

—¡Señor ayudante!

El ayudante, que había oído mis palabras, entró en la habitación y presentó a su jefe «un atestado de registro en una sola hoja»:

—Ejecutamos el registro, Effendi^[5].

El delegado gubernativo no lo miró siquiera y me lo pasó. Yo recorrí con la vista aquellas palabras largas y anchas hasta llegar a lo de siempre: «No hemos encontrado nada de armas ni de cosas prohibidas».

Puse debajo de la hoja: «Únase al atestado», y apoyando la frente en las manos me puse a pensar lo que convenía hacer en aquel asunto y a quién procedía interrogar para que nuestro atestado llenase por lo menos veinte folios. Y es que siempre me acuerdo de lo que cierto día me dijo el jefe de la fiscalía, al recibir un atestado de diez

folios:

—¿Contravención? ¿Falta?

Al decirle yo que se trataba de un asesinato, exclamó sorprendido:

—¿Una causa de asesinato instruida en diez folios nada más? ¡Asesinato! ¡El asesinato de un ser humano en diez folios!

Me atreví a explicarle:

—¿Y si hemos atrapado al criminal con esos pocos folios...?

Pero no me hizo caso y se marchó pesando el atestado en la delicada balanza de su mano:

—¿Quién creería que este atestado es el asesinato de un hombre?

Entonces le dije inmediatamente:

—Si Dios quiere, la próxima vez vigilaré el peso.

Todo esto andaba yo revolviendo, callado y cabizbajo, cuando la voz del *sayj* perturbado se alzó en la sala cantando:

*Busca mujeres, si quieres
ver la fuente del pesar.
Las pestañas de mi amiga
alfombran medio marjal...*

No me encolericé con el *sayj* por haber faltado al respeto debido a la instrucción con esta cancioncilla, y ni siquiera lo eché de la sala. Lo que hice fue reflexionar un poco sobre el sentido de sus palabras, por si tenían alguno que me sirviera de algo.

La única palabra digna de atención era la de «mujeres». No había que buscar sospechosos, sino mujeres. Pero ¿qué mujeres? Jamás había visto un asunto más falto de mujeres que éste. El herido vivía solo, después de la muerte de su esposa, sin más compañía que la de su madre, una vieja paralítica que no se podía contar entre las mujeres. Indudablemente ‘Usfūr no sabía lo que se decía. Éste viejo verde es de la familia de los papagayos: repite palabras y canciones, sin querer decir nada de nada.

Pero ¡cuidado! La víctima tenía un niño. ¿Era posible que se ocupase de él aquella madre impedida y enferma?

—Alcalde, acércate.

Le espeté la pregunta, y me contestó con una inocencia infantil y una simplicidad de idiota:

—El niño está al cuidado de la muchacha.

—¿De qué muchacha?

—De la muchacha. La hermana de la muerta.

—¿Y es una muchacha mayor?

—Es una chica.

Me volví al ayudante y le ordené que hiciera comparecer inmediatamente a aquella muchacha.

A poco apareció una chica como de dieciséis años. Desde que estoy destinado en el campo jamás había visto otra más bella de cara ni de talle más esbelto. Se detuvo en el umbral de la puerta, con su larga túnica negra, como si fuese una muñeca de ébano que tuviese la cara de marfil. El alcalde le dijo animándola:

—Pasa, novia.

Avanzó vergonzosa, con paso titubeante, porque no sabía ante quién de los circunstantes tenía que pararse. El alcalde la encaminó hacia mí, y, cuando la tuve enfrente, alzó hacia mí dos ojos... Bueno; por primera vez me quedé cortado en la instrucción y no supe qué preguntarle.

El secretario, que no la había visto, porque se había parado detrás de él, notó mi silencio, que atribuyó al cansancio; mojó la pluma en el tintero y, alzando la cabeza hacia ella, le preguntó:

—¿Cómo te llamas, muchacha?

Pero en cuanto sus ojos se fijaron en ella, se abrieron con desmesura y ya no volvieron al papel.

Miré en torno mío y vi que mi soñoliento auxiliar estaba muy despierto y solícito, contemplando a la jovencita con dilatados ojos. Dirigí la vista hacia el delegado gubernativo y lo encontré en aquel momento sin pensar en el café ni en el *bunn*. En cuanto al *sayj* ‘Usfūr se había corrido hasta ponerse a mis pies, acurrucado como un perro, mirando a la hermosa campesina con la boca abierta. No cabe duda de que la belleza ejerce un gran imperio. Me pareció que debía rehacerme al punto, antes de que las cosas siguieran adelante, y dije a la hermosa con los ojos en el vacío para no mirarla:

—¿Te llamas?

—Rīm.

Lo dijo con una voz que hizo vibrar mi alma como una cuerda de instrumento herida por unos sutiles dedos. Tuve la certeza de que mi voz temblaría caso de interrogarla otra vez. Me paré y comprendí lo delicado de la situación, seguro de lo que la instrucción iba a alargarse, porque habría de detenerme como aturdido entre pregunta y pregunta. Reuní pues, las pocas fuerzas y energías que me quedaban, y le disparé una serie de preguntas seguidas, para que tuviera que contestarlas todas juntas. Luego le dije:

—Háblame de todo esto.

Me quedé mirándola y comprendí su gran asombro. Hasta este momento no había tenido ni barrunto de lo sucedido a la víctima. Acababan de despertarla para traerla ante mí, sin decirle nada. No quise informarle de lo ocurrido, porque había comprendido en ella cosas que no puede percibir más que la pura intuición. Le

interrogué:

—¿Nadie ha querido casarse contigo?

Me contestó que sí y que el último que la había pretendido era un guapo mozo, al que ella no había hecho ascos; pero que el marido de su hermana, que hacía las veces de tutor, no había querido aceptarlo, como nunca había querido aceptar las muchas manos que se habían alzado pidiéndola, como se alzan las manos de los creyentes en la oración.

—¿Y tú lo odiabas por hacer eso?

Me dijo que no; pero con un tono cálido, de un calor particular, que también percibí con la intuición.

—¿Mantenías relaciones con ese mozo que te pretendía?

Me dijo que sí; que se habían visto un par de veces con toda inocencia, delante de la casa; que el muchacho sabía que a ella no le repugnaba como marido; pero que ella no quería desobedecer a su tutor.

Pero este tutor, ¿qué se proponía con espantar a los pretendientes y solicitantes? ¿Era por un desmedido deseo de verla feliz o porque no le encontraba un marido a su gusto?

Ella no lo sabía, aunque hubiera querido saberlo. Eso era lo que la desazonaba en ocasiones y lo que la hacía llorar. Quería saber; pero ¿saber qué? Nada. No podía expresarse. Saber expresarse es un don que no tiene todo el mundo. Además, saber expresarse requiere conocer con certeza las sensaciones que se esconden en los entresijos del alma. Y el alma de esta muchacha se me antojaba a mí como esos macizos de juncos y de cañaveras, a cuyo suelo no llega la luz más que en redondelitos como monedas de oro, que bailan en la oscuridad del suelo cuando el viento menea las cañas.

De todos modos, algunos circulitos de luz empezaban también a caer entre las líneas del atestado. Habíamos llegado a poner el dedo en uno de los nervios vitales del asunto. La sesión era deliciosa y la instrucción, dulce. Iba yo a pedir otra taza de café, cuando el auxiliar preguntó al oficial del puesto, que se había asomado a la puerta:

—¿Vinieron los sanitarios a llevarse al herido?

—Hace tiempo.

Entonces la muchacha lo comprendió todo, y empezó brotarle de la boca un grito, que reprimió en seguida por vergüenza de nosotros, aunque yo estaba seguro de que dentro de su alma había estallidos y explosiones. Quise proseguir mi trabajo; pero no encontré ante mí más que una pobre muchacha que me contestaba con palabras inconexas, sin enjundia ni jugo. Me pareció oportuno diferir la instrucción y le dije:

—Descansa, Rīm.

Luego miré al delegado gubernativo:

—Lo mejor será acabar la instrucción por la mañana.

Pero él me señaló la ventana, por la que entraba a hurto la claridad del alba, que hasta entonces me había disfrazado la luz de la lámpara. Como un autómatas, me puse en pie, acordándome de que tenía hoy juicio de faltas y de que por la noche se me había pasado arreglar que me sustituyera uno de mis colegas fiscales. No tenía, pues, más remedio que volver a toda prisa para asistir al juicio a la hora exacta.

—Señor ayudante, tráete a la muchacha en la camioneta.

Cerramos el atestado para proseguir la instrucción después del juicio, en la fiscalía, y nos dirigimos hacia las cabalgaduras, que montamos para regresar. El *sayj* ‘Usfūr iba detrás de nosotros, gritando y meneando su vara verde como un poseso excitado:

—Es ella misma.

El delegado gubernativo le contestaba:

—Ten juicio.

—Es ella misma... Con sus ojos... La conozco... Con sus ojos.

—Ten juicio, *sayj* ‘Usfūr. Cuida de ti. Vas a caerte del borrico.

El cansancio se apoderaba de mis miembros, y me inclinaba sobre el lomo del rocín; pero gracias a que el vientecillo fresco de la mañana me daba ligeros golpes, como las bofetadas de frescura de un abanico en manos de una coqueta elegante, no perdí mi actividad y me puse a pensar. La canción de ‘Usfūr se elevaba de pronto violentamente como si se le escapara con el corazón:

*Las pestañas de mi amiga
alfombran...*

No oí más. Lo que oí fue algo que caía al suelo. Nos paramos, y los guardias volvieron rápidamente a montarlo en el burro. Erguido sobre él, mientras se sacudía el polvo, decía gritando y siguiendo el hilo de su canción:

... medio marjal.

Oí que el delegado y mi auxiliar prorrumpían en carcajadas. Luego oí que el delegado gubernativo reprendía al perturbado, diciéndole:

—Vete con cuidado. Ya sabes que tu compañera se ahogó en el canal artificial hace dos años.

Pero mi pensamiento no estaba entonces ocupado más que con la imagen de la muchacha de la túnica negra, y con su secreto, en el que todavía no había yo penetrado; ese secreto que era la clave del asunto. Ahora me movía a poner en claro la cosa un deseo en que no entraba para nada el trabajo. Sí, yo también quería saber.

Siguió la caravana avanzando hasta llegar a una confluencia de canales, ancha y profunda, desbordante de agua, sobre la cual habían cruzado un madero de tronco de palmera, de un codo de ancho. El guardia empujaba por el anca a mi caballo, queriendo que pasara conmigo la confluencia por aquel madero, que era estrecho como el *sirāt*^[6]. Me di cuenta y grité:

—Pero ¿estás loco, guardia? ¿Vamos a pasar por aquí el caballo y yo?

En la cara del hombre se pintó la sorpresa:

—Excelencia, esta noche misma ha pasado por aquí con este caballo.

Yo miré al madero con una especie de terror:

—¿Quién? ¿Yo? ¿Qué yo he pasado esta noche la confluencia por aquí, sobre este madero? ¿Qué iba montado entonces sobre este caballo? ¡Imposible!

—El camino es ancho, Excelencia, y el caballo es listo.

No quise escuchar más. Si a su juicio aquel madero era un camino ancho, indudablemente en la otra vida yo podría cruzar el *sirāt* montado en un camello. Y en cuanto a la listeza del caballo, me la garantizaba él, que iba a pie; pero ¿qué podía moverme, a mí que era el jinete, a aceptar esa peligrosa fianza?

A toda prisa descabalgué y cruce la confluencia, por aquel madero, a pie, apoyándome en mi bastón.

II

LA SESIÓN DEL CADÍ LENTO

12 de octubre de...

Cuando volvimos, era ya la hora del juicio, y, al acercarse el coche al Tribunal, vimos que las gentes se arracimaban a la puerta como moscas. Mi auxiliar yacía junto a mí vencido por el sueño; pero no me importó, ni me pasó por la mente la idea de despertarlo, tan cansado como estaba, para que presenciara el juicio a mi lado, como lo había hecho en la instrucción. No estaba habituado aún a empalmar la noche con el día. Bastante tenía con aquella vigilia tan prolongada, y yo había de mostrar benevolencia para con su iniciación en el trabajo. Así pues, al pasar por el Tribunal, ordené al chófer que parara y le encargué que llevara al auxiliar a su casa. Me despedí del delegado gubernativo y me abrí paso entre los grupos de hombres, mujeres y chiquillos.

Al entrar en la sala de deliberaciones encontré al cadí esperándome. Apenas le vi la cara fruncí el ceño. Y es que en el Tribunal hay dos cadíes que se turnan en el trabajo. Uno vive en El Cairo y no viene más que los días en que le toca juicio. Llega en el primer tren, y despacha los asuntos a matabalho para poder coger el otro tren de las once, que lo devuelve a El Cairo. Por muchos que sean los asuntos, ni un solo día pierde el tal tren. En cambio, este otro cadí es un hombre escrupuloso, que vive con su familia en nuestra capital del distrito y que va muy despacio en el despacho de los asuntos, en parte por miedo de errar, si lo hace de prisa, y quizá también, en parte, por matar el tiempo y distraer su aburrimiento en este campo, y porque no tiene ante sí ningún tren que desee coger a su hora. Por la mañana temprano se sienta en su pupitre, como si fuese una parte de él allí clavada, sin separarse hasta un poco antes de la media tarde. La mayoría de las veces la sesión se prolonga luego al anochecer.

La sesión de este cadí constituye para mí el más amargo tormento. Es una verdadera prisión. Diríase que estoy condenado a verme atado a mi pupitre todo el día sin moverme y que me ponen como cadena en torno al cuello y debajo del sobaco aquella banda roja y verde^[7].

¿Es una venganza divina por los inocentes que haya podido enviar a la cárcel sin proponérmelo? ¿Es que las consecuencias de los errores profesionales recaen sobre nosotros y los expiamos en vida sin saberlo?

Fruncí el ceño al ver al cadí, porque comprendí que, después de toda una noche de trabajo, había caído en una sesión implacable. No sé qué fue lo que me obnubiló la memoria, porque el caso es que me había figurado erróneamente que hoy era el turno del cadí ligero.

Lo primero que hice, al entrar en la sesión, fue mirar el orden del día. Teníamos por delante 70 contravenciones y 40 faltas; número que, loado sea Dios, era más que

bastante para que el bueno del cadí nos tuviera sentados, sin movernos, todo el día.

Siempre ocurre que este cadí tiene muchos más asuntos que el otro. La razón es muy sencilla: El cadí escrupuloso nunca impone por una contravención una multa superior a 20 piastras, mientras que el otro la eleva a 50, y los contraventores y los acusados lo saben, y usan de todas las mañas posibles para escapar del cadí de la tarifa elevada y acogerse al de la reducida. Siempre que este cadí se muestra aburrido y quejoso de cómo, día por día, le aumenta el trabajo, sin que sepa la causa, yo me digo para mis adentros: «Eleva la tarifa y verás cómo tienes menos».

El ujier comenzó a llamar por sus nombres a los acusados, según un papel que sostenía en la mano. Éste ujier, Quzmān Effendi, es un hombre viejo, de pelo y bigotes blancos, con un aspecto y una prestancia que irían bien al presidente de un Tribunal Supremo. Cuando pregona los nombres, lo hace con toda prosopopeya de ademanes, gestos y voz, y se vuelve hacia el portero con los movimientos del que ordena y manda. El portero, a su vez, repite los nombres fuera de la sala del juicio tal como los recibe del ujier; pero lo hace con toda suerte de prolongaciones y nasalidades, y con un tonillo parecido al de los vendedores ambulantes. Uno de los jueces, que lo oyó una vez, le dijo:

—Tú, Sa'bān Qā'id, ¿llamas a juicios de contravenciones y faltas, o pregonas batatas y dátiles?

Y él contestó:

—Faltas, contravenciones y dátiles, todo es bueno para ganarse el pan.

Compareció el primero de los contraventores ante el cadí, que estaba enfrascado en sus papeles. El cadí levantó la cabeza y, ajustándose las gruesas gafas en la nariz, le dijo:

—Tú, buen hombre, has contravenido el reglamento de matanzas, haciendo sacrificar un carnero fuera del matadero.

—¡Señor cadí! El carnero... lo matamos, con perdón, en una noche feliz que ojalá tengas otra como ella, para festejar la circuncisión del chico.

—Veinte piastras de multa. ¡Otro!

El ujier llamó, y llamó, y llamó... Todos los siguientes eran juicios de contravención del mismo género del que acababa de ser solventado. Dejé que el cadí siguiera haciendo justicia, y me pasé a distraerme contemplando las gentes presentes en la sala. Estaban llenos los asientos y los bancos, y el resto había tenido que sentarse sobre el santo suelo, en los pasillos. Estaban sentados en cuclillas, como ovejas que levantaban sus mansos ojos hacia el cadí, el cual pronunciaba su sentencia como si fuese un pastor armado de un palo. Harto el cadí de aquel repetido tipo de contravenciones, exclamó:

—¡Valiente historia! Toda la sesión son carneros fuera del matadero.

Y fijó en el público sus ojos, que parecían dos garbanzos, detrás de las gafas que

le bailaban en la punta de la nariz. Nadie, ni él mismo, se dio cuenta de la alusión que encerraban sus palabras. Y el ujier siguió llamando, hasta que paulatinamente cambió el género de contravenciones y entramos en otro nuevo.

Al contraventor siguiente que compareció le dijo el cadí:

—Tú, buen hombre, estás acusado de lavar tus ropas en el canal.

¡Excelencia! ¡Dios eleve tu puesto! Pero ¿es que vas a ponerme una multa por lavar mis ropas?

Porque las lavaste en el canal.

—Pues ¿dónde las iba a lavar?

El cadí se quedó perplejo y pensativo, sin saber por dónde tirar. Comprendía que estos desgraciados, en aquellos pueblos, no tienen pilas en que se vierta el agua destilada y pura de las cañerías, porque les han hecho pasar toda su vida como bestias, y, a pesar de ello, se les exige conformarse a una ley venida de fuera, según el último modelo. Se volvió a mí y me dijo:

—La fiscalía...

—No es de la competencia de la fiscalía averiguar dónde puede lavar este hombre sus ropas. Lo que la incumbe es ajustarse a la ley.

El cadí apartó de mí la vista, se quedó un poco cabizbajo, meneó la cabeza y luego, rápidamente, como quien se sacude un gran peso de encima, concluyó:

—Veinte piastras de multa. ¡Otro!

El ujier pregonó un nombre de mujer y compareció una prostituta campesina. Llevaba pintadas las cejas con la madera de un fósforo y embadurnadas las mejillas con un escarlata rabioso, como ése de las cajetillas de los cigarrillos Samson. En el antebrazo desnudo llevaba tatuado un corazón traspasado por una flecha, y en la muñeca se había puesto pulseras y aros de metal y de vidrios de colorines. El cadí la miró y le dijo:

—Estás acusada de haberte parado delante de la puerta de tu casa.

Contestó, poniéndose en jarras:

—Entonces, alma mía, ¿es que pararse delante de la casa de una es delito?

—Pero tú lo hacías para excitar a la multitud.

—Desgraciadamente para mí, por vida de las barbas del cadí, en mi vida he visto multitud. No pasan multitudes por delante de mi casa.

—Veinte piastras de multa. ¡Otro!

Quzmán Effendi pregonó el nombre del contraventor siguiente y apareció un labrador maduro. Por su turbante de chal azul rameado, su chilaba de cachemira, su manto de paño imperial y su calzado de elásticos amarillo chillón, se colegía que era hombre bien acomodado. Apenas compareció, le interpeló el juez:

—A ti, *sayj*, se te acusa de no haber inscrito tu perro en el plazo legal.

El hombre carraspeó, movió la cabeza y balbuceó, como si quisiera excusarse y

reclamar:

—Hay que vivir para ver que los perros se inscriban como los campos, y que haya de tenérseles tanta consideración.

—Veinte piastras de multa. ¡Otro!

Así pasaron los juicios de contravenciones, todos por este estilo. No vi que ninguno de los contraventores diese muestras de creer la realidad de lo que se les imputaba. Era una multa que les llovía del cielo, como las desgracias, y un tributo que pagaban porque la ley decía que había que pagarlo. Cuantas veces me he preguntado a mí mismo sobre el sentido de tal manera de juzgar. ¿Podemos llamar correccional a este juicio, siendo así que el delincuente no comprende en absoluto que lo es?

Acabamos con las contravenciones y el ujier gritó:

—¡Juicios de faltas!

Miró en el orden del día, y llamó:

—Umm al-Sa'd bint Ibrāhīm al-Yurf.

Compareció una campesina vieja, que se arrastró por en medio de la sala hasta llegar al estrado, en el que se paró delante de Quzmān Effendi, el ujier. Éste la enderezó al cadí, al que contempló con sus apagados ojos; pero no tardó en apartarse de él y en volver a pararse ante el anciano ujier. El cadí, con la cara metida entre los papeles, le interrogó:

—¿Cómo te llamas?

—Tu servidora Umm al-Sa'd.

Lo dijo como dirigiéndose al ujier. Quzmān Effendi le hizo un guiño y la enderezó de nuevo al estrado. El cadí volvió a interrogarle:

—¿Profesión?

—Mis labores.

—Estás acusada de haber mordido en un dedo al *sayj* Hasan 'Ammāra.

La pobre mujer abandonó el estrado y dirigió de nuevo la palabra al ujier:

—Por vida de tu respeto y de tus canas, yo no he hecho nada. Había jurado y perjurado que la dote de la chica no bajaría de los 20 luses.

El cadí levantó la cabeza, se afianzó las gafas y la miró, exclamando:

—Ven, háblame aquí. Yo soy el cadí, yo. ¿Diste el mordisco? Di sí o no. Una sola palabra.

—¿Mordisco? ¡Dios me libre! Verdaderamente soy muy mula; pero todo, menos morder.

El cadí ordenó al ujier:

—Que venga el testigo.

Apareció la víctima, con el dedo anular liado en una venda. El cadí le preguntó el nombre y la profesión, y, haciéndole jurar que no diría más que la verdad, le pidió

que aclarara el asunto. El hombre dijo:

—Yo, señor cadí, no he tenido arte ni parte en nada. Lo único que pasó es que yo actué de buen componedor.

Y se calló, como si hubiese sacado a luz y revelado el secreto del asunto. El cadí, reprimiendo la cólera, lo miró fijamente, y luego le reprendió y le ordenó que contara punto por punto lo ocurrido. El hombre aclaró las cosas.

La acusada tenía una hija llamada Sitt Abūhā, a la que pidió en matrimonio un campesino llamado el Sayyid Harīsa, que ofreció una dote de 15 luises. La madre no quería menos de 20. Ahí quedaron las cosas hasta que, un día, un hermano de padre y madre del pretendiente, que era un chico joven al que llamaban «el Cardenillo», fue por su propia iniciativa a ver a la familia de la novia, y les hizo saber, mintiendo, que el pretendiente había aceptado la condición. Luego fue también a ver a su hermano y le dijo que los familiares de la muchacha se daban por satisfechos con la dote que les había ofrecido. La consecuencia de la broma y del engaño que este chico hizo a las dos partes fue que se fijó un día para leer la *fātiha*^[8] en casa de la novia. El pretendiente invitó a este *sayj* ‘Ammāra y al *sayj* Faray, como testigos. Una vez reunidos todos, el padre de la muchacha mató una oca. Pero apenas estuvo a punto la comida y se les sirvió a los huéspedes, cuando salió a relucir la dote, y quedaron en claro las mentiras, y que la situación no había cambiado. Entonces las dos partes se enzarzaron en una violenta disputa. La madre de la muchacha vociferaba en el patio:

—¡Qué gran desgracia! ¡Qué alegría para nuestros enemigos! Por el Profeta, que no entregaré a mi hija por menos de 20.

Y luego vino como loca a meterse en medio de los hombres, para defender los derechos de su hija y por miedo de que acabasen por arreglar el asunto como ella no quería. El *sayj* Hasan, movido por la caballerosidad, sin haber puesto mano en la comida, se levantó para hablar con la mujer e intentar calmarla y aplacarla. Entretanto, su compañero el *sayj* Faray alargó la mano hacia la oca y se puso a darle dentelladas, sin mediar en la enconada disputa. Era patente que la irritación por ambas partes pasaba a vías de hecho, y de pronto el *sayj* Hasan encontró su mano, no en el plato de la oca, sino en la boca de la vieja. Dio un gran grito, que puso la casa en conmoción, y reinó una confusión total. Por último el *sayj* Hasan tiró de su colega y, arrancándolo de delante de la comida, se lo llevó, echando las muelas, pues este colega, que no había dicho palabra, había disfrutado del festín, y, en cambio, él, que se había irritado, no sólo salía hambriento del banquete, sino que la vieja se le había comido un dedo.

La víctima seguía haciendo fluir palabras inacabables. Pero, de pronto, el cadí tuvo un sobresalto, y, acometido de escrúpulos, interrumpió al declarante, diciendo como si hablase consigo mismo:

—Bueno; pero ¿hice yo jurar al testigo...?

Y se volvió hacia mí, preguntando:

—Señor fiscal, ¿hice que el testigo prestara juramento?

Me puse a recordar; pero no pude sacarle de dudas. Entonces exclamó:

—Buen hombre, jura: «Por Dios el Grande, digo la verdad».

Y cuando hubo jurado, el juez le dijo:

—Vuelve a contarlo todo desde el principio.

Comprendí que sería el cuento de nunca acabar. Me entró un picorcillo en la nariz, bostecé y me retrepé en mi asiento, sintiendo que el sueño me rondaba los párpados.

No sé el tiempo que habría pasado, cuando me interpeló la voz del cadí:

—¡La fiscalía! ¡Petición de la fiscalía!

Abrí dos ojos enrojecidos, en los que no aparecía más que gana de dormir. El cadí me informó que había leído ahora el informe del forense, según el cual la herida dejaría como deformidad permanente la pérdida de la falange central del dedo anular. Me incorporé en mi asiento y pedí al punto que se declarara la falta de competencia. El cadí se volvió a la vieja y le dijo:

—El hecho pasa a ser delito, bajo la competencia de la jurisdicción criminal.

La mujer no dio muestras de haber entendido la diferencia. Para ella, el mordisco no dejaba de ser el mordisco. ¿Qué era lo que lo había convertido de falta en delito criminal? ¡Ay, qué ley ésa, cuyo fondo no pueden entender estos desgraciados!

Se llamó a vista de la causa siguiente, que era una disputa a garrotazos ocurrida entre el padre de Sitt Abūhā y la familia del marido, el Sayyid Harīsa.

A la postre, las dos partes se habían puesto de acuerdo para el casorio. El novio había enviado a algunos familiares con un camello para recoger a la novia de casa de su padre. El padre los había recibido enojado y gritándoles en su cara:

—¿Un camello? ¿Mi hija va a salir en un camello? ¡Jamás! Tiene que ser un automóvil.

Se enzarzaron unos con otros sobre quién habría de pagar ésta novedad, que les traía la evolución de los tiempos, y la disputa condujo a que se levantaran los garrotes y se derramaran unas gotas de sangre; cosa irremediable en tales circunstancias. El asunto acabó porque un hombre de buena voluntad se sacó un *riyāl*^[9] del bolsillo y alquiló uno de esos coches que hacen servicio por las carreteras campesinas. El juez sentenció el asunto y luego dijo:

—Acabamos con bien y que la noche de bodas salga bien. ¡Otro!

El ujier, con su voz engolada, anunció:

—¡Asuntos de detenidos! —y dijo un nombre.

Se oyó un ruido de cadenas y, entre dos hombres vestidos de harpillera, se levantó un individuo al que el carcelero quitó los grillos. Al mismo tiempo, se levantó entre los abogados un effendi, con una barriga como un odre lleno, que dijo:

—Presente con el acusado.

Me dije para mí: Éste asunto tiene un abogado que no nos dejará en paz hasta habernos atiborrado las cabezas de cuanto le venga en gana, so pretexto de la libertad de la defensa. Cerraré los ojos desde ahora, porque mi cabeza está necesitadísima de descanso, después de haber velado toda la noche.

Oí que el cadí le decía al detenido:

—Se te acusa de haber robado un hornillo de gasolina.

—Es verdad que me encontré el hornillo delante de la puerta de la tienda; pero no robé ni hurté...

El cadí se volvió hacia el ujier, diciéndole:

—Que venga el testigo.

Compareció un hombre que llevaba en la cabeza un gorro de fieltro blanco y vestía un chaleco sin mangas. Después de prestar juramento, dijo que había encendido el hornillo de gasolina para hacer el té a unos clientes que estaban sentados dentro de la tienda. (Se trataba de un droguero campesino, que vendía azúcar, café, té y tabaco en pastillas, y en cuya casa se reunían a veces algunas gentes, como si fuera un café). Una vez que colocó el hornillo encendido en el umbral de la puerta, entró para traer la tetera, y, al volver, vio que el acusado se llevaba el hornillo con fuego y todo, y echaba a correr. El declarante voló tras él, poniendo por testigos a todos los que lo veían y a los que salieron con él en persecución del ladrón.

Estaba el cadí cabizbajo, y yo comprendía por su actitud que pensaba en otra cosa. De pronto me miró y, como hablando consigo mismo, preguntó:

—¿Hice prestar juramento al testigo?

No pude contenerme y le grité algo excitado:

—¡Loado sea Dios! Yo le oí jurar.

—¿Estás seguro?

Sentí que se me iba la paciencia y mascullé entre dientes:

—¿Quieres que te jure que juró?

Con esto se apaciguó un tanto el cadí, y ya escuchó las demás declaraciones en silencio y con atención. Pero el acusado no pudo aguantar más y se levantó de improviso, como quien pide auxilio:

—Señor cadí, ¿hay en el mundo un ratero que robe un hornillo encendido?

El juez le hizo callar con un movimiento de la mano, y añadió:

—Y ¿a mí qué me preguntas? Yo no he trabajado en mi vida como ratero.

Luego miró al estrado de la defensa, donde se levantó el abogado del detenido, que empezó a voces:

—Señor presidente: Nosotros no hemos encontrado un hornillo, ni hemos visto un hornillo, ni hemos pasado por ningún camino en que hubiera un hornillo... Todo el asunto está inventado desde la A hasta la Z...

Y quiso seguir en este tono, atacando y dando vueltas; pero el cadí le interrumpió:
—Calma, letrado. El propio acusado ha confesado que es cierto que encontró el hornillo delante de la puerta de la tienda.

El letrado dio un puñetazo encima de la mesa:

—¡Ésa es una mala defensa de mi patrocinado!

El cadí le contestó sosegadamente:

—Entonces, ¿el fin que se propone su señoría es que dé crédito a su hermosa defensa, y deje de creer la verdad que su patrocinado ha confesado delante de todos nosotros?

El abogado, sin embargo, siguió protestando y alzando el gallo. Me parecía a mí que todo su empeño era ahuecar la voz para que llenara la sala; echar torrentes de sudor, que enjugaba con su pañuelo, y mirar a su cliente, como haciéndole ver el esfuerzo que se tomaba por su culpa y el trabajo que ponía por su causa...

Pero el cansancio, la angustia y aquel encarcelamiento, sin poder moverme, delante del estrado, me tenían convertido en una persona que ni oye ni entiende lo que pasa a su alrededor. Escondí la cara en uno de los rollos de los sumarios y me puse a dormir por las buenas.

III

OTRA NOCHE EN CLARO, JUNTO A LA VÍA, Y VISITA AL HOSPITAL

13 de octubre de...

Terminó la vista bien entrada la tarde. Salí de ella con los nervios hechos trizas. Pero apenas me había despedido del cadí, cuando me encontré delante un soldado cargado con montones de proyectos de ejecución de sentencias que me traía para firmar. Sin fijarme, puse en aquellos papelotes inacabables mi firma, que ahora apenas tiene que ver con mi nombre, pues con la prisa y con la frecuencia se ha quedado reducida a una raya o dos que pongo donde hace falta. Aún no había terminado, sudando a chorros, cuando oí que alguien golpeaba el pavimento con sus botas y levantaba la mano para saludar.

—La instrucción espera arriba para el asunto del tiro.

Las fuerzas humanas tienen un límite. Aún no había probado bocado ni me había tumbado en la cama desde... desde antes de anoche. No pude reprimirme y le dije:

—¡Un tiro en tus ojos! Si fuéramos soldados en las trincheras, o estuviéramos en la guerra de los Dardanelos, tendrían mayor lástima de nosotros y temerían por nuestra salud...

Pero ¿qué culpa tenía aquel guardia, para que le hablase así? Lo dejé y, siguiendo mi camino, subí a mi despacho, en el segundo piso. En la puerta encontré a Rīm, que esperaba, vigilada por los guardias, y no lejos de ella estaba el *sayj* 'Usfūr, con su vara verde. ¿Por qué demonios esperaba también este hombre con los demás?

La vista de la muchacha me hizo revivir un poco, como se esponja la hierba marchita con las gotas del rocío. Al entrar en el despacho, me encontré sentados en él al delegado gubernativo, al ayudante y al secretario de instrucción, con la animación de quienes han despertado de un sueño reparador. Comprendí que venían de sus casas y que se hallaban dispuestos a matar el tiempo con aquel asunto, que les divertía más que jugar al trictrac en el casino o que chupar caña de azúcar delante de la botica. Yo, en cambio, era un hombre que no valía entonces más que para dormir siete horas seguidas.

Comuniqué a los circunstantes mi deseo de aplazar la instrucción hasta el día siguiente, y accedieron. Pero surgió una dificultad que nadie había previsto: ¿Dónde iba a pasar la noche aquella muchacha? Se encontraba ahora muy lejos de su pueblo, y no era cosa de hacerla volver para traerla de nuevo a la mañana siguiente, tanto más cuanto que algunas gentes y testigos interesados en el asunto podrían comunicar con ella y sugerirle cosas incompatibles con la verdad y con la justicia. Por otra parte, ella no conocía a nadie en este distrito, ni tenía en él familia.

En este apuro intervino el delegado gubernativo, como quien ha encontrado la solución feliz y acertada:

—Nada más fácil: que duerma la chica en mi casa hasta por la mañana.

Todos nos volvimos hacia él con una especie de estupor; pero acabamos por dominarnos. No se cómo nos entró a todos la misma inquietud en el mismo momento. Hasta en los ojos del *sayj* ‘Uṣfūr, que se había deslizado detrás de mí para colarse en la habitación, se pintó el desasosiego. La situación era delicada. Cualquier objeción por nuestra parte suponía dudar de la conducta del señor delegado gubernativo. Por otro lado, si le confiábamos este precioso depósito, sólo Dios podía salvarlo, porque de este delegado corría la especie de que, habiéndole gustado un día cierta campesina que entró a formularle una queja, quiso quedarse con ella a solas, y mandó a sus soldados y a sus guardias que entrasen en la cárcel del distrito para rasurar a los detenidos, y, una vez que entraron, los cerró por fuera y los tuvo presos todo el rato que estuvo a solas con la mujer.

Acordándome de esto, me dije: Si las cosas se enredan y pintan mal, menudo cargo de conciencia va a ser que yo, fiscal en ejercicio, entregue por mi mano esta manzana en sazón a esos dientes por los que ya corre la baba. Pero lo maravilloso era que todos los circunstantes andaban cabizbajos y ceñudos, como si estuviesen seguros de que la tal manzana ya estaba comida y masticada, y que no había nada que hacer en el asunto.

El delegado gubernativo, para darnos confianza, añadió:

—Lo que yo quiero es que esté en un lugar tranquilo, con mi mujer y mis hijos.

No vi modo de oponerme, y salí del local para ir a mi casa. Tomé algo de comer, de prisa y corriendo, y me metí en la cama, en la que me dormí hasta media noche. Me desperté con sed y eché un buen trago del botijo que estaba al fresco; pero al acordarme de la muchacha e imaginármela en casa de nuestro amigo, el sueño se me fue de la cabeza. Deseé que ocurriera cualquier suceso al que tuviese que acudir, llevándome al delegado; pero los sucesos son como los gatos, que, si los llamas, no quieren venir, y, en cambio, si los echas, vienen a restregársete en los pies. No sabía qué hacer. Me traspasaban todo género de dudas e incertidumbres. La noche se alargaba, horrorosa a mi juicio, y deseaba que clarease el día. Quise distraerme escribiendo mi diario, pero la pluma se me secó en la mano. Tropezó mi vista con unos montones de causas de faltas, contravenciones y sucesos, procedentes de los dos días anteriores, que me había enviado el secretario administrativo para que las leyera, calificara, definiera la acusación y las llevara a la vista; pero no me encontré con ánimos de trabajar. Acabé por encaminarme a la ventana y abrirla, para respirar el aire húmedo de la noche y contemplar las estrellas, que brillaban sobre aquella calma que envolvía al campo dormido como si fueran pupilas insomnes que se asomaban sobre los secretos de las cosas...

Por un momento me vino la idea de vestirme y bajar a la calle, para rondar la casa del delegado gubernativo. Pero ¿qué locura era ésta? ¿Iba yo a hacer tal cosa? ¿Y si

me sorprendía el guardia de servicio? Claro que al conocerme, me dejaría en paz; pero se lo contaría a todo el mundo, y, al correr el suceso, sería una vergüenza. No cabía más recurso que aguardar a que saliera el alba y ver lo que traía consigo.

En fin de cuentas, Dios me sacó de apuros, enviándome un aviso telefónico. Lo leí inmediatamente. Se trataba de un asunto de escasa monta, de esos que no exigen levantarse de noche:

«... Al paso tren mercancías número 209 por línea vía estrecha Delta, junto kilómetro 17, en medio maniobra, se ha descubierto clavo de hierro sobre raíl, puesto por mano desconocida, etc...».

Al pie del aviso había una nota del delegado gubernativo para que fuese al lugar del suceso el ayudante de la delegación y se diese cuenta, para simple conocimiento, al señor fiscal en funciones, todo lo cual quería decir que él no se iba a levantar y tampoco suponía que yo lo hiciera. Pero ¿iba yo a desperdiciar aquella ocasión bajada del cielo? Lo más placentero para mí anoche era turbar mi descanso y el del señor delegado. Por consiguiente, me vestí sin tardanza, hice venir al coche de la fiscalía, y pasé por casa de nuestro amigo. Envié a alguien que moliese su puerta a golpes y le avisase de mi desplazamiento. El pobre hombre se asomó a una ventana gritando:

—¿Y por un clavito nos vamos a levantar todos de noche?

Saqué la cabeza por la ventanilla del coche:

—Aunque fuese una aguja. Un accidente provocado por una mano criminal es un crimen. Fíjate bien: el crimen de detener un tren; el más peligroso crimen del mundo. Tu presencia es indispensable, señor delegado.

—Yo... me haré representar por el ayudante de la delegación.

—Es preciso que vengas en persona.

—Ésta noche... imposible. Yo, esta noche, estoy... cansado.

—Todos estamos igual de cansados; pero el deber nos obliga.

El delegado gubernativo se quedó un momento cabizbajo y pensativo, lleno de molestia e irritación; pero, como viese lo irrevocable de mi decisión, temió chocar conmigo en un asunto del servicio, y acabó por someterse, pidiéndome que le aguardase un momentito mientras se vestía. En efecto, a poco bajó y se sentó a mi lado en el coche, resoplando de cólera. Le llamé la atención por la ausencia del *sayj* 'Usfūr, que no había dado señales de vida a pesar de los bocinazos. Pero el pensamiento del delegado andaba ocupado en aquel momento, y no se dio cuenta de la falta del *sayj*. Siguió abstraído por algún tiempo, y al fin dijo:

—Sí, sí, el deber nos obliga... Pero pensar que... un clavo.

Cerré los ojos para que no esperase mi respuesta. Él empezó a divagar:

—¡Dios trate bien a tu antecesor en la fiscalía! Aquél, en un asesinato, preguntaba

tan sólo a dos testigos, no más, y luego cerraba el atestado y se volvía hacia mí para decirme: «¿Éste asesinado era, pongamos por caso, nuestro padre o, al menos, nuestro hermano? Ven, *sayj*, y refresquemos el gazzate con un vaso».

No le contesté ni una letra, ni pronuncié palabra en todo el camino, hasta llegar al kilómetro 17, donde encontramos a los guardavías, al tren de mercancías y al maquinista. El representante del alcalde me presentó el clavo, y me señaló un vagón cargado de sacos de algodón, que había casi descarrilado. Di vueltas al clavo entre mis dedos y me puse a examinarlo. El delegado gubernativo, detrás de mí, decía sonriendo:

—¿Dónde estaba el maquinista cuando la máquina cayó y se hizo trizas?^[10]

Comprendí que bromeaba, aludiendo a una de aquellas cancioncillas que estaban en boga hace treinta años, cuando Safīqa la Copta se sentaba en el trono del canto. Pero el maquinista, al oírlo, lo tomó en serio, y se adelantó a decir:

—No ocurrió rotura ni caída, Effendi. En el momento del suceso, yo estaba junto al freno, y frené en el acto.

Y a continuación siguió exponiéndonos sus ideas. Los habitantes de la zona eran, para él, gentes simples, tal vez descendientes de los moradores de aquel pueblo que, al pasar el primer tren, lo invitaron y le trajeron comidas y bebidas. Lo más probable es que alguna de esas gentes, movida por la imbecilidad o por la curiosidad, hubiese colocado este clavo en la vía férrea para ver qué hacía el tren, cómo salía del paso y si caía de costado o de frente.

Pero un guardavías se adelantó y explicó que no se trataba de simplicidades ni de boberías, sino de vengarse de la Compañía. Las gentes de la comarca venían viviendo de sacar grava del monte y trasladarla, a lomo de burros y camellos, para vendérsela a los contratistas, pero recientemente la Compañía inglesa de los Caminos de Hierro del Delta había prolongado la línea hasta el monte y se había encargado de este acarreo, quitando de este modo hasta la grava de la boca de estos míseros hambrientos.

Fuese una u otra la causa, el hecho es que aquí también se desconocía el autor y no había esperanza de descubrirlo. Despachamos, pues, el asunto colocando el clavo, bien envuelto en papeles, dentro de un sobre que lacramos, hasta que acabásemos con todo este papeleo oficial que constituye nuestro oficio. Como el relente nos caía en la cabeza, el delegado gubernativo opinó que deberíamos abrir el atestado en casa del alcalde. Yo pregunté a su representante a qué distancia estábamos de ella, y me respondió:

—A un giro de talón, Excelencia.

Nos lo creímos, y echamos a andar a pie hasta que casi se nos dislocaron las articulaciones. Cuando llegamos, ya llamaban a la oración del alba en la mezquitilla del lugar. Dejé al delegado que se las entendiese con el representante del alcalde por

lo del giro de talón, y me consagré a abrir el atestado y a interrogar a los testigos, hasta que acabé con todos. Iba ya a cerrar el atestado, cuando vi el ajeteo de poner una mesa y preparar comida, y que el señor delegado gubernativo se levantaba y se sentaba, mirando lo que hacíamos, y entraba y salía sin que yo supiese en qué andaba metido. Por último, oí que le decía al alcalde en un rincón:

—Escucha, alcalde. A Su Excelencia el fiscal no le gustan por la mañana los corderos, ni los gallos, ni cosas de éstas, de ninguna manera. Pero no estarían mal unos pichoncitos en arroz, con unas pastas de almendra y un bizcocho largo y redondo. Si hubiese además unos pollitos asados, no importaría. Leche agria, naturalmente, que es cosa buena para la salud. Tampoco importaría que hubiese unos huevecitos fritos en mantequilla. Y con esto basta. Cuidado, alcalde, con que pongas nada más. Su Excelencia el fiscal tiene poco apetito. Bueno; si tienes en casa miel de abeja con su cera, no estaría de más. Y no veo inconveniente en que haya un par de quesos de oveja y una fuente de rosquillas y de mantecadas. El asunto es que sean cositas ligeras y finas. Tú lo sabes mejor que nadie.

Me quedé de piedra al escucharlo y, lleno de vergüenza, no supe que hacer. Lo mejor me pareció apresurar el regreso. Doblé los papeles a todo correr. Pero el delegado gubernativo, que me miró y se percató de mis intenciones, vino corriendo a preguntarme:

—¿Se acabó la instrucción?

—Hace tiempo.

Miró hacia la mesa, en la que aún no había nada puesto, y luego me miró a mí:

—¿Y han declarado ya todos los testigos?

—Todos.

—¿No queda ni uno?

—Ni medio.

Me dejó, salió a toda prisa y a poco volvió arrastrando por la túnica a un galopín. Le dio un empujón hacia mí, y señalándomelo, dijo:

—Es un testigo muy importante. Tiene muchas cosas que decir.

Di muestras de dudar sobre el posible valor de las palabras de aquel individuo, y manifesté que me daba por satisfecho con los testigos ya interrogados; pero el delegado gubernativo insistió en que escuchara también a éste, que aportaba datos de la mayor importancia. Desplegué de nuevo mis papeles, y aún no había empezado a interrogarle, cuando apareció el alcalde seguido de sus criados, y colocaron las fuentes en la mesa. El dueño de la casa nos invitó a voces a desayunar. Yo me excusé por mi poca salud, diciendo que no tenía costumbre de comer nada por la mañana. El alcalde profirió un juramento de los gordos^[11], e inmediatamente entre él y el delegado gubernativo me arrancaron por fuerza de mi lugar.

Me vi, pues, a la cabecera de la mesa, y me resigné. Durante algún tiempo estuve

contemplando cómo aquellas criaturas, entre las que se encontraba el delegado gubernativo, comían, devoraban y engullían, ensimismados, sin darse siquiera cuenta de que yo apenas probaba bocado. A poco, me levanté, sin que lo advirtieran, y volví a sentarme donde estaba antes, esperando unas veces y hojeando otras mi atestado, hasta que atiborraron sus barrigas, dieron buena cuenta de todo lo que había en la mesa y se levantaron, restregándose las manos grasientas en el mantel, que no habría saludado el jabón hacía dos años. El delegado gubernativo se vino para mí, regoldando, y me dijo:

—Creo que deberíamos volver, puesto que la instrucción está acabada.

Yo le señalé aquel testigo que me había traído y que ahora parecía olvidar:

—Cuando interroguemos al testigo importante.

El delegado replicó de sopetón:

—Ni es importante ni nada.

Y, dejándome, se encaminó al campesino, y le interpeló:

—Muchacho, ¿tienes algo nuevo que decir?

El campesino contestó:

—Nooo.

Entonces el delegado gubernativo se volvió hacia mí, diciendo:

—¡Miren al borriquito de Dios en su alfalfal! No tiene nada que decir, lo que se dice nada. Vamos, Excelencia, volvamos a nuestro pueblo.

Emprendimos el regreso, cuando el sol ya estaba alto. Y no habíamos todavía llegado a la casa del distrito, cuando nos salió al encuentro el furriel con un aviso del Hospital del Príncipe de que el herido Qamar al-dawla ‘Ulwān acababa de recobrar el conocimiento y había posibilidad de interrogarlo. Nos encaminamos, pues, inmediatamente al hospital, sin atender a nada más, por miedo de que el herido volviera a desvanecerse o a empeorar y no pudiésemos nunca arrancar de sus labios el secreto del asunto.

Entramos en el hospital y preguntamos por el médico director. Nos dijeron que estaba en el quirófano. En vista de ello, nos pusimos a pasear por el corredor contiguo.

Nos cruzamos con esas camas pequeñas y esas camillas que corren sobre ruedas por el pavimento, como las carretillas de los mozos en las grandes estaciones. Vimos esa especie de incensarios y aparatos de esterilización que también se empujan sobre ruedas, y de los que sale vapor. Los enfermeros, uniformados de blanco, iban de un lado para otro, empujando aquellos carritos, en los que iban cuerpos camino del aniquilamiento, o entrando y saliendo en aquella horrible sala, sin que en sus rostros se pintara la menor preocupación por la muerte o la vida.

Me detuve un momento, distraído, y se apoderó de mí la sensación del que se para

en una estación en medio de los trenes. Y, en efecto, ¿no estaba entonces en esa estación desde la que el enfermo emprende el viaje del otro mundo?

Miré en una ocasión a la puerta grande del hospital, y vi que el soldado apostado en ella rechazaba a grupos de mujeres con ropas negras y chales azules, que daban voces entrecortadas por gemidos de angustia. Comprendí que no tardaría en arrojarles un cuerpo. Porque todos los días echan fuera de los muros de aquel lugar un cuerpo o dos, para que los desgarré la tristeza, que acecha a la puerta, con su colmillo azul, color de añil, y su garra manchada de barro y de polvo^[12].

Al cabo se abrió la puerta del quirófano y salió un enfermero con un cubo lleno de sangre, líquida y cuajada, y trozos de carne, como asaduras de cordero. Lo miré, y el hombre me dijo que todo aquello acababa de salir del vientre de una mujer que se hallaba anestesiada en la cama de operaciones. Me quedé helado. El delegado gubernativo aprovechó la ocasión para decir, en mi nombre, que deseábamos ver cuanto antes al médico director. Se fue el enfermero, y a poco volvió a abrirnos la puerta del quirófano.

Hice de tripas corazón y entré seguido de mis acompañantes. El médico director nos recibió sonriente, sin dejar de inclinarse con su bata blanca sobre algo que había encima de la cama de operaciones. Tenía remangados los brazos, con un instrumento en la mano que parecía unas tenazas, y estaba rodeado de un grupito de amigos que no eran médicos, pues conocí entre ellos a algunos ricachos del pueblo con sus ropas de siempre. Al acercarme, vi que lo que tenía delante era el cuerpo de una muchacha, con la barriga abierta por un gran tajo que iba desde el pecho hasta el bajo vientre. Las tenazas que había en la mano del médico iban uniendo la piel desgarrada y recosiéndola con algo como clavillos pequeños. Lo hacía con una velocidad extraordinaria, mientras charlaba en broma con sus visitantes, como un prestidigitador que se jactase de su ligereza de manos y de su habilidad en el oficio. Miré el rostro extenuado de la muchacha, que parecía muerta, y luego la piel de su vientre, que iba llenándose de una larga tira de clavos, como una piel de zapato en manos de un remendón. Sentí que me daba vueltas la cabeza y temí desmayarme. Tuve que apoyarme en un costado de la mesa de operaciones. El médico advirtió mi palidez y, dejando a la enferma, me miró con inquietud. Yo salí veloz de la sala, diciéndole con una voz que sólo a medias escapaba de mi garganta:

—Le aguardaré, doctor, hasta que termine la operación.

El delegado gubernativo me preguntó qué me pasaba y no pude explicárselo. Porque, en efecto, yo había presenciado muchísimas autopsias y con harta frecuencia había visto, sin inmutarme, delante de mí, cadáveres despedazados y vientres abiertos. Pero tal vez se trataba siempre de cuerpos exánimes. ¿Es que lo que me trastornaba de tal manera era ver cuerpos vivos tratados como cosas inertes? O ¿es que un no sé qué del olor del anestésico se había quedado flotando en el quirófano y

se me había metido por la pituitaria al acercarme al cuerpo de la muchacha?

El aire libre de fuera de la sala me reanimó, y nos sentamos a esperar en el despacho del médico director, tomando un café que nos había pedido el enfermero mayor, hasta que llegó el jefe de la casa y nos condujo amablemente al pabellón del herido.

Atravesamos corredores en que se amontonaban las camas, porque los pabellones no eran capaces de contener a tanto desgraciado. Vimos a los convalecientes, con blusones azules, tomar con ansia sus gachas en vasitos de aluminio, y mirarnos pasar, acompañados del médico director, como los monos de la Casa de Fieras ven pasar a sus guardianes acompañando a las visitas de importancia.

Por fin llegamos al camastro de Qamar al-dawla. Lo hallamos tendido, sin moverse. El médico director levantó de la cabecera esa tablilla en que se apunta el curso de la enfermedad, y nos leyó unos diagnósticos médicos de los que no hice entonces el menor caso. Dije:

—Vamos al grano. ¿Podemos interrogarle ahora?

El médico contestó en voz baja:

—Creo que con toda brevedad.

Se acercó al herido y lo llamó con dulzura. Él abrió unos ojos mates, que parecían no ver ni fijarse en nada preciso. Me acerqué al hombre y le pregunté:

—Qamar al-dawla, ¿quién te agredió?

No contestó nada. Le repetí la pregunta y abrió los labios; pero tampoco dijo nada. Volví a insistir, y, haciendo un visible esfuerzo, soltó una sola palabra:

—Rīm.

Me paré, un poco sorprendido. Luego me volví a derecha e izquierda y vi que el delegado gubernativo y el secretario de instrucción se hallaban tan interesados y asombrados como yo. Fijé de nuevo la vista en el rostro del herido y le dije:

—Qamar, habla claro.

No respondió.

—Quieres dar a entender que fue la propia Rīm...

No se movió.

—¡Qamar! ¡'Ulwān! Habla. Tienes que hablar. Una sola palabra. ¡El agresor! ¿Quién fue el agresor?

Pero pedíamos un imposible. Había vuelto a cerrar los ojos y tenía la frente bañada en sudor. El médico director me tomó de la mano y, apartándome, me dijo:

—Ya es bastante.

Miré desesperado al delegado gubernativo:

—¿Bastante?

¿Habíamos sacado algo en limpio? Nuestra situación era mucho más clara al entrar que ahora. Porque aquella palabra que pronunció esta boca acorchada, después

de tanto esfuerzo, ojalá no la hubiese pronunciado.

IV

UNAS CAUSAS «IN FRAGANTI» Y FUGA DE RĪM Y DEL SAYJ ‘USFŪR

14 de octubre de...

Dejé al delegado gubernativo irse a sus ocupaciones y yo me volví a mi despacho de la fiscalía. Mi auxiliar, prevenido de mi regreso, se presentó como deseando verme, pero, en el fondo, enfadado de que no me hubiese acordado de él en el asunto de anoche. Me di cuenta de que, en efecto, lo había olvidado por completo. Indudablemente, mi obsesión de no dejar solo al delegado gubernativo anoche me había distraído de todo lo otro. Por lo demás, era un asunto baladí del que sólo sacó provecho el estómago del señor delegado y cuyo único daño fue para el bolsillo del señor alcalde. ¡Ay, estos alcaldes, qué dignos son de lástima! Apareció el ordenanza del Tribunal, el *hāyy* Jamīs, y le encargué un vaso de té ligerito. Luego me volví hacia mi auxiliar, que se puso a darme conversación como el que habla por hablar, igual que si estuviese hambriento de palabras. La soledad había estado a pique de matarlo durante mi ausencia. El campo le aburre. No encuentra aquí ni un solo café en que pueda entrar una persona como él, más que la tienda del droguero griego, Tanasi, delante de la cual han colocado dos veladores de madera y dos sillas de anea, y a la que las gentes han puesto el nombre de «el cabaret». Pero hasta este griego lleva ya una chilaba como la de los campesinos, y nada hay que delate su origen europeo más que el color del pelo y de los ojos.

¿Dónde va a entretenerse y a matar el tiempo este joven, llegado hace unos días de la capital, llena de luces, de diversiones y de bullicio? Ahora apenas puede ver más que unas cuantas casas, la mayoría en ruinas, y esas chozas techadas con paja de algodón y de maíz en que viven los campesinos, las cuales tienen el color terrizo y oscuro del lodo, del estiércol y de los excrementos animales, y, amontonadas y reunidas en pagos y granjas diseminadas entre los sembrados, parecen ellas mismas rebaños de bestias sueltas por el campo. Éstos rebaños de casas, en cuyos vientres viven como gusanos los desgraciados campesinos, son, efectivamente, lo único que se puede ver por estas comarcas. Y hay que añadir, para mayor tristeza, ese silencio que pesa sobre el pueblo desde que se pone el sol, pues a partir de esa hora no se oye más que el mugido de los búfalos, el ladrido de los perros, el rebuzno de los asnos, el chirrido de las norias, los cigüeñales y las bombas, y algunos disparos que en plena noche hacen los guardas particulares o jurados, unas veces para asustar a un intruso y otras para darse ánimos a sí mismos.

Mi auxiliar quiere librarse de esta opresión; pero ¿hay medicina alguna contra el campo como no sea casarse, o hacer calaveradas, o leer, o escribir los recuerdos de uno, igual que hago yo, siempre que encuentre ocasión?

Mi amigo pensaba en frecuentar el casino; pero es porque nada sabe sobre el

casino de este distrito. No es más que un nombre que se le da a un cuartucho en una casa vieja, al que se sube por una escalerilla de madera, y que está alumbrado por una lámpara de gas, es decir un «globo», única cosa digna de respeto que hay en la tal habitación. Los socios del casino son, como es natural, las gentes de la delegación, el médico del distrito, algunos ricachos y empleados, y el boticario, y su única ocupación consiste en jugar a los naipes o al tric-trac y en despellejar al prójimo.

¿Puede convenirle a una persona como el fiscal general de este distrito convivir con esta gentuza? Le dije a mi auxiliar que yo, «personalmente», prefería que un miembro de la fiscalía se mantuviese lejos de todo eso, si quería que todo el mundo lo respetara. Nunca olvidaré el día en que las gentes de la delegación me convidaron a cenar en aquel casino, con el cadí residente en el pueblo, para festejar el traslado de uno de ellos. No vi modo de excusarme y asistí. Los vasos de whisky estaban sobre la mesa junto a los platos. Nos colmaron los vasos al cadí y a mí; pero el cadí, sin darse cuenta, bebió con demasía y se puso a charlar por los codos y a reírse cuando no era hora de hablar ni de reír. El delegado gubernativo, que también estaba bebido, se volvió hacia mí para decirme al oído en son de zumba:

—Su Excelencia el cadí ha perdido el recato.

No quise oír más; me escabullí tranquilamente hacia mi casa sin que se dieran cuenta aquellos borrachines, y desde ese día no he vuelto a poner los pies en el casino.

Mi auxiliar asentía a estas palabras, y aún hubiera insistido yo más para reafirmarle en su actitud; pero el *hāyy* Jamīs entró con un vaso que no pude ver sin decirle:

—¿Qué me traes? Mejor hubiera sido que me sirvieras tinta de copiar, y habrías acabado antes.

—¡Bendice al Profeta, Excelencia! Veinte años llevo de ordenanza del Tribunal; han pasado por mí todo género de gentes y empleados, y, créeme por Dios, no aprovecha en los Tribunales más que el té amargo, con el gusto del Fernet^[13].

Insistí un poco, pero, al cabo, no encontré más salida que decir:

—El té de los Tribunales y el trabajo de los Tribunales, todo es amargo. Ea, tráelo.

El buen hombre me dejó delante el vaso de cristal, y se marchó. Pero apenas había bebido un sorbo, cuando se abrió la puerta y entró ‘Abd al-Maqsūd Effendi, jefe de la secretaría de lo criminal, con su insoportable pesadez, para decirme:

—Tenemos cuatro causas «in fraganti».

—Bueno; que vengan.

Se marchó y me mandó al soldado que traía los atestados y los detenidos. Nos pusimos a hojear los papelotes, antes de llamar ante nosotros a los acusados. Me reservé un lote de tres asuntos, y juzgando fácil el otro expediente, al que eché un

rápido vistazo, se lo entregué a mi auxiliar, diciéndole:

—Es el robo de una vasija llena de maíz. Nunca tropezaremos con un robo tan fácil como éste para ti. Interroga a este individuo, y a ver si lo haces confesar, con ayuda de Dios.

El auxiliar dio muestras de cierto natural azoramiento, pues era la vez primera que iba a interrogar a un acusado. Cogió el atestado que le tendía; se puso a leerlo palabra por palabra, y luego repitió la lectura de aquellos párrafos que no pasaban de cinco. Ya había terminado yo con mi lote, varias veces mayor que el suyo, y él seguía enfrascado en preparar resúmenes completos, y resúmenes de los resúmenes, e intencionadas preguntas que irían a estallar como bombas sobre el pecho del ladrón de la vasija de maíz.

Aguanté la risa que me entraba, porque a mí también me pasó otro tanto al iniciar mi vida judicial, e incluso la suerte fue más severa conmigo que con este mozo, ya que me abrumó con un asunto de falsificación de escritura, que fue mi primer contacto con la instrucción. Jamás olvidaré el azoramiento que me entró cuando se presentó ante mí el acusado con aquel aplomo, aquella soltura de lengua y aquella costumbre de comparecer ante los jueces. Todas las preguntas que llevaba embotelladas se me fueron de la memoria, y no sabía por dónde empezar. El individuo, en pie, aguardaba impávido que yo desplegara la boca o que Dios me inspirase una pregunta. Principiaba a correrme el sudor, y yo veía que el acusado estaba mucho mejor que yo, más seguro de sí y con mayor dominio de la situación. Incluso me pareció que por dentro se reía de mí. Gracias a que el secretario de instrucción —hombre curtido en el oficio, con mucha práctica, y que sin duda habría tropezado en su vida con decenas de auxiliares nuevos como yo—, comprendiendo lo que me ocurría, vino en mi ayuda y me apuntó por qué pregunta debía comenzar el interrogatorio; ayuda que yo acepté con cierta vergüenza y orgullo, sin dar a entender la necesidad en que me veía de su intervención. Como este viejo secretario hay muchos otros, llenos de derechos menospreciados y de ignorados méritos. Cierta vez uno me dijo, señalando a determinado gran hombre de la magistratura:

—Les enseñamos el oficio, y luego se van, y medran, y se hacen jueces y consejeros, mientras uno de nosotros se queda siempre en el mismo sitio, sin subir ni bajar, como el burro del estiércol.

De todo esto me acordaba yo al ver el rostro de mi auxiliar, y me pareció que debía vigilar por mí mismo sus primeros pasos. Le mandé que dejara a un lado aquellos resúmenes y tocara el timbre. Acudió el portero, y le dije que hiciera comparecer al primer acusado. Era un campesino entrado en años, de cuyo escote salían unos pelos azulencos y canosos como los de una hiena vieja. Le dije a mi auxiliar que le dirigiera sin temor las preguntas que se le ocurriesen. Vi que el muchacho se quedaba cortado, con el pavo subido, y que vacilaba; pero al fin se

rehizo y, mirando al acusado, le espetó:

—Tú robaste la vasija de maíz.

El viejo contestó en seguida con voz cavernosa:

—De hambre.

El auxiliar me miró, y exclamó en son de triunfo:

—¡El acusado ha confesado el robo!

El hombre replicó con ingenuidad:

—¿Y quién ha dicho que lo niegue? De verdad tenía hambre, bajé a un campo y llené una vasija.

El palillero se detuvo en la mano del auxiliar. Ya no había qué otra cosa preguntar, y se volvió hacia mí como implorando ayuda. Miré al hombre y le dije:

—Buen hombre, ¿por qué no trabajas?

—Excelencia, dame trabajo y falta mía será si no cumplo. Pero los pobres como yo un día lo encuentran y otros diez no encuentran más que hambre.

—Según la ley, estás acusado de robo.

—Yo, Excelencia, pongo la ley sobre mi cabeza; pero de todos modos, la ley tiene sentido común y sabe que yo soy de carne y hueso y necesito comer.

—¿Tienes alguien que responda por ti?

—Estoy solo a las puertas de Dios.

—¿Puedes dar fianza?

—De tenerla, comería con ella.

—Si entregas 50 piastras de fianza, quedarás inmediatamente en libertad.

—¡Cincuenta piastras! Por vida de tu cabeza, hace dos meses que no he visto una moneda. Se me ha olvidado cómo es una media piastra. No sé en este momento si el agujero lo tiene en medio o si se lo han tapado.

Miré a mi auxiliar y le dicté el texto de la decisión:

—«Deténgase al acusado preventoriamente cuatro días, para volverle a interrogar, y hágansele ficha y señas personales». Soldado, llévatelo.

El hombre besó su mano por la palma y por el dorso alabando a su Señor:

—¿Qué pasa? La cárcel es buena. En ella, por lo menos, tenemos un bocado seguro. ¡La paz sobre vosotros!

Salió arrastrándose, con las esposas en las muñecas. Mi auxiliar se serenó y respiró con la desaparición de su acusado.

Llamé la causa siguiente. Apareció el soldado, acompañado de otro, abrieron de par en par las dos hojas de la puerta de mi despacho y empujaron hacia dentro de la habitación a más de treinta entre hombres, mujeres y niños, que venían maniatados con cuerdas de palmito, porque para tanto número no se habían encontrado en el distrito esposas de hierro.

Al verlos, no pude reprimirme de exclamar:

—¡Dios es grande! ¿Son bestias que vienen al zoco del sábado? Soldado, desátalos.

El guardia me dijo mientras desataba con los dientes un nudo de la cuerda:

—Excelencia, registramos sus casas y encontramos en ellas cosas ilícitas. Y aún quedan otras gentes de la comarca pendientes de registro y detención, con conocimiento del señor oficial y de la tropa de la *hayāna*^[14].

Paseé la vista por aquellas gentes, y, repasando para mis adentros la acusación que sobre ellos pesaba y acababa de leer en los papelotes que tenía delante, dije:

—¿Cosas ilícitas?

El guardia corrigió:

—Ropas, Effendi.

Sí; lo acababa de leer hacia un instante. Un camión cargado con grandes fardos de diferentes ropas de algodón y de lana, como guardapolvos, camisetas y calzoncillos, así como con diversas clases de calzados de cuero, todo por cuenta de una de las casas comerciales más conocidas de El Cairo, atravesó de noche el puente del canal situado en frente de la demarcación del pueblo, y se le cayó al agua un gran fardo lleno de prendas diferentes. El tal saco permaneció en el fondo del canal hasta que bajó de nivel, y el agua descubrió las mercancías. Todo este pueblo desnudo se lanzó sobre aquel tesoro inigualable. Las manos se abalanzaron a aquel fardo, que dormía en el lodo, para sacar de su interior lo que podían. Quien sacaba unos calzoncillos de lana se los ponía inmediatamente encima de la chilaba azul; si era un guardapolvo de tela, el que lo cogía se envolvía en él con túnica y todo, y si eran unos zapatos brillantes, se los calzaba sin calcetines. Las gentes del pueblo corrían por los caminos alegres y contentas:

—¡El río trae vestidos! ¡El río trae vestidos!... hasta que los vieron los agentes de vigilancia, que, extrañados de tamaña prosperidad, la juzgaron, con arreglo a sus usos, «cosas ilícitas», y, asombrados, acabaron por descubrir el intrínquilis.

Me pareció que lo primero había de ser interrogarles a todos juntos, por ver si conseguía una confesión que facilitase mi tarea. Les dirigí una mirada general:

—¿Robasteis las ropas?

Me contestó de entre ellos una voz profunda y grave:

—De ningún modo. Jamás hemos robado, por Dios, ni sabemos lo que es robar. El río nos regaló el fardo y cada uno de nosotros cogió su parte.

Le repliqué inmediatamente:

—¿Su parte? Pero ¿es que el fardo era propiedad del río y no tenía propietarios europeos?

Me contestó el mismo hombre con su voz profunda y tranquila:

—No pensamos que tuviera propietarios, Excelencia. ¡Dios eleve tu puesto! Apiádate de la situación de los pobres campesinos.

—La cuestión es una cuestión jurídica, y la ley es terminante: Todo aquel que encuentra una cosa, propiedad ajena, y la guarda con intención de apropiársela, obra como un ladrón ¿Os dais cuenta?

—Nos la damos, Excelencia. Pero... vamos... los vestidos estaban delante de nuestros ojos, y el río nos los traía, y cada uno de nosotros, con perdón, estaba desnudo.

—Tú, buen hombre, te imaginas que el mundo vive en la anarquía y que no hay en él ley ni gobierno.

Parecía que el hombre iba perdiendo la paciencia, y dijo:

—¡El gobierno no nos da nunca nada y encima no nos deja nunca en paz! No nos viste y no nos deja que nos vistamos.

—Me veo obligado a meteros en la cárcel.

—Excelencia, habéis hecho registrar nuestras casas y nos habéis quitado las ropas. Los niños, que andaban alegres, han vuelto a llorar. Volveremos tal como estábamos, ni más ni menos. ¿Es que todavía es fuerza meteros en la cárcel?

—Os pondré en libertad mediante una fianza en metálico.

—¿En metálico? Los campesinos están desnudos, señor fiscal.

—Haced el favor de iros, antes que os eche. Me duele la cabeza, y el discutir con gentes como vosotros es perder el tiempo. La ley es terminante, y yo tengo las manos más fuertemente atadas por los textos legales que lo están las vuestras por esas cuerdas. La cuestión es para mí, ante todo, una cuestión legal: «Se detendrá a los acusados preventoriamente cuatro días, al cabo de los cuales se les volverá a interrogar, y se les hará ficha y señas personales. ¡Soldado, llévatelos!».

Salieron todos en una larga hilera. Entre los últimos iba un hombre mascullando:

—Nos meten en la cárcel porque nos vistió Nuestro Señor.

Nos dejaron tranquilos; pero en la habitación quedaba flotando una peste repugnante. Llamé al portero y le mandé que abriera las ventanas. Lo hizo, renegando en voz baja de estos búfalos blancos a los que no se debía dar entrada en las oficinas del gobierno. De pronto, me volví hacia mi auxiliar y lo encontré cabizbajo y pensativo. Sentí curiosidad de saber qué le pasaba ahora: ¿Es que todavía se impresiona por algo? La delicadeza de sentimientos y la figura de sensibilidad que ha traído, como las trajimos todos cuando empezamos nuestro servicio oficial en el campo, ¿sigue viva o va camino de embotarse...?

Pero oímos un fuerte garrotazo en la puerta, que reconocimos como del delegado gubernativo. Nuestro amigo entró sin aliento, gritando:

—La muchacha Rīm...

—¿Qué le pasa?

A pesar mío lo dije consternado.

El delegado gubernativo se derrumbó en una silla, mientras yo estaba pendiente

de sus labios, con mal contenida impaciencia. Pero él se volvió al portero:

—Tráeme un vaso de agua, por vida de tus ojos.

Sacó de la manga su pañuelo de seda artificial y se enjugó la cara y la cabeza. Yo estaba más que en ascuas. Por fin se volvió a mí y me dijo:

—Se ha escapado.

Lo miré largamente:

—¿Hablas en serio?

—Ha huido con ese perro de *sayj*.

—¿El *sayj* ‘Usfūr?

—¡Negro sea su día!

—Y ¿qué has hecho?

—He mandado que un destacamento de la *hayāna* vaya inmediatamente a perseguirlos por todos los caminos del campo.

Nos quedamos en silencio. Nuestros pensamientos iban cada uno por su lado.

V

AUSENCIA DEL DELEGADO GUBERNATIVO. EL SAYJ 'USFÜR CAE EN NUESTRAS MANOS

15 de octubre de...

No se quedó mucho tiempo el delegado gubernativo en mi despacho. Se fue de prisa y le perdí el rastro. Le llamé muchas veces por teléfono al distrito, y nadie pudo decirme donde paraba. Lo único que sabían es que había salido en la camioneta Ford, con su ayudante, y que aún no había vuelto.

Esperé todo el día a ver si sabía de él; pero el día se acabó, el sol se puso, y perdí la paciencia. Fui yo mismo al distrito y no saqué nada en limpio. Alguien me dijo:

—Quizás haya ido al casino. Ésta es la hora en que suele ir.

Sin vacilar me encaminé al casino. Los socios me recibieron al principio con algo de sorpresa; pero enseguida porfiaron por ofrecerme la única silla sana que había en el local, como muestra de deferencia. Les pregunté por el delegado gubernativo y me dijeron que no lo habían visto y que precisamente se extrañaban de que aún no hubiese acudido a aquella hora. Cuando supieron por mí que había salido desde por la mañana con su ayudante en la camioneta y que aún no había regresado, gritaron todos a una:

—¡No hay poder ni fuerza sino en Dios!

Y una voz de entre ellos añadió:

—Perdidos estamos nosotros y nuestro dinero. ¡Dios nos dé algo en cambio!

No entendí de primera intención lo que querían decir; pero una ojeada a la mesa, por la que estaba esparcida la baraja en espera de los jugadores, me hizo comprender de súbito.

Recordé, en efecto, lo que me habían contado de que el delegado gubernativo no perdía jamás en el casino. A principios de cada mes les ganaba siempre los sueldos a los empleados; luego, durante el mes, les iba prestando lo que necesitaban para mantenerse y vivir, a fin de que no se muriesen hasta cobrar; enseguida jugaba con ellos otra vez, les ganaba los nuevos sueldos, y les prestaba para que vivieran el mes, y así sucesivamente. Estaban acostumbrados y contentos con esta vida, porque se consolaban pensando: «Tanto da que el dinero esté en nuestro bolsillo, como en el bolsillo del señor delegado gubernativo. El resultado es el mismo». Lo único que les desazonaba y les tenía en vilo es que el delegado se fuese con el dinero del pueblo a jugar a otro distrito. Porque ocurría que, en ocasiones, el delegado se aburría de jugar con estos pobres pelados y desplumados: Unas veces elegía a unos cuantos de los mejores jugadores, y se trasladaban, como un equipo de fútbol, a desafiar al distrito vecino; otras, se iba solo, o con el ayudante, al pueblo más próximo, a jugar dos partiditas y volver; otras, en fin, recibían en el casino a un jugador distinguido que

venía de otro sitio. Y en tales encarnizados combates entre pueblo y pueblo se ponía en peligro el bolsillo del delegado gubernativo, es decir, los sueldos del distrito...

No tardé en devolver la confianza a sus espíritus diciéndoles que, con toda probabilidad, el delegado había ido a trabajos relacionados con un asunto que nos traía en jaque. Con esto se sosegaron, y por algún tiempo permanecieron tranquilos, dando muestras de cortesía y de respeto. Pero luego, mientras tomábamos café, empezaron a hablar y a cotillear un poco. Y por fin, uno de ellos dijo entre las fórmulas de bienvenida:

—Dios nos ha compensado con creces, mediante el honor de la visita de Su Excelencia el Fiscal. Porque el señor cadí se ha retirado hace tiempo del casino... por culpa de una mala inteligencia...

Miré al que hablaba, y en mis ojos interrogadores debió de haber algo que le movió a explicarse más:

—Sí, una mala inteligencia entre Su Excelencia el delegado gubernativo y él.

Y ya se metió de hoz y de coz en el comadreo, añadiendo:

—El origen del disgusto fue una disensión entre las señoras: la señora del cadí con la señora del delegado gubernativo.

Bajé la cabeza en silencio; pero los circunstantes debieron de pensar que tenía ganas de enterarme, y uno de ellos prosiguió:

—Según las últimas noticias, subieron a sus azoteas y se enredaron en una pelotera de la peor índole. La mujer del delegado, por hacer rabiar a su amiga, se puso la casaca oficial de su esposo; con la corona y las estrellas en la hombrera; se tapó la cabeza, con perdón, con el chal adornado de lentejuelas, y le dijo en voz alta: «Vosotros todos sois gente de poco pelo. No va detrás de vosotros más que un portero andrajoso, cascado, encorvado y con las canas teñidas. En cambio, todo el distrito, con los guardias y los soldados, está a nuestras órdenes y nos saluda, dando taconazos». Entonces la mujer del cadí bajó, se plantó la banda roja, emblema del gobierno, encima del fustán rosa claro y subió a decirle: «¡Cállate la boca, tía necia! Vosotros no mandáis de verdad más que sobre un par de guardias idiotas; pero ¿quién, más que nosotros, en todo el pueblo, puede encarcelar, ahorcar y decir: El Tribunal ha decidido esto o lo otro?».

Me sentí un poco culpable en escuchar cosas así; de suerte que, apenas acabé de tomarme el café, coloqué con toda parsimonia la taza sobre la mesa, me levanté sin más, saludé y me despedí de todo el mundo y me marché.

Tomé el camino de mi casa pensativo y sin prisa, porque no me encontraba con gana de meterme entre cuatro paredes con los montones de las denuncias retrasadas, a hundir las narices entre el polvo de sus legajos. Además, tenía aún metida entre ceja y ceja la ausencia del delegado gubernativo.

¿Es que la había encontrado? De ser así, ¿dónde había ido con ella? Y al *sayj*

‘Usfūr, ¿qué demonios le habrá pasado? Lo raro del caso es que el tal pájaro nos haya birlado este lirio sin que nos diéramos cuenta. La verdad es que no le habíamos hecho caso, y que pudo sacarla de manos del delegado gubernativo con toda maña y ligereza. Sí, de manos del señor delegado; que no de las mías. Pero más raro todavía es que la muchacha le obedeciera y se fuera con él tan a gusto, pues es indudable que no le repugnaba y que no se la llevó a la fuerza y por la violencia ¿Cuál es el intrínquilis de esta influencia y de este extraño ascendiente, siendo así que él apenas la conocía y no habían tenido largo trato? ¿Es que la incitó a huir? Pero ¿qué es lo que la movió a huir? ¿Es que es culpable? ¿Es que la belleza deslumbrante puede ser culpable, o lo somos nosotros al pensar mal de la belleza? A mí me cuesta trabajo imaginar que la belleza no vaya de par con la virtud: la verdadera belleza y la verdadera virtud son una misma cosa...

Sin embargo, el herido Qamar al-dawla, al preguntarle quién era el agresor, pronunció una sola palabra, que aún resuena con estupor en mis oídos: «Rīm». Y, al mismo tiempo, ¿por qué la muchacha dio un grito de sorpresa al tener la primera noticia del crimen? ¿Era fingimiento y disimulo? Su «ay», me trastornó toda aquella noche, y no dudo que el delegado gubernativo, quien por lo menos debe de tener experiencia de tratar campesinas, estaba tan impresionado como yo. Si una pobre muchacha como ésta es capaz de engañarnos a nosotros, más nos valdría que nos pusieran en los pesebres de los bueyes y no delante de las almas de las gentes para que penetremos sus reconditeces y descubramos sus secretos.

Entretenido con estos pensamientos, me llevaron mis pies sin querer hacia el hospital. Al pasar ante la puerta principal, vi distraídamente el espectáculo acostumbrado de hombres, mujeres y niños sentados en cuclillas.

No me fijé gran cosa. Pero aún no había dejado atrás los grupos cuando me detuve estupefacto: Acababa de ver junto al muro, a distancia de unos pocos codos de la gente, al *sayj* ‘Usfūr, sentado en el suelo, cabizbajo, trazando rayas en la tierra con la punta de la vara, y a su lado a la muchacha, con la cabeza recostada en la pared, como por cansancio o por tristeza. Entonces lo comprendí todo. Había venido al hospital a preguntar cómo seguía el herido y había tomado al *sayj* verde como guía, compañero y auxiliar. Nuestra sagacidad hubiera debido dirigir la búsqueda por estos lugares cercanos.

Pero ¿qué cabía hacer ahora? Yo estaba solo, y no tenía autoridad más que sobre los hombres del servicio, que recibían mis órdenes. Era, pues, menester ir inmediatamente a la casa del distrito para enviar a algún soldado que viniera a por ellos. Aligeré el paso, antes de que se dieran cuenta de que los había visto, no fueran a huir por miedo de mí, y me alejé diciéndome:

—No cabe duda de que ahora el *sayj* ‘Usfūr sabe todos los secretos del asunto, o, por lo menos, ha penetrado el de la muchacha, hundiendo sus ojos centelleantes en

los mares de ese alma profunda y tenebrosa. Ahora bien, ¿querrá decirnos algo? Porque él mismo, a su vez, es un secreto cerrado, y no sé de verdad si es un mentecato, o si detrás de esa cara de bobo...

Pero en éstas había llegado al distrito. Al ver la camioneta Ford en la puerta, comprendí que el delegado gubernativo estaba ya de vuelta. Irrumpí veloz en su habitación, y me lo encontré tumbado en el canapé, con el fez quitado y echando un trago del botijo, mientras la frente le sudaba a chorros. En cuanto me vio, me dijo:

—Por vida tuya, en este asunto debe de andar por medio la magia. Ése perro viejo tiene que haber embrujado a la chica. Figúrate que desde por la mañana hasta este momento histórico no hemos dejado, dentro del término del distrito, ni maizal, ni plantación de caña, ni noria, ni molino, ni choza, ni aduar, ni canal, ni tierra, ni cielo, ni camino agrícola, ni infierno rojo, que no hayamos revuelto y registrado palmo a palmo. Aunque se hubiesen vuelto pájaros encima de los árboles o peces en el río, habríamos dado con ellos. Pero la desgracia es que ellos...

No pude reprimirme y le atajé:

—La desgracia es que están a un paso de aquí, señor delegado.

El delegado gubernativo puso el botijo en el suelo y me miró con la boca abierta:

—¿Qué?

Le repliqué con un tanto de cólera:

—¡Qué pájaros ni qué peces! El hombre y la chica están ahora mismo delante de la puerta del hospital.

—¿Del Hospital del Príncipe?

—Ante todo, querido, ocúpate en decir a un soldado que vaya a traerlos desde allí...

No acabé la frase, porque el delegado gubernativo, contentísimo, se había puesto en pie sin oírme, y gritaba con una voz que atronó el patio de la delegación:

—¡Brigada ‘Abd al-Nabī!

De un rincón de las cuadras vino un hastial, con camisa y zaragüelles blancos, que levantó la mano para saludar, y dijo:

—¿Qué manda Su Excelencia?

—Vete inmediatamente al Hospital del Príncipe con dos hombres, llevando unas esposas de hierro...

El buen sujeto vaciló e interrumpió:

—Excelencia, tenemos abierto el pajar y los hombres dan el pienso y hacen la cama a los caballos...

El delegado gubernativo gritó:

—Bestia, cumple las órdenes, si Dios quiere, aunque los caballos no duerman esta noche. Te he dicho que vayas ahora mismo.

—Muy bien, Effendi.

Dejé al delegado gubernativo explicando a su subalterno lo que había de hacer y me fui a mi despacho, no sin recomendar al delegado que se reuniese conmigo, junto con los dos detenidos. No quería yo de ningún modo hacer la instrucción en la casa del distrito, que no era la mía. El dueño del distrito es el delegado y no me gusta estar en sus dominios mientras trabajo, sobre todo en este asunto y delante de la muchacha. Salí, pues, a toda prisa, y mandé llamar al secretario de instrucción. A poco, ya estaba yo en mi despacho, sentado ante mi mesa, con los ojos clavados en la puerta, consumido de impaciencia y esperando que llegase la muchacha, como si se tratara de una cita.

Oí un toque en la puerta de la habitación, y entró el delegado gubernativo, que me preguntó al punto por los detenidos. Le contesté que todavía no había visto a nadie. Se sentó, diciendo que ya había mandado a por ellos, y se puso a mirar la puerta, también él, retorciéndose los bigotes. Vino asimismo mi secretario con sus papeles, que desplegó delante de mí. Ya estábamos todos preparados, cuando oímos en la antesala voces, el arrastrar de unos pasos cansinos y un ruido de hierros. Llamaron a la puerta, que se abrió, y apareció ante nosotros, solo, el *sayj* ‘Uṣfūr, esposadas las manos, seguido del brigada, que le llevaba su larga vara. Me acometió una gran decepción y sentí que otro tanto le pasaba al delegado, el cual se apresuró a interpelar al brigada:

—¿Y la chica?

—No hemos encontrado más que al hombre solo, y lo detuvimos, Effendi.

—¿Solo?

Esto lo dijimos el delegado gubernativo y yo al mismo tiempo, con una mezcla de tristeza, de asombro y de cólera. El delegado, fuera de sí, se levantó y le gritó al *sayj* ‘Uṣfūr en la cara:

—¿Y la muchacha?

No se le movió un músculo y contestó con tranquilo aplomo:

—¿Qué muchacha?

El delegado gubernativo le dirigió una mirada de través y exclamó:

—Tú, buen hombre, tomas *hasīs*. Éste asunto del *hasīs* lo conozco yo bien^[15].

Y quiso darle una fuerte puñada; pero yo se lo estorbé y, mandando al *sayj* que se acercara, le interrogué con dulzura:

—¿Rīm estaba contigo?

Me contestó sin vacilar:

—Jamás.

Calculé que los ojos de águila de este hombre me habrían visto pasar por la puerta del hospital y que, venteando con su sagacidad lo que iba a suceder, habría ocultado a la muchacha en el acto; o que, por el contrario, me engañaron mis ojos y Rīm no estaba a su lado; o que el espectro flotante de esta muchacha, que yo me había

formado, había prestado su figura y sus ropas a otra mujer de aquellas campesinas que aguardaban en la puerta. Sí; todo esto era posible. Pero ¿adónde se había ido Rīm? ¿Por qué iba yo a desconfiar de mi vista y no de este viejo astuto? Y, ante todo, ¿quién era este hombre?

Al punto le grité:

—¡Eh, hombre! Ven acá.

—Servidor.

—¿Quién eres?

Me miró como si no hubiese entendido la pregunta. Se la repetí de nuevo con más energía, y entonces murmuró:

—Yo... Yo soy ‘Usfūr (un gorrión)^[16] que coge los granos de encima de la tierra y que sirve al Señor debajo de la tierra...

—Buen hombre, hablemos en serio. ¿Cómo te llamas?

—‘Usfūr.

Señaló sus manos esposadas y dijo:

—Soltadme. El que ame al Profeta que me suelte.

Ordené al soldado que le quitase las esposas, y volví a preguntarle con dureza:

—¿Oficio?

Dudó un poco y se calló un momento. Luego dio suelta a un hondo suspiro, volvió la cabeza para atrás, se le quedaron inmóviles los ojos como si viese algo que no era de este mundo real y sensible, y alzó la voz cantando:

*Soy un pobre pescador.
Pescando gano mi vida.
Al río fui con mi barca
a pescar una «binniyya».
Me gustaban las pescadas
que en torno a mi barca había:
una, «blanca», transparente;
la segunda era «bultiyya»...*^[17]

El delegado gubernativo le cortó diciendo:

—Ya, ya... ¿Y la que se ahogó en el canal artificial hace dos años era la blanca o la *bultiyya*?

El *sayj* no le hizo caso y ni lo miró siquiera. Siguió cantando:

*Una, «blanca», transparente
la segunda era «bultiyya»;
la tercera, de tan bella,*

los marineros hechiza...

Suspiró al decir los dos últimos versos, en los que su voz rozó un tono raro y significativo, algo trémulo. Miré de reojo al delegado y vi que tenía los ojos empañados; pero se recobró, y, ya rehecho, le dijo al hombre:

—Y ¿quiénes eran los marineros?

El viejo bajó la cabeza y guardó silencio profundo. No sé si también son imaginaciones mías o si es verdad: pero tengo la sensación de que este viejo entiende... y que desde el primer momento ha comprendido lo que nos pasa...

VI

UNA NOCHE TRANQUILA Y LA TENSION DEL CADÍ GALOPANTE. ‘USFÜR DETENIDO POR VAGABUNDO. UN ANÓNIMO

16 de octubre de...

No conseguimos sacar nada en limpio del *sayj* ‘Usfūr, y ni siquiera pudimos detenerlo, puesto que no había hecho nada que cayese dentro de las redes del Código; así que lo pusimos en libertad.

Pensé por un momento hacerlo seguir por un agente, a ver si podíamos descubrir el paradero de la muchacha. Pero ¿dónde encontrar un agente secreto que se pueda esconder del *sayj* ‘Usfūr? Él conoce perfectamente a todos los hombres del servicio; les ha acompañado cientos de veces en sus diligencias; ha trasnochado, comido, bebido, recitado y cantado con ellos; les ha guiado a los depósitos clandestinos de armas; ha seguido con ellos el rastro de los criminales. Casi se le puede considerar de la policía. Por tanto, lo dejamos que se fuese en paz. El irritado delegado gubernativo se contentó con acompañarlo hasta la puerta, donde le dio un cogotazo para desfogar su cólera.

Y a seguida nos fuimos cada cual a sus asuntos: el delegado a su casino, y yo a mi casa. Me desnudé y me quedé solo. Saqué la libreta de mi diario para confiarle estas impresiones que aquí en el campo no encuentro a quien comunicar.

Verdaderamente, la pluma es un gran recurso para los que, como yo, estamos condenados a la soledad. Pero la tal pluma es como el caballo, que unas veces corre porque le sale de dentro, igual que un pájaro revoltoso, y otras, en cambio, se pone reacio, se encabrita, y se niega a avanzar, como si hallase en su camino una víbora con la cabeza encampanada. Y en este momento se movía y retozaba entre mis dedos, sin obedecerme, como si hubiera algo que la apartase o que la ahuyentara de las praderas de los sueños.

Miré hacia mi armario de madera, y vi que encima de él se hallaba un ratón negro, royendo la madera con sus diente-cillos. Me puse a mirarlo por ver si se iba; pero no se fue. Pasó un rato, y él seguía en su puesto y yo en el mío, cada cual a su trabajo; pero él, al parecer, no se cuidaba de mi existencia, y yo, en cambio, me cuidaba de la suya, porque su visita a aquellas horas me distraía. Anduve observando como se restregaba la cabeza y la boca con sus manecitas, y pensando en aquella criatura de Dios, que no pensaba en mí, lo que constituía toda la diferencia entre él y yo.

A lo último, opté por abandonar a este pequeño carpintero con su delicada sierra, y me llevé mi libreta a la cama. Eché el mosquitero y até muy bien sus puntas, para estar a seguro de un posible entrometimiento de mi visitante, no le fuera a dar por jugar con mi pie descalzo. Y es que no veo la utilidad de las ratoneras, que no dan

más que el trabajo de prepararlas y de acechar su resultado. No hay nada más molesto ni más propio para perder el tiempo que acechar su resultado, porque, si conocemos nuestra presa, y nos hace compañía, y le tomamos cariño, y cae, cae con ella nuestra alma; y si no, por muchos ratones que hayamos cazado, nunca dejan de visitarnos. Dejémoslos, pues, ir y venir; hagámosles este favor y cuidémonos de nosotros y de nuestras cosas. En cuanto a mí —loado sea Dios— no tengo que cuidar otra cosa más que estos muebles baratos, de madera blanca, desvencijados por tantísima mudanza de pueblo en pueblo. ¿Qué daño puede hacerles el que jueguen con ellos unos dientecines?

Me dediqué a dormir, muy poco después de prima noche, porque al día siguiente era la sesión del juez rápido, y, aunque había encargado a mi auxiliar que asistiera a ella, quería hallarme a su lado, para irle acostumbrando al orden de las vistas y a las contingencias que en ellas pueden ocurrir.

Con el alba me dirigí al Tribunal, y ya encontré a mi auxiliar en la sala de deliberaciones, debajo del brazo un sobre con la banda, esperando al cadí. El cual no se hizo esperar. Llegó en el tren de El Cairo, y a su zaga venía Sa'bānEffendi. Iban los dos a buen paso y el cadí sacaba unas monedas del bolsillo y se las entregaba al ordenanza, diciéndole:

—La carne que sea pueblerina y de paletilla. Ojo con los huevos, Sa'bānEffendi. La manteca y el queso, como de costumbre. Métele todo, bien metidito, en el cesto y espérame con ello en la estación, al tren de las once, como siempre. Tú, vete al mercado, y el efendi ujier te hará tu trabajo.

El ordenanza se escabulló rápidamente, y el cadí entró adonde nosotros estábamos, y nos saludó con prisa, diciendo:

—Creo que deberíamos entrar a la vista.

Y, dando unas palmadas:

—¡Effendi! ¡Ujier! Anuncia la vista... ¡La vista!

Echó su guardapolvo blanco de viaje sobre una silla, y, sacando su banda roja de la cartera, se la puso en el acto. Vino el mozo con el café, que se bebió de pie en dos sorbos, y al punto irrumpió en la sala de vistas, seguido por nosotros. El ujier gritó:

—¡Tribunal!

Miró el cadí el orden del día y dijo:

—¡Juicios de contravenciones! Muhammad 'Abd al-Rahīm al-Dunf, por no limpiar los gusanos del algodón..., ausente, 50 piastras. Tihāmī al-Sayyid 'Unayba, por no llevar a su hijo a vacunar..., ausente, 50 piastras. Mahmūd Muhammad Qandīl, por tener un fusil sin licencia..., ausente, 50 piastras y confiscación del arma... Ausente, cincuenta piastras... Ausente, cincuenta piastras...

El cadí volaba entre los juicios como una saeta a la que nada paraba. El ujier no llamaba más que una vez, para seguir el paso del cadí. Al que no oía la llamada, se le

daba por ausente, y se le juzgaba en rebeldía. Al que oía la citación y comparecía, el cadí le interpelaba rápidamente:

—Tú, buen hombre, dejaste que tu ganado pastara en el campo de tu vecino.

—El origen de la historia, Excelencia...

—No tenemos tiempo de oír historias..., presente, 50 piastras. ¡Otro! ‘Abd al-Rahmān Ibrāhīm Abū Ahmad... etc...

Se acabaron las contravenciones en un abrir y cerrar de ojos, y le llegó el turno a los juicios de faltas, en los que había que escuchar testigos y oír abogados, todo lo cual exigía un poco más de tiempo. El cadí sacó su reloj y se lo puso delante. Luego gritó al ujier:

—La causa primera, rápido...

El ujier llamó:

—¡Sālim ‘Abd al-Mayīd Saqraf!

El cadí miró en el orden del día, se enteró de la acusación, y, mirando al acusado, que aún no había traspasado el umbral de la sala, le espetó:

—¿Pegaste a la mujer? Una sola palabra... Di lo que sea.

—Excelencia, ¿hay hombre que pegue a una mujer...?

—Prohibidas las filosofías. Una palabra y su contestación exacta. ¿Le pegaste, sí o no?

—No.

El cadí gritó al ujier:

—Niega la acusación. Venga la testigo.

Compareció la mujer pegada dando tropezones en su larga túnica negra. El cadí no esperó más que a verla asomar a la sala para gritarle:

—¿Te pegó?

—El origen, señor cadí —nuestro Señor te guarde— fue que...

—Nada de orígenes. ¿Te pegó o no? Una palabra nada más.

—Me pegó.

—Basta. El tribunal no necesita de los demás testigos. ¿Qué tiene que decir el acusado?

El acusado carraspeó y se puso a defenderse a sí mismo; pero el cadí no le escuchaba, dedicado a apuntar con lápiz en el orden del día las circunstancias del caso y la formulación del fallo. Cuando concluyó, levantó la cabeza y pronunció la sentencia, sin mirar al acusado ni aguardar a que acabara de defenderse:

—Un mes de trabajos. ¡Otro!

—Excelencia el cadí: tengo testigos. Ni la pegué ni la derribé. Ésa sentencia es una injusticia. Una injusticia, señores.

—¡Cállate! ¡Soldado, llévatelo!

El soldado se lo llevó lejos, y se convocó al asunto siguiente. Compareció un

hombre decrepito, encorvado, con barba blanca, que se arrastraba apoyado en un bastón. El cadí le interpeló:

—¿Malversaste el trigo confiscado?

—Era mi trigo, Excelencia, y nos lo comimos la familia y yo.

—Convicto. Presente. Un mes de prisión con trabajos.

—¡Un mes! ¡Oh musulmanes! El trigo era mío... Lo había sembrado yo... mi dinero...

El soldado se lo llevó. Iba mirando a todos los presentes con ojos espantados, como si no quisiera dar crédito a que la sentencia que acababa de escuchar fuese real. Sí; indudablemente su oído le había engañado, y la certeza la poseían todos los presentes. Él no había robado el trigo de nadie. Verdad es que el ujier había venido a confiscárselo, bajo su propia custodia, hasta que pagase el dinero que debía al Gobierno; pero el hambre se cebó en él y en su familia, y se comió su trigo. ¿Quién era el que lo tenía por ladrón y le aplicaba el castigo del ladrón? El buen viejo no podía comprender este Código que le llamaba ladrón por haberse comido lo que había sembrado y el fruto de lo que había plantado. Éstos delitos, inventados por el Código para proteger el dinero del Gobierno o de los acreedores, no son, a juicio del campesino, los delitos naturales que entiende su sencillo instinto. Él sabe que pegar es delito, y que lo son matar y robar, porque en todas estas cosas hay una evidente iniquidad contra el prójimo, y la bajeza moral está patente en ellas a primera vista. Pero la «malversación»... ¿cómo comprender sus fundamentos y su concepto? Ése no era más que un delito legal cuya pena se soporta, pero sin creer en su existencia. El buen viejo dejó el asunto en manos de su Creador. Cuando los guardas se hicieron cargo de él iba diciendo:

—¡No hay poder ni fuerza sino en Dios!

Se pregonó la causa siguiente. Aún no había pronunciado el ujier el nombre del acusado, cuando el cadí ya había sopesado en su mano el expediente y lo había encontrado ponderoso y con demasiados testigos. Miró el reloj y luego al estrado de los abogados, y, al ver que el acusado no lo tenía, comprendí que querría aplazar el asunto. No me engañé en mi presunción, pues se volvió hacia la fiscalía diciendo:

—¿La fiscalía pide el aplazamiento?

—Mi auxiliar me miró embarazado; pero yo me apresuré a contestar:

—Al contrario, la fiscalía se opone al aplazamiento.

El cadí disimuló su irritación y rezongó entre dientes:

—La veremos, y en paz. ¡Vengan los testigos!

Sin embargo, no tardó el cadí en darse cuenta de que aquel asunto era de apelación contra anterior sentencia en rebeldía. Ahora bien, las apelaciones deben ser presentadas dentro de un plazo de tres días. En el acto leyó las fechas y dijo inmediatamente al acusado, con un gran suspiro de alivio:

—La causa es inválida por la forma, señor acusado, porque la apelación ha sido presentada fuera de plazo.

El campesino, vestido de andrajos, no entendió tales palabras y dijo:

—Y entonces ¿qué pasa, señor cadí?

—Pues pasa que la anterior sentencia que te condena a prisión es ejecutiva. ¡Soldado, deténlo!

—¿Prisión? No hay motivo, señor cadí. ¡Se me hace injusticia! Ningún juez me ha oído y ningún magistrado me ha tomado declaración hasta este momento.

—¡Cállate! Tu apelación, buen hombre, está fuera de plazo.

—¿Y qué?

—El Código, buen hombre, fija tres días.

—Yo, señor mío el cadí, soy un pobre hombre que no sabe leer ni escribir. ¿Quién ha de explicarme el Código y aclararme los plazos?

—Me parece que ya te he dedicado más tiempo que el necesario. Tú, bestia, estás obligado a conocer el Código. ¡Soldado, deténlo!

Y lo pusieron entre los detenidos, mientras él miraba a derecha e izquierda, a cuantos tenía alrededor, por ver si era el único que no entendía. Y yo me puse a contemplar con compasivos ojos a esta criatura a la que imponían el conocimiento del Código de Napoleón.

En fin de cuentas, se acabó la vista. El cadí se puso en pie de un salto, volvió a la sala de deliberaciones, y se quitó la banda de prisa y corriendo, porque no le quedaban más de siete minutos para tomar el tren de regreso. Pero el cadí estaba acostumbrado a coger el tren en el último instante. La prisa no le hizo perder su aplomo interior ni su tranquilidad. Cogió el guardapolvo blanco, se lo echó al brazo, nos saludó y se marchó a la estación al galope. En ese momento entraba corriendo el secretario de la fiscalía con algunos legajos, seguido de un soldado que llevaba a un preso. El secretario decía:

—¿Qué el cadí se ha ido ya? Tenemos una apelación sobre el asunto de una prisión, que debe ver el señor cadí.

Inmediatamente le dije:

—Alcanza al cadí en la estación, antes de que tome el tren.

El secretario le gritó al soldado:

—Brigada, tráete al preso, y vámonos a la estación.

Todos —el secretario, el brigada y el preso, que iba a la zaga de su guardián, atado con su cadena, como un perro— salieron corriendo en pos del cadí galopante. En día de tales sesiones, era un espectáculo habitual para los vecinos del pueblo. Las últimas apelaciones y las renovaciones de las órdenes de prisión solían ser vistas y resueltas en la cantina de la estación, dos minutos antes de salir el tren. Ya se movía el tren, y el cadí, con un pie en el andén y el otro en el estribo del último vagón, decía

aún:

—Hay que desechar la apelación y confirmar la prisión del acusado.

El secretario escribía los términos de esta sentencia sobre el mármol de la mesa de la cantina, mientras el cadí recibía de Sa'bān, que corría detrás del tren en movimiento, la cesta de los huevos, la manteca y la carne, y el portero gritaba a voz en cuello:

—La carne, Excelencia, es de paletilla y de solomillo...

Después de la vista subí a mi despacho con mi auxiliar. Llevaba éste el ceño muy fruncido, porque había pensado que en cada asunto la fiscalía se levantaría a explicar su punto de vista sobre la acusación, para lo cual llevaba preparados unos largos informes escritos con letra clara y cuidada sobre pliegos Fullscape^[18] rayados, y he aquí que ahora salía de la vista con ellos doblados, como cuando entró. Las sentencias habían llevado la marcha regular y rápida del tren, y la justicia había recorrido su trayecto en un santiamén como un caballo de carreras, sin necesidad de todos aquellos análisis, comentarios y pruebas testificales e indiciarias que tanto le habían hecho velar para embutirlas en papelotes.

Al fin me quedé solo en mi despacho. A poco entró en él el jefe de la secretaría de lo criminal, trayéndome el correo de la fiscalía, y, como de costumbre todas las mañanas, se puso a rasgar los sobres delante de mí. Pero no habíamos abierto más que un pliego o dos, cuando oímos fuera de la habitación rumores y una voz ruidosa en la que reconocí la del *sayj* 'Usfūr.

Mandé a ver de qué se trataba y vinieron a decirme que el distrito lo enviaba hoy detenido, después de haberle levantado un atestado por vagabundeo. Comprendí que el delegado gubernativo, quien seguía creyendo que el *sayj* había sonsacado a la muchacha y cuyo odio por él continuaba en plena ebullición, se había acogido a las prerrogativas de la delegación para caer sobre él. Formular contra el *sayj* 'Usfūr una acusación por vagabundeo era un pensamiento luminoso que sólo podía haber pasado por la mente acalorada del delegado gubernativo. Efectivamente, el tal *sayj* no era ni más ni menos que un vagabundo, y desde este punto de vista caía de lleno como presa en los textos del Código que tenía delante. Pero resultaba peregrino que durante todos los pasados años la delegación hubiese estado callada y sólo en este momento se hubiese dado cuenta de que carecía de oficio. Tal expediente no me asombraba sobremanera; pero no satisfacía mi conciencia judicial, porque los textos del Código no han de ser en nuestras manos armas con que golpear a quien queramos y en el momento queelijamos nosotros. Detener hoy al *sayj* 'Usfūr era, sin ningún género de duda, una simple venganza. El delegado gubernativo, al ver que el hombre se escabullía de la acusación de haber raptado a la muchacha, había buscado y calculado otro camino por el que no pudiera escaparse. Era un procedimiento de la administración que no estaba bien que siguiéramos los jueces.

Así pues, tomé en mi fuero interno la decisión de ponerle en libertad; pero diferí el examen de su asunto hasta acabar con el despacho del correo que tenía delante. Además, ‘Abd al-Maqsūd Effendi acababa de entrarme un voluminoso sobre amarillo, conteniendo las causas criminales que nos enviaban desde la Jefatura para estudio e informe ante el Tribunal de lo criminal que va a celebrarse este mes en la capital de la prefectura en cuya jurisdicción trabajamos. Les eché un vistazo, y eran cientos de folios. ¿Tenía yo entonces cabeza para eso?

En el trabajo de la fiscalía no hay nada más penoso para mí que informar en las causas criminales. Resulta muy difícil para mi flaca memoria retener todos esos detalles que constituyen un crimen, y exponerlos luego con concierto, orden y tranquilidad ante tres magistrados ceñudos, leguleyos y acechantes. Además, el público que asiste juzga, no del meollo del asunto, sino del punto de perfección en los ademanes y gestos; del resonar de la voz en la sala; de la habilidad de la elocución y de los puñetazos sobre el pupitre. Por naturaleza, yo no sirvo más que para observar en secreto a las gentes que se mueven en el teatro del mundo, y no para que las gentes me contemplen como a un actor distinguido, sobre cuyo rostro se concentran las luces. Tales situaciones me deslumbran, me nublan la inteligencia, me quitan la poca memoria que tengo y me hacen perder esa serenidad espiritual que me permite ver las profundidades de las cosas.

Por estas razones no vacilé, y di orden de pasar todos los asuntos a mi auxiliar. Él está todavía en esa edad en que al hombre le gusta pavonearse y lucir en parecidas ocasiones y solemnidades. Además, tiene para este trabajo una preparación tan excelente, que exige que se le confíe. Y, sobre todo, así le proporcionaré ocasión de residir por unos días en la capital de la prefectura, en cuyos bares y lugares de diversión podrá reponerse y borrar la huella de la soledad y la angustia que le acometen en esta silenciosa campiña. Tales argumentos me parecieron muy buenos y muy bastantes para persuadirme de la necesidad de sacudirme de encima tan pesados asuntos.

Por último, el jefe de la secretaría de lo criminal me entregó otro sobre pequeño, en que leí, escrita con tinta roja, la palabra: «Secreto». Me dije si sería alguna nota del Fiscal general, y me apresuré a abrirlo. Era un anónimo enviado al Fiscal general, mi jefe en El Cairo, que me lo pasaba a los efectos oportunos. Lo desplegué y lo leí atentamente. Cuando llegué a su fin, me sentí dominado por la sorpresa. Me quedé un momento pensativo, y luego volví a poner en él los ojos y me detuve repasando estas líneas:

Excelentísimo señor Fiscal general en El Cairo. Viva muchos años.

Ponemos en vuestro conocimiento que la mujer esposa de Qamar al-dawla ‘Ulwān, el herido que se encuentra en el Hospital del Príncipe, murió hace dos

años estrangulada, cosa que ocultó el barbero sanitario por cohecho, y que su inhumación tuvo lugar sin conocimiento de la autoridad. Preguntad a su marido 'Ulwān y a su hermana la muchacha Rīmpor quién la estranguló. Las causas del crimen son conocidas y no se escaparán a vuestra penetración, si os ocupáis de hacer la instrucción por vos mismo, pues vos descubristis secretos graves, golpeáis las manos de los malvados y hacéis que la justicia siga su curso. La justicia es la base del imperio, y Dios (¡honrado y ensalzado sea!) dice en su Libro Glorioso [IV, 61]: «Cuando juzguéis entre las gentes, juzgad con justicia». Razón tiene Dios el Grande.

Uno que obra el bien

VII

CRISIS MINISTERIAL. EXHUMACIÓN DEL CADÁVER DE LA HERMANA DE RĪM. EL TRASLADO DEL TELÉFONO OFICIAL

17 de octubre de...

He pensado largamente en el asunto de la carta. ¿Quién demonios podrá ser el anónimo comunicante? La redacción denuncia que su autor es un azharista^[19] fracasado. El versículo alcoránico y la firma no pueden salir más que de esa clase social, que se prevale de su poca ciencia y de la ignorancia que se cierne sobre las gentes campesinas para vivir como memorialistas y para meter cizaña entre personas y familias. De todos modos, en la carta hay noticias que han menester de esclarecimiento. Si fuese verdad lo que dice de que la mujer de Qamar al-dawla murió estrangulada, tendríamos entonces que uno de los dos crímenes había producido el otro. Enterarnos ahora de quién pueda ser el autor de la carta tiene mucha menos importancia que cerciorarnos de la verdad de esta acusación. Por consiguiente, hay que abrir la tumba, sacar el cadáver de la mujer del herido y exhibírselo al forense.

Todos mis pensamientos iban por este camino, y no me ocupé de lo que la carta decía de Rīm, ni del mal que podría sobrevenirle, puesto que todo estaba supeditado al resultado del examen del cadáver. Ya me había apresurado a advertir al forense por telégrafo y a hacer las diligencias necesarias para la exhumación. También había puesto en el cementerio guardas nocturnos para impedir cualquier intromisión, e incluso había mandado llamar al sepulturero. Además, me puse en contacto por teléfono con la delegación, en cuanto leí la carta, para advertir al delegado gubernativo, si bien se me dijo que éste se había tenido que ir a una reunión urgente en la prefectura, bajo la presidencia del prefecto.

A poco se me presentó el ayudante del delegado gubernativo y me dijo:

—Su Excelencia habrá leído, naturalmente, la prensa de anoche...

—En absoluto.

—Hay crisis ministerial.

Comprendí en el acto el secreto de la reunión de la prefectura. Los hombres de la administración no tendrán desde ahora más pensamiento ni ocupación que olisquear el aire del ministerio nuevo, a fin de estar preparados para serle gratos, como han hecho con todos los demás; cosa que las más de las veces se manifiesta en poner inmediatamente mala cara a los alcaldes y personajes afectos al ministerio caído y en sonreír dulcemente a los que apoyan al entrante. Pero no hice ninguna observación al ayudante, porque yo soy un funcionario judicial que no debe hablar de política, y, además, sea cual fuere el cambio de los gobiernos y de los partidos, la ley siempre es la ley. Me limité, pues, a volverme al ayudante y a decirle tranquilamente:

—Pienso que su señoría vendrá con nosotros en lugar del delegado.

—Las circunstancias actuales me impiden dejar el distrito; pero el oficial del puesto se halla al servicio de Su Excelencia.

Lo dejé que se fuera a su delegación, mandé que estuviera listo el coche, y me senté a esperar al forense, que había contestado a nuestro telegrama con un telefonema diciendo que vendría hoy. En éstas, entró a verme ‘Abd al-Maqsūd Effendi, que me señaló con el dedo un almanaque colgado en la pared y me recordó la necesidad de hacer una inspección en la prisión del distrito, pues la fiscalía está obligada a hacerla, de modo imprevisto, dos veces al mes por lo menos. Sin volverme, le ordené que me lo recordara más adelante; pero él se alejó dos pasos, y luego volvió diciendo con un guiño significativo:

—Corre el rumor de que ya se ha formado el nuevo ministerio, y de que hay el proyecto de convocar otras elecciones.

—¿Y qué?

—Quiero decir que... antes de que haya aglomeración en la cárcel...

No dije ni pío, y me entretuve hojeando los papeles del asunto que traíamos entre manos. Al ver el jefe de la secretaría de lo criminal que no le contestaba, comenzó a retirarse vacilante y muy despacio; pero, comprendiendo yo por su actitud que no había procedido «de motu proprio», lo llamé, y, cuando volvió, le dije con una sonrisa pérfida:

—¿Te ha telefoneado el secretario de la prisión del distrito?

—Naturalmente. Los libros de la cárcel están preparados y en regla; el acta de la inspección, redactada; todo está perfecto. No falta más que la firma de Su Excelencia. Es cuestión de un cuarto de hora, y acabaremos con esta chinchorrería de la inspección de la cárcel.

Lo miré con irritación:

—¡Muy bonito! Será, ‘Abd al-Maqsūd Effendi, una perfecta inspección por sorpresa...

El hombre se quedó un poco confuso, y al fin contestó:

—Yo lo que quería era evitarle molestias a Su Excelencia, por un lado, y por otro, quitarle complicaciones a la delegación en estos momentos.

—Bueno, bueno...

Me apresuré a dar por terminado este asunto, porque oí que llamaban a la puerta de mi despacho y, al mirar, vi al forense, con su pequeña cartera, esperando mi permiso para entrar. Me levanté inmediatamente hacia él, lo hice entrar con toda amabilidad, pedí para él una taza de café, y empezamos a charlar de asuntos generales. Me contó con toda brevedad lo mismo que ya sabía por ‘Abd al-Maqsūd Effendi de que el nuevo ministerio se había hecho cargo efectivo de los resortes del poder y preparaba nuevas elecciones. No hicimos el menor comentario porque

ninguno de los dos sabíamos las convicciones del otro, y temíamos los dos revelar nuestra opinión íntima. Luego nos pusimos a hablar del trabajo y del asunto que nos traía ocupados, de cuyas circunstancias informé al médico en términos muy sucintos. Estuvimos de acuerdo en la oportunidad de trasladarnos cuanto antes al cementerio.

Montamos en el coche, echamos a andar y no paramos hasta llegar a un lugar recóndito, en medio de los campos, donde estaban reunidas, a la sombra de dos o tres palmeras, unas cuantas tumbas de ladrillo y adobe, sobre las cuales había unas estelas funerarias largas y negras como cabezas de *ifrīts*^[20]. Allí nos apeamos. Salieron a nuestro encuentro los guardas, que, al vernos, se despertaron en sus yacijas y corrieron hacia nosotros. Éste bajó de un colchón colocado encima de una tumba, como un palanquín encima de la camella; aquél se incorporó en una estera tendida entre las tumbas. Parecían monos saltando del regazo de su madre. Les pregunté por el señor oficial del puesto y me señalaron el camino rural, en el que vi, en efecto, un buen mozo con uniforme militar que avanzaba con arrogancia sobre su caballo tordo.

No pasó mucho tiempo sin que iniciáramos los trabajos. Ordenamos al sepulturero que abriese la tumba, y derechamente atacó con su pico y su azadón el murete que tapaba el ingreso. El médico forense me dijo que, si llamábamos a alguno de los parientes de la difunta, podría ayudarnos a identificar el cadáver y la mortaja. Le contesté que no sabíamos que la difunta tuviera más que una hermana, que se había fugado y escondido. Se nos ocurrió, sin embargo, enviar al oficial al pueblo para traernos a cualquiera de las vecinas que hubieran asistido al lavatorio y a la inhumación del cadáver; cosa que el oficial se dispuso a hacer inmediatamente. El sepulturero, mientras tanto, seguía su labor de demolición y derribo, hasta que logró hacer en el frente de la sepultura una brecha bastante honda; pero entonces la dejó, diciendo:

—Con perdón, la puerta debe de estar por detrás...

Y, cogiendo sus herramientas, se encaminó al lado opuesto, donde inició nuevos golpes y aporreos. El forense le increpó:

—Buen hombre, ¿es que ésta es la sepultura de Tut-ankh-amon? ¿Ni siquiera sabes cuál es la entrada, siendo el sepulturero del lugar?

—La razón, señor doctor, es que lleva mucho tiempo cerrada.

Dio dos golpes más, y por fin apareció el ingreso. El buen hombre se arrastró a gatas hacia el interior de la sepultura y salió arrastrando una cosa entrapajada con una tela que ya no se sabía de qué color era y cuyas puntas casi se le deshacían entre los dedos. Nos la puso delante diciendo:

—Mirad. Ésta, sin discusión, debe de ser la mujer.

El forense destapó aquellos huesos cariados, los examinó, y dijo al sepulturero:

—Devuélvelo adonde estaba, burro. Éste es el cadáver de un hombre.

—¿De un hombre?

Y volvió a meterse con el cadáver dentro de la sepultura, para reaparecer a poco con otro cadáver, que, apenas examinado por el médico, resultó ser también un cadáver de hombre. De la misma suerte siguió sacándonos cuantos cadáveres encontró a mano, y todos eran de hombres. Entonces el sepulturero exclamó irritado:

—Bueno, caballeros, ¿qué habéis hecho con las mujeres?

Pero el médico le contestó con tranquilidad:

—Sencillamente, su señoría se ha equivocado de tumba.

Y, señalando otra sepultura inmediata, le dijo:

—Abre ésta.

El sepulturero se marchó con sus herramientas a donde le había señalado el forense, mientras los guardas bajaban sus bártulos de encima de la primera tumba, rezongando entre sí:

—¡Ahí va! Nos habíamos colado.

Se abrió la nueva tumba, y apenas el sepulturero se había arrastrado hacia su interior y metido dentro cuando apareció el oficial, quien volvía seguido de una mujer que se tapaba la cara con una punta de su chal negro y gritaba gimoteando:

—¡Ay, tú que eras la flor del barrio!

El oficial, sin más, le tapó la boca, reprendiéndola:

—Cállate, comadre.

Se acercó el forense a hablar con la mujer y sacó en limpio que era una vecina de la difunta y que había asistido al amortajamiento.

—Escucha, buena mujer. ¿Amortajaron a la muerta delante de ti?

La mujer dijo suspirando:

—Delante de mí, sí, señor mío. Y yo me quedé a un lado, dándome de cachetes y haciendo albórbolas con la lengua.

—Lo importante para nosotros no son ahora los cachetes. ¿En cuántas envolturas la amortajaron?

—Tocando madera, en tres: una de moaré, otra de cachemira y otra de seda verde.

En aquel momento el sepulturero salía de la tumba arrastrando un cadáver. Examinó el médico su mortaja y vio que había perdido su color por la acción del tiempo, pero que un vislumbre de verde manzana en los extremos delataba cuál había sido su primitivo tono. Inmediatamente ordenó trasladar el cadáver e instalarlo sobre dos tablas de madera, colocadas de prisa y corriendo, a manera de mesa de disección, bajo la sombra de una acacia. Luego pidió que se alejaran los presentes. El oficial enarboló su bastón de fino bambú y apartó a las gentes gritando.

—¡Lejos de aquí! ¡Lejos de aquí!

Alzó el médico con todo cuidado el sudario, y apenas apareció a la vista aquel esqueleto amortajado, cuando oí detrás de mí rezongar y hablar entre dientes. Me volví y vi al chófer del coche que, ocultándose detrás del tronco del árbol, con el

rostro desencajado y los ojos fuera de las órbitas, contemplaba aquel espectáculo y decía sin poder contenerse:

—¡No hay poder ni fuerza más que en Dios! ¡De Dios somos y a Dios hemos de volver!

El forense lo miró, como reprendiéndole, y le indicó que se apartase. Yo también le pegué un grito, tras del cual se volvió al coche y se embutió en él de cabeza. Pero por un momento estuve pensando en aquel chófer. ¿Qué es lo que le espantó: el aspecto de los huesos tal como son, o el pensar en la muerte que representan, o el paradero humano que acababa de ver ante sí con sus propios ojos? Y ¿por qué el espectáculo de los cadáveres y de los huesos no hacía ya ese efecto en personas como yo o como el forense, o incluso como el sepulturero o los guardas? Me parecía que esos cadáveres y osamentas habían perdido para nosotros lo que tienen de símbolos, y que a nuestros ojos no pasaban de ser como trozos de madera, o haces de leña, o moldes para hacer tapial o ladrillos: esas cosas que nuestras manos manejan en el trabajo cotidiano. Se había apartado de ellos la significación simbólica que constituía toda su fuerza. Sí. ¿Qué quedaría de todas esas cosas grandes y santas, que tienen la máxima importancia en nuestra vida humana, si les quitásemos su valor simbólico? ¿Serían ante nuestros ojos distraídos y desatentos algo más que un cuerpo material, piedra o hueso, que nada vale y no significa nada? ¿Cuál sería el destino de la Humanidad y su valor, si le quitásemos el símbolo?... Y el símbolo, en sí mismo, es una cosa que no tiene existencia real; una nada. Pero, a pesar de ello, es el todo en nuestra vida humana. Ésa nada, sobre la cual edificamos nuestra existencia, es cuanto poseemos de elevación para darnos tono y distinguirnos de las demás criaturas. En ella radica la diferencia entre los animales superiores e inferiores.

Pero el forense, que examinaba los huesos removiéndolos con unas tijeras quirúrgicas, manejadas por su mano con guante de piel transparente, interrumpió el hilo de mis meditaciones, diciendo:

—Es una mujer, desde luego.

Y, continuando su trabajo, añadió:

—Las costillas están intactas, y el cráneo. La bóveda craneana, intacta. El hueso hioides...

Aquí lo miré con toda atención. Dicho hueso del cuello había de ser el indicio que delatase la comisión del crimen. Su fractura significaría que la estrangulación había tenido lugar, y, en realidad, lo que nos había movido a exhumar el cadáver y a examinarlo era inspeccionar el tal hueso hioides y comprobar si estaba o no intacto. El médico no me dejó tiempo de interrogarle, pues, enseñándome el hueso entre sus dedos, exclamó:

—Fracturado.

Ésta palabra bastaba para fijar mi posición en el asunto. Por consiguiente, lo que

se decía en el anónimo era cierto. ¿A qué otra cosa había que esperar? Le dije al médico:

—Ya hemos acabado.

E inmediatamente decidí el regreso para comenzar a disponer lo necesario a fin de llegar al esclarecimiento de este nuevo asunto, que, sin duda de ningún genero, era la clave del primero.

Terminó el forense con el cadáver y el sepulturero lo devolvió, en nuestra presencia, a su sitio, y lo tapó como estaba. Yo, entretanto, seguía callado en mi puesto, pensando en quién habría estrangulado a esta mujer. ¿Sería su marido, el herido? Y ¿Cuál podía ser el móvil? ¿Qué tenía que ver su hermana Rīm en el asunto? ¿Conocía la existencia del crimen? Y ¿dónde estaba Rīm ahora? Su actual paradero tenía la máxima importancia para la instrucción. Pero ¿cómo dar con ella? Indudablemente el *sayj* ‘Usfūr conocía su escondite, o, por lo menos, podía ayudarnos a buscarlo. Por consiguiente —decía—, pongamos al *sayj* ‘Usfūr como pieza inicial en la nueva línea de conducta. Yo le halagaré por mis medios, muy distintos de los bruscos procedimientos de la delegación. A una persona así se la atrapa con ingenio y serenidad. ¿Qué tal estaría darle a entender, por ejemplo, que yo podía casarle con la chica?... Me gustó la idea y me resolví a ponerla en práctica.

Subimos al coche para volver. De camino, al pasar por el pueblo, oímos voces de duelo y gemidos de mujeres, que salían de casa del alcalde. Parando al chófer con un gesto, pregunté:

—¿Se ha muerto el alcalde?

Me asomé por una ventanilla del coche, y me encontré delante de un espectáculo que, al primer golpe de vista, no entendí. Vi que el *sayj* de los guardias y su lugarteniente, ayudados por algunos guardias, llevaban algo en las manos, y que les rodeaban tropes de hombres, mujeres y chiquillos, dando gritos y voces de alegría. Las mujeres hacían albórbolas, igual que en las fiestas, aporreando unas panderetas que llevaban en las manos. Tanto el forense como yo nos fijamos muy bien, llenos de sorpresa, en lo que llevaban, y vimos que era un receptor de teléfono oficial, de la clase de aparatos que hay en las delegaciones. El forense exclamó asombrado:

—Trasladan solemnemente el teléfono, como si fuese una novia.

Como pasase cerca de un guarda jurado, le hice señas de que se acercase, y le pregunté qué era aquello. Me contestó que hoy había llegado una orden destituyendo al alcalde actual, y nombrando en su lugar a otro, de la familia rival en el pueblo. Entonces lo comprendimos todo. El forense se inclinó hacia mí y me dijo riendo:

—Parece que el teléfono del gobierno es para el alcalde una especie de cetro.

Y así es la verdad, a mi juicio. El teléfono es el emblema de la autoridad y del poder, y el medio de comunicarse con el Gobierno. Arrancarlo de casa del alcalde depuesto no era más que un símbolo de que había cesado su autoridad. Los lamentos

que salían de casa del alcalde anterior y los llantos que acompañaban al teléfono, a la salida de su casa, eran indicio de lo abrumador de aquella catástrofe. Pero aquella catástrofe tenía, como todas, otra faz sonriente que miraba al lado opuesto. La casa del nuevo alcalde, al recibir el teléfono que entraba en ella con albórbolas y panderetas, era también indicio de la llegada de la felicidad y el bienestar. El «símbolo», en forma de un teléfono de acero y de madera, representaba también un papel de primer orden en el teatro de aquella aldea tranquila.

Al ponerse el coche de nuevo en marcha, el forense estuvo callado buena parte del camino; pero, a la postre, se volvió hacia mí y me dijo:

—Parece que el nuevo alcalde es uno de los partidarios del nuevo gobierno.

—Éste pueblo —le contesté— es como todos los pueblos de Egipto hoy en día. Hay en él dos o más familias poderosas que se disputan la alcaldía, y cada una está afiliada a uno de los partidos políticos que luchan por el poder. ¿Por qué quiere usted que la situación sea en los pueblos distinta que en el Estado? ¿Acaso un pueblo es otra cosa que un Estado en miniatura?

VIII

INÚTILES GESTIONES CON EL BARBERO SANITARIO Y EL CADÍ CANÓNICO. PREPARATIVOS ELECTORALES

18 de octubre de...

Lo primero que hice, al volver a mi despacho, fue mandar a buscar al *sayj* 'Usfūr, y en cuanto compareció ante mí, cabizbajo y silencioso, le dije de sopetón:

—¿Te gusta la muchacha Rīm?

Levantó la cabeza, me dirigió una mirada que sentí me calaba hasta lo más hondo del alma, y no me respondió. Yo insistí:

—Estoy dispuesto a llamar al escribano y a casarte con ella en el acto.

No se inmutó siquiera. Yo seguí diciendo:

—Si ella estuviese aquí, yo, en el acto... Continué incitándole a hablar; pero no logré sacarlo de su mudez.

Por último, rompió a canturrear con una voz que parecía un susurro, pero muy clara de tonos:

*Te avisé y no lo creíste,
por seguir tu pensamiento:
que, aunque le ates una lata,
no tuerce su cola el perro.*

No pude reprimirme de decir:

—Cállate, bestia.

Y me apresuré a echarlo, porque vi muy claro que de un tipo así no se podía sacar ningún partido.

Me pareció entonces oportuno interrogar al barbero sanitario. Lo hice venir y le pregunté por la mujer estrangulada, y cómo se había autorizado su inhumación sin permiso de la fiscalía. Me contestó inmediatamente:

—¡Por tu honor, Excelencia! ¿Yo qué sé si estaba estrangulada o quemada? El señor médico sanitario mandó que se la enterrara como de costumbre.

—¿Sin la diligencia de reconocimiento?

—Ay, Excelencia. Si fuéramos a reconocer a todo el que se muere, seríamos nosotros los que nos moriríamos enseguida.

—O sea, en resumen, que a nadie se le hace reconocimiento ni inspección...

—Lo que se suele hacer, Excelencia, es que los barberos sanitarios de los pueblos llaman al médico inspector por teléfono. Su señoría el doctor, sentado aquí en su mesa de despacho, no tiene más que hacer que preguntarnos siempre por la causa de

la muerte. Le contestamos por teléfono: «Doctor, murió de su última enfermedad». Y él nos dice enseguida: «Entierra, entierra, entierra...».

—¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios!

Tampoco vi ninguna utilidad en seguir interrogando a este barbero. Yo conozco mejor que nadie a los tales barberos sanitarios. Lo único que les interesa es sacar a la familia del muerto las cinco piastras, e inmediatamente les dan el permiso de inhumación, sin siquiera mirar la cara del cadáver ni trasladarse al lugar del fallecimiento. No son más que unos comisionistas de entierros. Porque, aun suponiendo que hubiera alguno escrupuloso que quisiera cumplir con su obligación y fuese a examinar el cadáver, ¿qué demonio de reconocimiento podría llevar a cabo tamaño ignorante? Él vería un hombre o una mujer que había exhalado el último aliento y que no tenía heridas externas; pero ¿cómo iba a saber si la muerte era o no sospechosa? Verdaderamente esta institución de los barberos sanitarios —institución que no conoce ningún otro Estado del mundo— es uno de nuestros puntos flacos.

Otro tanto ocurre en nuestro país con la reglamentación de las comadronas. Siempre me acuerdo de lo que me contó cierto día un médico del hospital del distrito. Me dijo que lo llamaron para asistir a un parto difícil en cierta aldea. Se puso en camino inmediatamente y encontró a la mujer tumbada de espaldas, con un brazo del feto colgando, y, a su lado, una vieja con el pelo y los carrillos pintados de rojo, que le dijeron se llamaba Sitt Hindiyya la partera. Le informaron de que la enferma llevaba ya tres días en aquella situación, con aquel brazo que le salía. Preguntó a la comadrona:

—Y ¿por qué has esperado hasta este momento, sin avisar al médico?

—Estábamos esperando la ayuda de nuestro Señor, y nos decíamos: «El Señor la hará salir con bien de este trance».

Puso el médico la mano en la matriz, y se la encontró rellena de paja. El útero de la parturienta se hallaba desgarrado. La enferma estaba a punto de morir, sin esperanza, y en cuanto al niño, había muerto hacía dos días. Echó una mirada en torno, y vio un montón de paja sucia a los pies de la mujer. Se volvió entonces hacia Sitt Hindiyya, «la comadrona diplomada», y le interrogó.

—La cosa fue, señor doctor, que, al meter la mano para tirar del chico, encontré que la mano me resbalaba. Entonces me dije: Me untaré la mano con un poquito de paja.

Y alargó hacia el médico una mano, con unas uñas largas y negras, manchada de paja.

El médico me dijo que la había hecho parir como si fuese una búfala. Total: que la enferma se murió con su hijo, y que la Sanidad se contentó con retirar a aquella comadrona «diplomada» el permiso... Pero no alteró la reglamentación aun a sabiendas de que miles de niños mueren de esta suerte todos los años.

Contemplé largo rato al barbero sanitario, y comprendí que las almas de las gentes no valen nada en Egipto, porque los que deben velar por estas almas velan muy poco por ellas. Despedí, pues, también a este hombre.

Me dije entonces para mí que el mejor camino que se podía seguir en un asunto como éste sería tal vez averiguar quién era el anónimo comunicante. Pensé un rato en ello, y se me ocurrió enseñar la letra de la carta al cadí canónico^[21] para que él me escogiese alguno de los empleados de su tribunal o de los abogados canónicos, a ver si la conocía, o por si la tal letra había pasado por sus propias manos alguna vez, puesto que, al seguir pensando que era obra de un azharista, la búsqueda debía orientarse hacia el círculo del tribunal canónico.

Llamé en el acto a ‘Abd al-Maqsūd Effendi, jefe de la secretaría de lo criminal, que era uno de los amigos del cadí canónico, y le ordené que me acompañase al punto.

Y, en efecto, al poco rato nos plantábamos en el edificio del citado Tribunal. Preguntamos por el cadí y nos guiaron a una habitación, ante cuya puerta había unos zuecos. ‘Abd al-Maqsūd Effendi me musitó al oído que indudablemente Su Reverencia estaba haciendo las abluciones para la oración del mediodía, y en dos palabras me ponderó cuánta era la piedad y el ascetismo de este cadí. Llamamos a la puerta, entramos, y vimos al cadí sin túnica ni turbante, sentado sobre la esterilla de la oración, teniendo ante sí un plato de dátiles de la palmera en fruto que acabábamos de contemplar en el patio del Tribunal. Al vernos, se puso de pie, nos saludó, nos hizo sentar en las sillas, y pidió para nosotros jengibre. A ‘Abd al-Maqsūd Effendi le pareció oportuno evitarme el trabajo de iniciar la conversación, y, dirigiéndose al cadí canónico, le dijo:

—Su Excelencia el Fiscal desea pedir a Su Reverencia...

El cadí contestó a escape, con cierta desazón:

—Algo bueno, si Dios quiere. ¿Es una petición particular o...?

Su actitud y su inquietud me hicieron recordar una historia suya que me había contado el delegado gubernativo. Según me dijo éste un día, al prefecto, para embellecer el aspecto de la capital del distrito y en beneficio de la salud pública, se le había ocurrido hacer un jardín en el centro del pueblo, abriendo una suscripción a la que ya habían contribuido algunas personas de relieve con las sumas que pudieron.

Enterado el cadí canónico, acudió al delegado gubernativo y rebatió el tal proyecto, sugiriendo que, en vez de jardín, se levantase una mezquita para el culto de Dios y para excitar a las gentes a la piedad y a la virtud. El astuto delegado gubernativo asintió a las palabras del cadí y mostró gran entusiasmo por su idea diciéndole:

—Es necesario exponer a Su Excelencia el prefecto este proyecto de la mezquita. De antemano estoy seguro que ha de parecerle bien. Y para dar mayor alegría al

corazón de Su Excelencia inscribiremos el nombre de Vuestra Reverencia encabezando la lista de suscripción, y diremos que contribuye con la suma de cinco libras.

Me contaba el delegado gubernativo que, apenas mencionó esta suma, el cadí perdió el color, sin saber qué decir, y que, no atreviéndose a retirar su proyecto, se encontró hartamente apurado. Esto era lo que esperaba el delegado, aunque sabía a la perfección que el cadí era rico y estaba en posición desahogada. Pero esta riqueza no se traslucía en su vida para nada. Vivía en dos cuartuchos, y para comer le bastaba un poco de queso con dos rábanos y un par de dátiles. Una vez que el delegado gubernativo le visitó con motivo de la fiesta, encontró que su sala de recibo no tenía más que dos bancos de madera, cubierto cada uno con una pelleja de cordero sucia, y una estera vieja entre los dos. Su gran sueldo, salvo tres libras para todos los gastos del mes, se lo embolsaba íntegro, y a finales de año compraba con él casas y fincas. No ponía su dinero en los Bancos, por miedo de que se enterasen de lo que tenía, y nadie sabía dónde lo enterraba durante todo el año. En fin, el delegado gubernativo me contó que, a la mañana siguiente muy temprano, se le presentó a escape, con cara de no haber dormido en toda la noche, y que le dijo, lleno de turbación:

—¿Has comunicado ya a Su Excelencia el prefecto el proyecto de la mezquita?

El delegado gubernativo le contestó, riéndose para su fuero interno:

—Naturalmente, hoy, al caer el día, pienso ir a ver a Su Excelencia.

Entonces el cadí, con toda amabilidad y finura, se precipitó a decirle al delegado gubernativo al oído, como si le confiara un secreto:

—En ti sólo confío. Ése asunto de las cinco libras...

—¿Qué les pasa?

—No hay por qué nombrarlas...

Ésta historia se me representó de súbito en la mente en cuanto el cadí me preguntó con inquietud si se trataba de una petición particular, porque le leí el pensamiento, y sin duda no las tenía todas consigo de que no viniésemos a solicitar de él una contribución de esa especie. Me apresuré, pues, a devolverle la tranquilidad y le informé de que nuestra presencia obedecía a una exigencia de nuestro cargo. En el acto sacamos de entre el legajo de nuestros papeles la misiva anónima, y se la enseñamos, diciéndole lo que queríamos de él. Entonces respiró tranquilo:

—Es asunto fácil. Pero bebamos antes el jengibre, luego veremos eso de la carta.

Dio una palmada y gritó:

—¡Sayj Hasanayn! Mándanos en seguida al criado.

Luego calló un momento y volvió a saludarnos:

—¡Bienvenidos seáis! Tenemos mucho honor...

‘Abd al-Maqsūd Effendi quiso hacerme ver la amistad que le unía al cadí y lo bien que lo conocía, y, señalándole, se dirigió a mí para decirme:

—Su Reverencia es un gran sabio, de sólidos conocimientos...

Y añadió volviéndose al cadí:

—No puedo olvidar, Reverendísimo cadí, el día de la conferencia, cuando avergonzaste al joven profesor...

El cadí le interrumpió, con grandes aspavientos de piedad:

—¡Confúndalo Dios! Nunca he podido soportar la impiedad ni la ignorancia.

Y dirigiéndose a mí, explicó:

—Figúrate, señor, que ese effendi, profesor de Geografía en el Instituto de Segunda Enseñanza, dio una conferencia pública sobre un sabio cristiano llamado Sintūn, quien decía conocer con exactitud el peso de la tierra y de los cielos... ¡Pido perdón a Dios Poderoso!...

Reflexioné sobre el nombre pronunciado por el cadí y, al fin, caí en la cuenta que se trataba del sabio matemático Einstein. Pensé que sería divertido saber lo que ocurrió, porque sin duda se trataba de la lucha entre dos mentalidades y del choque de dos maneras de ver el mundo; cosa que siempre me ha gustado contemplar y ver en qué para. Dije, por tanto, al cadí con cierto interés:

—Y ¿asististe a la conferencia, reverendísimo *sayj*?

—Asistí, y Dios es el que manda antes y después.

—Y ¿qué pasó?

—Pues pasó, señor mío, que el tal profesor se levantó y dijo, en presencia del pachá prefecto, de los altos empleados y de los personajes del pueblo, que este sabio infiel había descubierto algo que no supieron los antiguos ni los modernos. Entonces me levanté y le grité: «¡Mentira, señor profesor! Dios ha dicho en su Libro Glorioso [VI, 38]: No omitimos nada en el Libro». Los asistentes me hicieron callar, y me callé por consideración a la presencia de Su Excelencia el prefecto; que, si no, no me habría callado, por el Señor de la Ka'ba. El tal effendi siguió diciendo cosas incomprensibles e irrepetibles, hasta que, por fin, afirmó que su sabio cristiano, mediante ecuaciones algebraicas, había podido pesar la tierra y el cielo. No pude contenerme, me levanté, lleno de ira, y le grité: «¡Cuidadito, señor effendi, cuidadito! Antes que nada, dime si ese sabio Sintūn ha pesado los cielos y la tierra con el Trono o sin el Trono». El profesor se quedó boquiabierto, y me miró diciendo: «¿Qué trono?». Y yo le repetí el honrado versículo [II, 256]: «Su Trono abarca los cielos y la tierra», y añadí: «Contéstame, profesor embustero, porque aquí está el quid y el nudo de la cuestión: ¿el peso fue con el Trono o sin el Trono...?».

Reprimí la risa y le dije simulando seriedad:

—¿Y al cabo?

—Al cabo, señor mío..., nada. El conferenciante no me pudo contestar. Protestó y se batió en retirada. El público metía ruido y se armó una gran confusión. Su Excelencia el prefecto se enfadó por mi intervención y la consideró como un desacato

a su autoridad. Las gentes dejaron la conferencia, que era la cuestión principal, y se dedicaron a indisponerme con el prefecto, que era la cuestión secundaria. Insistieron mucho conmigo para que me excusara, y me excusé. Dejé mi asunto en manos de Dios; pero, con todo eso, tengo la aprensión de que desde ese día el pachá prefecto no me mira con buenos ojos.

Se calló un momento, y luego añadió en otro tono:

—Por cierto que, con relación a la situación política actual, creo que el nuevo ministerio hará como siempre cambios y traslados entre los prefectos y los hombres de la administración.

Iba a abrir la boca para contestarle cuando entró el criado, que era un medio *sayj*. Quiero decir que llevaba turbante sobre una chilaba sucia y corriente, como las de los campesinos, y los pies descalzos. Nos puso delante dos tazas, de dos juegos diferentes, con las asas rotas. Yo bebí con precaución, mirando al interior de la taza, no fuese a haber cucarachas en vez de azúcar. Y, una vez acabada conversación y jengibre, nos pusimos al trabajo.

Pidió el cadí folios escritos de puño y letra de sus empleados y los comparamos con la letra de la carta, sin encontrar parecido. Enseñamos luego la carta a cuantos había en el tribunal, por si alguno podía decirnos que conocía al dueño de la tal letra, y no conseguimos nada.

Total, que salimos del Tribunal lo mismo que habíamos entrado, y que cogimos de nuevo el camino de la fiscalía. ‘Abd al-Maqsūd Effendi me dijo:

—Podíamos aprovechar la ocasión para inspeccionar la cárcel del distrito, y así acabamos con eso.

Dije que bueno, y torcimos hacia la delegación. El delegado tenía reunidos en su despacho a algunos alcaldes, para exponerles las nuevas directrices y darles instrucciones, con la misma energía de que había dado muestras cuando se hizo cargo del poder el ministerio anterior. Al verme y comprender el motivo de mi visita, salió con precipitación a mi encuentro, me hizo sentar en el mejor sitio de su despacho, y disolvió su reunión. Acompañó a los alcaldes hasta la puerta, diciéndoles:

—Abre bien los ojos, alcalde, y tú lo mismo. El candidato del Gobierno tiene que ganar las elecciones. Pero yo no tengo nada que ver, y vosotros sois libres. ¿Entendido?

Todos contestaron a una:

—Entendido, Excelencia.

Pero uno vaciló y dijo:

—Excelencia, hay un grupo de agitadores con fuerza, cuya opinión se tiene muy en cuenta, de la otra gran familia...

El delegado gubernativo le dio un golpecito en el hombro:

—Los agitadores dejádmelos a mi... Salid, por favor.

Salieron todos, y el delegado volvió a mí, dando un suspiro, y me dijo con voz cansada:

—Llevo dos días con sus noches en este lío.

Quise gastarle una broma y ponerle en cuidado:

—Pero, señor delegado, todo el mundo sabe que tú eres del partido del ministerio anterior.

Me cortó en el acto:

—Cállate, haz el favor. Toda mi vida he estado de corazón con el ministerio nuevo, y lo que hay en el corazón allí está. «Las obras, según las intenciones»^[22].

Sonreí y le dije:

—Dejémonos de política, y hablemos del trabajo.

Le conté el resultado de la exhumación del cadáver, el encuentro del hueso hioides fracturado, y la necesidad de buscar al autor del nuevo delito de estrangulación, pidiéndole que pusiese todo su celo en ayudarnos a descubrir al criminal. Me respondió en el acto:

—La delegación no tiene tiempo estos días para ocuparse de estrangulaciones ni incendios.

—¡Qué cosa más rara! ¿Es que tenéis un trabajo distinto del de velar por la seguridad pública?

—Su Señoría no entiende...

—No; no entiendo.

—¿Vamos a dejar las elecciones para ocuparnos de asesinatos y estrangulaciones?

—Naturalmente.

—Las instrucciones que tengo no son ésas.

Se volvió y se puso a enredar con unas esposas y unas cadenas que había colgadas en la pared. ‘Abd al-Maqsūd Effendi me hizo señas con los ojos de que dejase aquel asunto, y, queriendo cambiar el curso de la conversación, dijo:

—Su Excelencia el delegado gubernativo nos permitirá pedir los libros de la cárcel...

Sentí en peligro la dignidad de mi cargo, y dije:

—Es forzoso que inspeccione por mí mismo la cárcel y toda la delegación.

Me puse en pie con una decisión y energía, que desconcertaron al delegado administrativo. Vaciló y luego me dijo muy amable:

—Por favor. La cárcel está bajo tus órdenes. Pero espere Su Excelencia un minuto.

Salió corriendo de la habitación, gritando:

—¡Brigada ‘Abd al-Nabī!

Lo perdí de vista; pero sentí deseos de asomarme por una ventana del despacho, que daba al patio de la delegación, y vi que el delegado y el brigada fueron a toda

prisa a la cárcel del distrito, la abrieron, sacaron de ella a unas cuantas personas, cuyo aspecto indicaba ser campesinos ricos de la comarca, y los metieron en el pajar, echando la llave. Entonces le dije a ‘Abd al-Maqsūd Effendi:

—Ven y mira con tus ojos. Ésta es una cárcel y no la Bastilla. El delegado esconde a unos hombres en el pajar.

‘Abd al-Maqsūd me contestó con cierto tono de súplica:

—Excelencia, los tiempos están muy malos. La política se ha apoderado del país. No hay motivo para afinar...

—Quiere decirse que debemos dejar en la cárcel a gentes que no han cometido ningún delito...

—Excelencia: el jefe del delegado gubernativo es, como sabe muy bien, ministro del Interior y presidente del Consejo al mismo tiempo.

El nuestro no es más que ministro de Justicia. Y ya ha sucedido que a unos cadíes y a unos fiscales que, en circunstancias políticas, plantearon a la administración situaciones de este tipo, los trasladaron al Alto Egipto.

—O sea, que debemos firmar los libros del distrito y punto en boca...

—¡Excelencia! ¿Vamos a ser mejores que...? Otros fueron más hábiles...

—Bueno, bueno. Vete, que nos traigan pronto los libros, y en paz.

IX

DILIGENCIA DE RECONOCIMIENTO FRACASADA. CONVERSACIÓN CON EL AYUDANTE DE LA FISCALÍA

19 de octubre de...

Me pareció, después de todo lo pasado, que no nos quedaba más camino que el de averiguar quién fuese aquel pretendiente que se dirigió a la muchacha Rīm. Ahora bien: ¿cómo dar con él, si ni siquiera sabíamos su nombre? Tendríamos que pedir a la delegación que nos enviase un vecino, a ver si conocía al tal pretendiente, y mejor si ese vecino era una mujer, porque las mujeres son de suyo entrometidas y charlatanas, y no hay vecina que no sepa los nombres de todos los pretendientes y las mozas del barrio. La cuestión era saber si en estos momentos podía yo encargar a la delegación de proporcionarme un testigo o buscar a un criminal, porque hoy la política lo es todo en el distrito, y ni siquiera encontraría un solo guardia que en esta ocasión atendiese mis órdenes. Lo mejor sería, pues, ponerse directamente en contacto con el pueblo y pedir al puesto que nos enviase la mujer deseada.

Di órdenes en este sentido a mi portero, el cual se adelantó al teléfono, cogió el auricular y se puso a gritar por más de un cuarto de hora:

—¡Central! ¡Central! ¡Contéstame, Central! ¡Su Excelencia el fiscal esta aquí a mi lado, Central!

Pero la central apartaba de nosotros sus ojos soñolientos y no nos hacía maldito el caso. El portero estaba irritadísimo y su mano daba vueltas a la manivela del teléfono con tal violencia que casi lo arranca. Era uno de esos teléfonos de delegación en que no es posible que dos personas se pongan al habla sin perder el alma a fuerza de gritos, o sin que se corte la comunicación cien veces, o sin que la conversación se cruce con otras de otros pueblos y sobre los temas más distintos. Está uno hablando de que les envíen un acusado, y le contesta una voz sobre un asunto relacionado con la inspección del riego y sobre las aperturas o turnos de los canales, mientras otro trata de los reclutas o hace peticiones en tono de ordeno y mando. Hoy, sin embargo, no conseguíamos respuesta en absoluto. El portero no paraba de dar vueltas a la manivela del timbre, como si fuese un molinillo de café, y de gritar, unas veces en tono amenazador y otras en tono de suplica:

—¡Te lo pido por Dios, Central! ¡Una sola palabra, Central! ¡Maldita seas, Central! ¡Contéstame, Central!^[23]

No pude evitar el decirle:

—¡Caramba! Te dije que hablaras con la central, pero no que le hicieras el amor.

—Me parece, Excelencia, que en el puesto no hay nadie: ni el señor oficial, ni el furriel, ni nadie en absoluto.

—¿Qué no hay nadie?

—Son días de elecciones, Excelencia.

—Y ¿qué hacemos?

—Pongámonos en comunicación con la casa del alcalde y pidámosle que nos mande a la mujer con una persona.

—Bueno, hazlo.

En fin de cuentas, logramos que viniera la vecina con un propio, cuando ya era hora de almorzar y me había fatigado el trabajo ordinario de la oficina, es decir, la instrucción de las falsificaciones y denuncias por usura inmoral y delitos «in fraganti», que venían de la delegación en el despacho diario. La mayor parte de los asuntos eran ahora atestados de «vagabundeo» contra individuos desafectos al gobierno establecido. ¡Qué arma tan eficaz y tan fácil de manejar es ésta, en manos de los hombres de la administración! Evidentemente, cualquier chico honrado de una familia pudiente puede ser acusado de no tener oficio ni beneficio, y, por ese solo motivo, detenido y encarcelado durante cuatro días, con permiso de la fiscalía, mientras se hacen averiguaciones y se piden antecedentes a El Cairo. ¿Y dónde está hoy el fiscal que ose negar a la delegación tales órdenes de encarcelamiento?

Me fui a almorzar, una vez que salí de todas estas cosas dispuestas por Dios (... y por la delegación), y por la tarde volví a interrogar a la mujer. Hablaba sin tasa; pero no pude sacar en limpio sino que el muchacho pretendiente se llamaba Husayn, y que no era de ese pueblo, sino de otro vecino.

—Mujer, ¿se llamaba Husayn qué más? Porque hay mil Husaynes en el pueblo. ¿Cuál era su apellido?

—No se cuál es su apellido, señor mío. La chica decía que se llamaba Husayn, y yo ¿a qué iba a preguntar por su origen ni por su familia? Yo soy una pobre mujer de mi casa. ¡Quita allá! Lo que más aborrezco es el mucho hablar. Toda mi vida, señor mío, jamás me he metido en el barrio ni a hablar ni a preguntar. Yo, a lo mío. Bien dicen: Tú que te metes entre la cebolla y la cáscara... [24].

—Cállate, que me has mareado la cabeza para nada, calamidad que acabas con la cabeza del que te pregunta... Vamos a ver: si te mostráramos al muchacho ¿lo reconocerías?

—Claro que lo reconocería, señor mío. ¡Estaría bueno! Todavía no me he quedado ciega... Yo, el nombre de Dios te valga...

—Basta, basta... Ya sé que eres única, loado sea Dios. No te gusta hablar mucho ni...

—¿Hablar mucho? Jamás, por vida de tu honor. ¡Quita allá! Yo, desde el día...

—¡¡Basta!!

Llamé al portero, le ordené que se llevase a la mujer y la sentase a su lado en el zaguán hasta que se la necesitase de nuevo, y le encargué, además, que hablase con el pueblo del que era el muchacho, para que nos enviaran todos los mozos que se

llamasen Husayn cuyas condiciones y señas personales casasen con los datos que poseíamos. Hecho esto, me senté un rato a esperar, mientras pensaba en qué valor podría tener aquella diligencia de reconocimiento legal.

En efecto, no me fío mucho de la memoria fisionómica de tales mujeres. Siempre me acordaré de un sumario de asesinato en el que trajimos a la mujer de la víctima, y le enseñamos al acusado entre otras personas cogidas al buen tuntún de la vista de la sala de lo civil que tenía lugar aquella mañana. Figuraba entre ellas un infeliz que había venido con los documentos probatorios de su participación en la propiedad de una búfala, y estaba esperando que se viese su reclamación a la parte contraria. El pobre hombre se halló metido entre las personas cogidas en la sala de vistas para ser llevadas en larga fila a la sala de la fiscalía. El fiscal, que era yo, hizo salir a verlos a una mujer canosa, y le ordenó que entresacara de ellos al criminal. La mujer les fue mirando a las caras, aporreándose el pecho y profiriendo maldiciones contra el asesino de su marido; pero al acercarse al auténtico asesino pasó de largo sin hacerle caso, y, en cambio, cuando llegó a aquel desgraciado de los documentos, que no había tenido arte ni parte en la cosa, le dio un puñetazo en el pecho, que a poco lo mata, y gritó haciendo albórbolas:

—Éste es mi hombre.

El pobre diablo, cogido de susto, no supo qué decir; pero, cuando se repuso, exclamó:

—Buena mujer, ¿te conozco acaso?

Pero ella no le escuchó y siguió vociferando:

—¡Mi enemigo! ¡Mi sangre! ¡Mi enemigo!

El hombre se volvió a mí, como pidiendo ayuda:

—Excelencia, ayúdame. En mi vida la he visto ni he hablado con ella.

Entonces el fiscal, que era yo, y no me jacto de ello, le hizo esas preguntas de cajón, que se sabe de coro y que manan de la rutina del oficio; que si no se hacen, aunque no sea momento de hacerlas, se nos cuenta como una falta por la jefatura; esas preguntas estúpidas que nada significan en sí mismas, pero que la justicia considera como un estrecho nudo con que estrangular al criminal:

—¿Y había resentimientos entre esta mujer y tú?

—Jamás, señor mío... ¡Si no la conozco...!

Esperé un poco para lanzarle esa otra pregunta que no hay fiscal ni cadí que no lance con toda seguridad y confianza, como si su mano se aferrase a una prueba patente:

—Y, entonces, ¿por qué te acusa?

—¿Y yo qué sé? Es una calamidad que me ha caído encima esta mañana.

—Soldado, deténlo.

—¿Qué me detenga? Excelencia, yo tengo un pleito civil abajo. Hazme el favor

de dejarme que me vaya a mis asuntos.

Pero el pobre hombre fue detenido preventoriamente. Cuando convocaron su pleito civil, no pudo comparecer en él, como es natural. Así es que su reclamación fue desechada, y se encontró sentado en cuclillas en medio del arroyo, con sus documentos en la mano, meditando en lo que, sin comerlo ni beberlo, había venido a parar.

Me acordé de todo esto, y me dije que, desde luego, no hay que conceder demasiada importancia a este reconocimiento legal, porque en lo que digan estos campesinos, cuyos ojos están comidos de pus desde la infancia y cuyas inteligencias han sido dejadas en barbecho a merced del juicio de gobernadores de toda laya, no es posible apoyarse para ninguna sentencia ni esclarecimiento. ¿Hay algo más cómico que otro reconocimiento legal que hice en un sumario de falsificación? Al acusado, que era un effendi, lo coloqué entre varias personas con fez en la cabeza, y luego hice venir a la víctima, un campesino, al que mandé que señalase a «su enemigo», entre aquellas gentes. El buen hombre, tras de mirarles por algún tiempo las caras, dejó toda la hilera, se plantó delante de mí, que era el fiscal encargado de la instrucción, y después de contemplar mi rostro largo rato, aparecieron en sus ojos, primero, indicios de duda, y luego la certeza de que, al fin y a la postre, había topado con el verdadero criminal. Estaba a mi lado en aquel momento, de visita, uno de los inspectores de fiscalías más influyente, quien había querido presenciar la diligencia del reconocimiento, y naturalmente me reventaba que aquel hombre dudase tanto de mí y que el inspector formase una opinión que no me resultaba agradable. Reprendí, pues, al campesino y le mandé mirar en la fila que tenía delante y sacar de ella al acusado; pero el maldito pasaba a toda velocidad por la fila, y volvía a mirarme a mí y a examinarme de pies a cabeza, como quien está dudoso y vacilante. Siempre me acordaré del desconcierto que me entró. Me decía para mí: «Mala cosa es estar sujeto a reconocimiento». Y no vi otro modo de salir del paso que dar en el acto por concluida la diligencia, diciendo a toda prisa que la víctima no reconocía a nadie, y ordenando a todos los presentes que se fuesen. Pero el hombre salió sin dejar de mirarme con el rabillo del ojo.

Sí; al aplicar todos estos procedimientos que se siguen en la vida judicial por exigencia de los nuevos códigos, o bien hay que tener en cuenta la mentalidad de las gentes, el alcance de sus inteligencias y su capacidad intelectual, o bien hay que procurar elevar dichas inteligencias al nivel de los códigos.

Por fin, comparecieron los llamados. Los pusimos de pie en una larga fila, e hicimos entrar de nuevo a la mujer, que avanzó diciendo:

—¡En el nombre de Dios, Clemente y misericordioso!

No la dejé ancho campo para la locuacidad, advirtiéndole con aspereza:

—Una palabra y tapa la olla, mujer. ¿Quién de los presentes es el muchacho que

la pretendía?

La mujer se acercó al mozo que tenía más cerca, lo miró con sus ojos pitañosos, como mira el escribano cegato la demanda levantándola con la mano hasta que le toca en la nariz, y le preguntó en voz bajita, como queriendo que yo no lo oyera:

—¿No te llamas tú Husayn, mozuelo?

En el acto me di cuenta de que aquella mujer no sabía nada en relación con el asunto para el que había sido traída, y le dije con severidad:

—Mujer, todos los mozallones que tienes delante se llaman Husayn.

—¡Acabe Dios con ellos!

Lo dijo con un aire de desconcierto, y, dirigiéndose al siguiente, le interrogó:

—Y, tú, buen mozo, ¿de dónde eres?

El hombre le respondió con voz tranquila:

—De Embaba, señora.

Entonces ella dijo en el acto con toda seriedad:

—Buena tierra es ésa de burros, mozancones. Ahí estuvo una vez el hombrecillo de mi marido a comprar un burro.

No pude reprimirme y le grité:

—Sal de aquí, vieja bruja, sucia desvergonzada. Nos has hecho perder el tiempo; todo un día. ¡Peste de tales testigos!

Lo dije encolerizado, aunque no entra en mis costumbres insultar. Pero esta mujer, que me había dado a entender haber visto al pretendiente con sus propios ojos y que lo reconocería apenas lo tuviera delante, ahora resultaba que no sabía más que el nombre. E incluso, ¿quién podía fiarnos que este nombre incompleto de Husayn fuese el verdadero, o bien fuera una palabra lanzada a tontas y a locas por esta mujer charlatana? Total: pregunté a los presentes por el mozo que pretendió a la muchacha, y no encontré ninguno que comprendiese mi propósito ni que supiera nada del asunto. En vista de ello, los despaché.

No había hecho más que quedarme a solas, reflexionando en lo que ahora debía hacer, cuando se abrió la puerta y entró mi auxiliar, que venía de la capital de la provincia después de informar en las causas criminales que yo le había cedido. Lo vi venir radiante y entusiasmado, y me abordó diciéndome:

—Las capitales son el paraíso. ¡Qué desgracia tener que volver tan pronto a este infierno del campo!

—¿Has obtenido la absolución?

—Me alojé en la mejor pensión, gastándome el doble de las dietas...

—Contéstame a lo que te pregunto. ¿Qué hiciste en la vista?

El muchacho se quedó un tanto desconcertado, porque no esperaba de mí que desde el primer momento le empezase a hablar del servicio con tanta seriedad. Desde luego, hubiera sido mejor tratarle con amabilidad y delicadeza; pero confieso que el

asunto que traía entre manos me había alborotado los nervios, o que quizá me entró un poco de inconfesable envidia al ver que este mozo volvía fresco como una rosa de ese paraíso de que me hablaba, mientras yo estaba agarrotado por los grillos del oficio y metido en un trabajo de responsabilidad, que no iba para atrás ni para adelante. Me di cuenta, sin embargo, de mi dureza, y quise sonreír y hablar de otras cosas que no fueran las causas; pero ya había pasado la oportunidad, y el auxiliar se puso a hablarme de la causa en que había informado.

Me dijo que sobre el procesado había recaído sentencia de trabajos forzados perpetuos, por haber asesinado a un hombre mediante el pago de cinco libras. El tal asesino era un sudanés beduino, de gran vigor físico, que tenía por oficio «suprimir almas», y que se había arreglado con cierto campesino para matar a un enemigo de éste. Una vez escrito el pagaré por el precio del «alma», el criminal se fue con su fusil, como un artista que lleva su guitarra, y se apostó con él debajo de la ventana de la mezquita, hasta que entró el «alma» contratada y se posternó haciendo la oración. En ese momento el criminal le asestó por entre los barrotes de la ventana un solo disparo, que salió silbando por el tubo de aquella flauta infernal, y que fue bastante, aunque para este oficio se requiere tan gran seguridad de mano como para el de la carpintería, pues sólo un buen carpintero es capaz de clavar un clavo de un martillazo, sin que se doble ni se tuerza, y enterrarlo en el corazón de la tabla. El resultado de este derramamiento de sangre hubiera sido el de siempre, y el proceso habría acabado con la absolución, de no ser por una diferencia surgida entre vendedor y comprador: el asesino había entregado «la mercancía» en el acto, mientras el comprador cerdeaba en el precio, lo cual agotó la paciencia del esbirro contra este «cliente» moroso. En plena vista, sin el menor respeto al juicio ni a los jueces, le gritó:

—¿Es que querías que te lo matase de guagua?

Y, dejando a «su cliente», y dirigiéndose al Tribunal:

—Sed testigos, señores, de su poca formalidad. Yo merezco la horca de todos modos por no cobrar adelantado. Los pagarés son los que arruinan las casas comerciales.

Después de reírnos un poco mi auxiliar y yo, le comuniqué algunas observaciones que tenía hechas sobre este comercio u oficio, tan frecuente en el campo, que consiste en alquilar un asesino. El campesino egipcio recurre muchas veces a un asesino profesional para que mate por él, lo mismo que algunos de nuestros antiguos reyes se valían de tropas mercenarias. ¿Se trata de una deficiencia moral del campesino, que hay que añadir a sus otras muchas taras corporales, espirituales y sociales, o bien se debe a su poca fuerza y a la escasa confianza que tiene en sí mismo, originadas por haber estado dedicado desde antiguo a trabajos de siervo en la tierra y en la labranza, y por haber dejado la equitación y los ejercicios militares en manos de los

conquistadores, y, en tiempos más cercanos a los nuestros, en las de los árabes y los turcos? Porque se observa que la mayoría de los asesinos profesionales en los campos son de sangre extranjera. Y ¿no será que el campesino ama la paz y le entra vergüenza de ponerse a derramar sangre con la misma mano que esparce la semilla y de la que procede el bienestar? No lo sé. El asunto exigiría un especial estudio.

A nosotros, los que estamos ligados a estas cuestiones, nos basta con no pasar por ellas sin espíritu de observación. Yo he tratado de hacer comprender a mi auxiliar que nuestra profesión es riquísima en materiales de estudio y de meditación, y que, durante toda su vida profesional, no debe caminar con los ojos cerrados, pues es la profesión mejor para dar al hombre una formación auténtica. Un fiscal es como un pequeño gobernador en un pequeño reino. Una vez que se ha hecho cargo de todo lo que hay en este reino, que lo ha observado todo y que ha estudiado las gentes, sus caracteres y sus instintos, se encuentra ya en condiciones de conocer ese reino grande que es el Estado, o, mejor aún, de entender ese dilatado mundo que constituye la Humanidad. Ahora bien, ¿cuántos fiscales o jueces tienen capacidad de observación? Porque la capacidad de observación es asimismo un don muy importante que no poseen todos.

Mi auxiliar, que prestaba gran atención a mis palabras, sí tiene dotes poco comunes de sagacidad. Permaneció un momento pensativo, y luego levantó la cabeza y me contó cómo también él había hecho una observación que le había dado motivo para reflexionar no poco durante la vista de las causas criminales, y que es la siguiente: Los magistrados comienzan por pronunciar la sentencia, y es luego cuando proceden a escribir los fundamentos, siendo así que a él le parecía mucho más lógico que fuera al revés.

Ésta observación es muy valiosa. De hecho, un magistrado sincero me contó que, cierto día, después de haber dictado sentencia en una causa importante, al volver por la noche a su despacho, con los papeles y legajos del pleito, para escribir su informe, reparó en dichos y expresiones que aparecían en el sumario de la vista de aquel día y en los anteriores, así como en la instrucción de la fiscalía, de los cuales su mente, ahora serena y reposada en medio de la tranquilidad de la noche, dedujo cosas que, de haberlas conocido antes de dictar sentencia, habrían alterado en gran medida los términos de ésta. Pero ¿qué podía hacer ahora, una vez que la sentencia estaba definitivamente dictada y no había modo posible de cambiarla? No cabía hacer nada, y dedicó aquella noche su esfuerzo a extraer del sumario todos los fundamentos que podían justificar la sentencia dictada. Y, en definitiva, ¿cuántos largos informes se escriben así, para justificar y fundamentar una sentencia rápida ya dictada, y no para poner en claro la justicia ni para hacer resplandecer la verdad!

X

INSPECCIONES REGLAMENTARIAS. EL PODER JUDICIAL Y EL EJECUTIVO. POLÍTICA ELECTORAL

20 de octubre de...

Me levanté por la mañana con idea de hacer arqueo en la caja del Tribunal, pues la fiscalía es la encargada de la intervención de la caja, y viene obligada a hacer arqueo, por sorpresa, dos veces al mes por lo menos. Ahora bien; la palabra «sorpresa» se pone en los reglamentos y en las instrucciones, lo mismo que en los carteles de teatro, como expresión de un deseo, pues en la práctica no se da nunca. La realidad es que el fiscal, por sus muchas ocupaciones, suele olvidarse de este arqueo, y el que se lo recuerda es el cajero a quien se quiere sorprender. Él es quien pide con insistencia que Su Excelencia el Fiscal vaya «a sorprenderle» con el arqueo al pasar la primera decena del mes, antes de depositar el dinero en la caja de la prefectura para el buen orden del establecimiento, con arreglo a la ley. La mayor parte de las veces el sorprendido es el fiscal cuando le presentan el libro de caja, junto con una diligencia en la que figura su nombre: «Yo, Fulano, fiscal en funciones, hice hoy por sorpresa arqueo de la caja en la que encontré tantos billetes de Banco, tanta plata, tales objetos preciosos y tantos depósitos». Y el fiscal firma, sin moverse de su sillón, diciendo: «Tomad la firma y dejadme en paz, sin más quebraderos de cabeza». A mí, sin embargo, me gusta ir personalmente, de hecho, y ver la caja, aunque al final suelo firmar, de todos modos, sin la paciencia suficiente para contar las monedas que me ponen delante.

Una vez acabada esta comisión, me desvié un tanto de mi camino para ir al almacén de la fiscalía e inspeccionarlo también de paso. La palabra «almacén» designa una habitación —parecida a esas tiendas de los «Mil artículos»— en la que hay toda clase de fusiles y pistolas campesinas, cuchillos, hoces, guadañas, picos, hachas, mazas, garrotes, gorros de fieltro, babuchas, chilabas manchadas de sangre y lodo, y chalecos horadados por perdigones y pólvora; cada cosa con su número, la fecha en que fue cogida y el número del sumario en que sirvió de pieza de convicción. A mi juicio, una sola mirada al almacén de la fiscalía de cualquier lugar nos dice en el acto cómo es ese lugar y cuál es su mentalidad y el grado de su civilización. A buen seguro, por ejemplo, que en el almacén de la fiscalía de Chicago no se encuentra en absoluto un garrote ni una hoz.

Luego subí a mi despacho, y encontré en él, esperándome, al señor cadí «residente», al que el criado había servido el café. Apenas me vio, me dijo:

—Se acabó. La anarquía reina en el país.

Quise abrir la boca para pedirle una explicación; pero no me dejó tiempo y siguió:

—Pasó a la historia el respeto a las sentencias.

—Pues ¿qué sucede?

—Sucede, señor mío, que yo dicté una sentencia civil contra un alcalde de los afectos al gobierno y que ha desaparecido el alguacil que la iba a hacer ejecutiva. ¿Sabes cómo pasó?

—No.

—Con conocimiento del alcalde le dieron un golpe, pero de los buenos, y estuvo detenido veinticuatro horas en la cabina del teléfono.

—Y ¿la delegación ha instruido un sumario?

—¡Ca! Lo grave no está ahí. Ni hay sumario ni comunicación. Se rieron del compareciente y le dijeron que retirara su demanda, y se la quitaron.

—Pues si se la quitaron, ya se acabó.

—¿Cómo que se acabó? Yo no puedo callarme en un asunto como éste. Esto se llama delito. La policía delinque...

—Me parece que tu señoría está haciendo oposiciones a pasar calor en el Sur.

—¿Es que van a trasladar a un cadí al Sur porque quiere impedir a la delegación que se burle...?

—Lo han hecho muchas veces. A un cadí lo trasladaron a lo más remoto del Alto Egipto porque en un pleito de demanda reconventional puso en libertad a unos individuos que se manifestaban como enemigos del gobierno, y eso que el cadí estaba del todo desligado de los partidos y de la política. Tú, en cambio, bien lo sabes, has tenido con el delegado gubernativo un disgusto familiar, y es seguro que en este momento el delegado ya habrá enviado informes confidenciales sobre ti, acusándote de ser enemigo del gobierno y fautor de rebeliones e intrigas, y diciendo que persigues a los que apoyan al ministerio, que eres un peligro para su política actual, con otras cosas del mismo jaez bien sabido.

—¡Muy bonito! ¡La policía escribiendo informes confidenciales contra los cadíes!

—Así es.

—Y ¿qué hay que hacer?

—Déjame a mí el asunto. Yo sonsacaré a la delegación con habilidad y haré lo que convenga.

—¡Hasta este extremo juega la política entre nosotros con la justicia, el orden y las buenas costumbres! ¡Pido refugio en Dios! ¡Cosa lamentable!

Meneó la cabeza, lleno de tristeza y de irritación. Luego se volvió a mí de pronto y me dijo:

—Pero la verdad es ésa. Figúrate que Su Reverencia el cadí canónico «impostor», quiere hacer ver hoy que es amigo del delegado «vitando», siendo así que lo aborrece de muerte después de lo ocurrido con la botica.

Me hice de nuevas; pero, en realidad, entre las historias que le había oído al delegado gubernativo sobre el cadí canónico, también le había oído ésa. La cosa fue

así. Los campesinos y las gentes pudientes del pueblo se dieron cuenta de que en la población hacía falta una farmacia legal, que les evitara tener que recurrir a las grandes ciudades. Hicieron, pues, entre ellos una suscripción y, cuando tuvieron reunida la suma necesaria, instalaron una farmacia, limpia y con todo lo necesario, y nombraron para regentarla a un farmacéutico titulado, que fue un sirio llamado Yabbūr. Luego se pusieron a buscar a quién convendría poner como inspector y administrador del dinero de la farmacia, y, en fin de cuentas, la elección recayó sobre Su Reverencia el cadí canónico. En efecto, ¿a quién se podría confiar en este pueblo el dinero de los suscriptores, tanto musulmanes como no musulmanes, mejor que a Su Reverencia, con su barba respetable y su largo rosario? El delegado administrativo aprobó la designación del cadí canónico como inspector, y Su Reverencia se sintió tan honrado y se entregó con tanto celo a las obligaciones de su nuevo cargo, que todos los días a media tarde venía a sentarse delante de la puerta de la botica. Llegaba, carraspeaba, empezaba con invocar el nombre de Dios y bendecir al Profeta y a sus familiares y compañeros, y luego gritaba:

—¡*Jawāya*^[25] Yabbūr! ¡El café y el narguilé!

No tardaban en reunirse a su lado todos los días buen número de amigos y parientes, que venían de las aldeas. Para todos pedía café o té; encargos que, naturalmente, iban a la cuenta de la botica. Y antes de irse jamás se olvidaba de echar un vistazo a los productos del establecimiento, y le decía a Yabbūr:

—Tienes jabón almizclado de primera. Éste frasco de agua de colonia tampoco está mal.

Nunca llegaba Su Reverencia a casa sin que un poco antes ya estuviera en su domicilio la cosa que se le antojara. Otras veces hacía sentar a sus chicos a su lado en la puerta de la botica, o los dejaba que jugasen a su alrededor, y, si tenían hambre o lloriqueaban, el cadí gritaba al farmacéutico titulado:

—¡*Jawāya* Yabbūr! Trae para los chicos, de tu casa, unas pastillas de menta.

Si Su Reverencia el inspector necesitaba en ocasiones algún dinero, lo decía al boticario:

—Dame de la caja cuatro *barīzas*^[26].

Otras veces pasaba una mujer vendiendo gallinas, y entonces Su Reverencia le compraba un par de ellas bien gordas y le gritaba al boticario que estaba dentro de la botica:

—¡*Jawāya* Yabbūr, págale de la caja!

Pero, a lo último, la paciencia de Yabbūr el boticario llegó a su límite, y cierto día le dijo al cadí:

—¡La caja! ¡La caja! ¿Qué ceguedad es ésta con la tal caja?

Con este motivo se trabaron de palabra el inspector y el boticario, y Yabbūr juró que perniquebraría al cadí si volvía a aparecer por la botica. Además, acudió al

delegado gubernativo y le expuso la crítica situación a que había llegado la farmacia, que se hallaba a dos dedos de la quiebra, pues se evaporaban los productos, se filtraban los ingresos y no quedaba esperanza de que pudiera subsistir. Además, el propio farmacéutico, a última hora, por imitación de Su Reverencia el honorable inspector, tampoco se había parado en barras en punto a rematar por su parte lo que quedaba de la caja, de las mercancías y de los instrumentos. El delegado gubernativo montó en cólera y dijo a los suscriptores:

—La culpa es nuestra, por fiarnos de la barba y del rosario.

Y, a partir de ese día, el delegado contaba a todo el mundo pestes del cadí canónico, llamándole siempre «el hombre impostor», mientras el cadí canónico, por su parte, desprestigiaba continuamente al delegado, llamándole «el hombre ateo, que juega al *maysir*»^[27]. Pero, si hoy la política ha convertido a los hombres de la administración en dueños de temible autoridad, y Su Reverencia tiene miedo por sí mismo y piensa, en su sabiduría, que la tranquilidad consiste en hacerse amigo del delegado gubernativo, ¿por qué va a hacer remilgos en acercarse a él y conciliárselo?

Todas estas cosas me pasaron por el pensamiento, mientras estaba sentado teniendo delante al cadí civil, y, sin darme bien cuenta, dije como hablando conmigo mismo:

—Mejor es tener paz; pero, en las circunstancias actuales, ...hay una cosa que se llama dignidad...

El cadí levantó la mano con un ademán significativo y dijo:

—¿Dignidad de quién, *moncher*?^[28]

Luego se levantó para marcharse e, inclinándose hacia mí, me dijo con una voz casi imperceptible:

—Entre nosotros. Un día se presentó en mi casa un campesino con un cordero y me dijo: «El regalo». Yo le contesté: «¿Qué regalo, buen hombre?». Y me explicó: «El regalo en que nos pusimos de acuerdo para que pueda volver a reunirme con mi mujer». Entonces caí en la cosa y le dije en el acto: «Buen hombre, te has equivocado de casa. Al que tú buscas es al cadí canónico».

No manifesté sorpresa mayor y bajé la cabeza. Mi interlocutor se calló un momento, y luego, dirigiéndose hacia la puerta, me hizo con la mano un breve saludo y desapareció.

Me senté a solas un momento, pensando en todo esto, y me pareció lo mejor ir a la delegación, como de visita particular, para ver qué sacaba en limpio del delegado sobre lo que me había contado el cadí. Me fui, pues, solo, seguido por mi ordenanza, hasta llegar al despacho del delegado gubernativo, al que encontré, también esta vez, hablando con un alcalde en tono de cierta dureza. La fisonomía de este alcalde no revelaba riqueza ni dignidad; me pareció de los más inciviles. Y es que los alcaldes, como las langostas, toman el aspecto de la tierra en que nacen, y así, de la tierra verde

salen langostas verdes, y de la tierra seca salen langostas cenicientas. Éste alcalde ceniciento procedía, indudablemente, de algún pueblo remoto y pobre, en la periferia del distrito, cerca del desierto.

Saludé al delegado y le dije sonriente:

—¡Siempre a vueltas con los alcaldes!

Me contestó en tono de fatiga:

—¿Y qué le vamos a hacer, señor mío?

Me hizo sentar y pidió para mí café, pues, a pesar de mi retraimiento respecto de su persona y de su casino, a mí me trata con consideración y no me tiene el odio que a los demás, quizá porque yo he exigido siempre a los hombres de la administración que cumplan mis órdenes con apariencias amables, aunque sin darles la impresión de falta de autoridad. El delegado me pidió permiso para terminar la conversación con el alcalde, a fin de salir de este asunto y poder dedicarse a mí. Cuando se lo di, se volvió al hombre y le dijo entre gritos y amenazas:

—Aguarda un poco. Me parece a mí que tú no me conoces. Y, por Dios, es indispensable que yo...

El alcalde le interrumpió conciliador:

—Yo soy un hombre apocado...

Pero el delegado gubernativo siguió amenazándole:

—¡Ya verás! Si yo no te llevo al Parlamento, no seguiré siendo delegado del distrito.

—Y ¿por qué? ¿Qué he hecho yo para que me lleves al Parlamento?

Lo dijo en un tono entre humilde y asustado. Yo me reía, asombrado, y el delegado gubernativo se volvió a decirme:

—El censo de las elecciones lo tiene en el bolsillo; pero su señoría no sabe qué es eso del Parlamento... ¡Y los llaman alcaldes! ¡Y tenemos que trabajar con ellos!

Luego se volvió de nuevo al hombre y le dijo:

—Sal, haz el favor, antes que te eche.

El alcalde salió humillado, como si fuese un sirviente o un criminal. Y yo me dije que esta humillación que acababa de sufrir en presencia de los hombres de la administración no se perdería, pues él no tardaría en hacérsela sufrir, la misma exactamente, a los campesinos del pueblo que regentaba. Sí; la copa de la humillación va pasando en este país de manos del jefe a las del subalterno, hasta que, en fin de cuentas, llega al corazón mismo del desgraciado pueblo, que es el que la apura entera y de un trago.

El delegado gubernativo se sentó a mi lado para saber a qué se debía la honra que hacía a la delegación con mi visita. Le dije que era el simple deseo de verlo; pero se sonrió de un modo que indicaba no estar muy seguro de la existencia de este motivo platónico. No perseveré mucho en mi actitud, y le dije con seriedad:

—¿Te has enterado, señor delegado gubernativo, de que a uno de los alguaciles lo han pegado y detenido en pleno ejercicio de sus funciones?

Me contestó en el acto:

—No sé nada de eso.

—¿No ha llegado información a la delegación?

—Si hubiese llegado, habría tomado estado y habríamos abierto sumario.

—Claro, claro...

Me quedé un momento cabizbajo. El delegado gubernativo reflexionó un instante y dijo:

—¿Es que alguien ha informado a Su Excelencia de algo?

—Si alguien me hubiese informado, en el acto habría comenzado la instrucción.

—Claro, claro...

—Pero parece que se trata de un simple rumor.

El delegado continuó entonces:

—Naturalmente, por tu vida, que es un simple rumor, salido del seno del Tribunal para difamar a la delegación. Como sabes muy bien, el señor cadí debe de andar en ello, porque lo que busca es desacreditarnos por cualquier medio...

Iba a seguir por este camino, pero yo me apresuré a cerrar esta puerta, porque no quería verme mezclado en la dimensión que los separa. A mí me bastaba con haberle dado a entender al delegado, como quien no quiere la cosa, que no estaba a ciegas del asunto y que no retrocedería en adoptar las medidas que fuesen necesarias. Me levanté, pues, inmediatamente, él lo hizo también, y le dije bromeando:

—¿Y las elecciones, señor delegado...?

—De primera.

—¿Van a ser legales?

Me miró fijamente, y me contestó en el mismo tono de broma.

—¿Es que nos reímos el uno del otro? ¿Hay elecciones legales en el mundo?

Me reí, y le contesté:

—Al decir legales, quiero decir si se cubrirán las apariencias.

—Si es por eso, estate tranquilo.

Se calló un momento, y luego siguió con energía y arrogancia:

—Por Dios, créeme. Yo soy delegado de distrito con honor. No soy un delegado de esos que tú conoces. En mi vida he intervenido en las elecciones. En mi vida he coartado la libertad de los campesinos para votar. En mi vida he dicho: «Votad a éste» o «Hundid a este otro». Jamás, jamás, jamás. Yo empiezo por dejar a las gentes que voten libremente, como les dé la gana...

Interrumpí al delegado, sin poder reprimir mi asombro:

—¡Cosa extraordinaria, señor delegado! Pero unas palabras así, ¿no son peligrosas en ese puesto? Si tú eres así, tú eres un gran hombre...

Pero el delegado siguió diciendo:

—Mi conducta en las elecciones es siempre ésta: libertad absoluta y dejar a la gente que vote como quiera, hasta el momento en que terminan las elecciones. Pero luego cojo con toda sencillez al portador de la urna, me hago cargo de ella, la tiro al canal, y en el acto pongo en su lugar la urna que hemos preparado con toda calma.

—¡Precioso!

Lo dije con algo de asombro mezclado con decepción. Pero no quise oír más, y le alargué la mano para despedirme. El delegado gubernativo salió conmigo para acompañarme hasta la puerta de abajo, y, al cruzar el patio de la delegación, he aquí que vi un grupo de guardias dispuestos a meterse en unos camiones. Entre ellos iba el *sayj* ‘Usfūr con sus andrajos y su vara verde. Me volví a preguntar al delegado gubernativo, y él me dijo señalando a aquellos hombres con la mano:

—Son gentes encargadas de mantener el orden en el momento de la votación.

—Pero ¿el *sayj* ‘Usfūr qué tiene que ver con las elecciones?

—Sus canciones influyen sobre los campesinos.

—O sea, que está encargado de la propaganda.

El delegado se sonrió, como asintiendo a mi observación, y yo también me sonreí, añadiendo:

—¡Hasta al *sayj* ‘Usfūr lo metéis en política!

El delegado gubernativo me miró significativamente, y concluyó con un suspiro:

—¿Y qué vamos a hacer?

Con esta frase y con este suspiro tuve más que suficiente para compadecer al delegado y para apreciar lo delicado de su situación y la responsabilidad que había contraído frente a unos jefes que exigían de él unos resultados previamente definidos, mediante el empleo de todos los medios que juzgase conducentes al propósito, seguro de que, si reculaba o vacilaba, habrían de castigarlo sin clemencia ni piedad.

Al pasar en mi camino junto al *sayj* ‘Usfūr, le interpele:

—¿Dónde se fue la muchacha Rīm?

Me miró de reojo, sin dar muestras de querer contestarme; pero yo volví a la carga con cierta dulzura benévola:

—Hablo de Rīm, señor nuestro el *sayj*. Hablemos un momento sobre el asunto de la muchacha Rīm.

El hombre meneó la cabeza, agitó la vara, y dijo cantando:

*De nada puede servirte
quejarte de lo pasado:
al pájaro se le aprieta,
pero al tenerlo en la mano.*

Me sonreí y le dije al sayj 'Ufūr, señalando al delegado gubernativo con el dedo:
—Díselo al señor delegado. Él es quien se hizo cargo del pájaro.

XI

DILIGENCIAS EN UN CASO DE ENVENENAMIENTO. UNA AUTOPSIA. APARECE EL CADÁVER DE RĪM

21 de octubre de...

No había hecho esta mañana más que sorberme una taza de café en mi mesa de despacho, cuando llegó un aviso telefónico de que había ocurrido un envenenamiento en la circunscripción del distrito: una mujer había recibido un pastel del marido que la había repudiado, y, apenas comido, aparecieron en ella síntomas extraños. La víctima sospechaba que su marido la había envenenado para verse libre de pasarle la pensión de alimentos. Era cosa muy verosímil y el asunto exigía, sin duda alguna, la instrucción. Pero, por otro lado, yo conozco bien estos asuntos de envenenamiento y el asco que producen, sobre todo por la mañana. Sabía que, al trasladarme al lugar del suceso, encontraría una mujer nadando en una alberca de vómitos y excrementos, y que a cada pregunta que le dirigiera me contestaría, no con palabras, sino con... ¡Bendito sea Dios! No pude contenerme, saqué mi pañuelo y escupí en él.

Me puse a pensar en traspasar este asunto al auxiliar, y, en efecto, lo hice llamar. Pero cuando se presentó y le entregué el telefonema, lo echó un vistazo y exclamó:

—¡Envenenamiento! En mi vida he instruido causas de envenenamiento y ni siquiera sé cómo se hace la instrucción.

Sus palabras eran muy verdad, sobre todo en esto de envenenamientos. Yo, que tengo tan larga práctica, no puedo instruir este tipo de causas sin llevar conmigo el cuestionario, copiado textualmente, de las instrucciones del Fiscal general, porque contiene una serie de preguntas, fijadas con toda precisión, que hay que hacer, anotando las respuestas, y luego enviar una copia de estas preguntas y respuestas, más un informe sucinto, junto con la orza que contiene muestras de los vómitos y las heces, para enviarlas a analizar, sin olvidarse de cortar las uñas y los bolsillos del acusado y enviarlos también, dentro de sobres sellados, al análisis químico, ya que los restos del arsénico donde mejor se encuentran es en las uñas y en los bolsillos.

Llamé, pues, al secretario de instrucción, le ordené que preparase todo lo necesario para salir, y le pedí el mencionado cuestionario, para darle un vistazo y acordarme de lo que decía. Me lo trajo, junto con las instrucciones, y leí lo siguiente:

Artículo 141. —Al enviar los sobres a los servicios de medicina legal... la Fiscalía debe enviar también al mismo tiempo al Fiscal general... el cuestionario adjunto, después de llenar con precisión todas sus casillas:

1. Fecha en que se tuvo conocimiento del hecho.
2. Nombre, edad y sexo de la víctima.

3. Si la víctima gozaba de buena salud antes del hecho.
4. Síntomas que se observen, tales como vómitos, diarrea, dolores, sed, jaquecas, vértigos, pérdida de fuerza en las extremidades, contracciones, somnolencia, sudor, desecación, estado de las pupilas, pulso, respiración.
5. Si la víctima se queja de haber notado un regusto particular en la boca después de la comida sospechosa.
6. Si la víctima sintió embotamiento o picor en la lengua o en las extremidades.
7. Si la víctima tuvo desvanecimientos.
8. Si sufrió contracciones o retorsiones musculares.
9. Si los síntomas aparecieron súbitamente.
10. Si la víctima se había sentido con anterioridad en estado parecido a éste.
11. Plazo transcurrido entre la ingestión de la materia sospechosa y la aparición de los primeros síntomas.

Observación. —Conviene que en todo lo que antecede se especifiquen las fechas exactas y las horas precisas; o sea, que no se dirá, por ejemplo, «a las tres horas del día siguiente» ni «el lunes», sino que se dirá, por ejemplo: Los síntomas comenzaron a las cuatro horas después del mediodía del día 16 del mes tal del año cual, y lo primero que se observó de entre ellos fue tal cosa, lo cual ocurrió exactamente a las tres de la tarde o de la mañana, etc....

¡Cosa admirable! ¡Hay que dirigir todas estas preguntas a una víctima que no sabe dónde tiene la cabeza ni los pies! Y más maravilloso aún es tener que pedirle que nos informe de que los síntomas empezaron a tal hora exactamente, sin que se deba decir, por ejemplo, que el lunes. ¡La pobre víctima, ahogada entre sus deyecciones, presa de «vértigos, pérdida de fuerza en las extremidades, contracciones, somnolencia, etc.», según reconoce el propio cuestionario; este hombre o esta mujer, campesina sencilla, que nunca ha llevado un reloj en el bolsillo, o que acaso no haya visto en su vida un reloj, debe decirnos que los síntomas comenzaron a ser observados a las tres horas y tantos minutos exactamente!

Total: que me fui a derramar estas preguntas sobre la cabeza de la mujer envenenada. Quise que me acompañase el auxiliar, para que estuviera presente y en el futuro ya no pudiera esgrimir el mismo pretexto; pero aún no habíamos arrancado cuando llegó otro aviso telefónico, que me trajo el portero. Exclamé:

—¡Buen día desde el principio!

Y lo leí. Era un aviso del Hospital del Príncipe, comunicándome el fallecimiento de Qamar al-dawla 'Ulwān. Dije: «Ya se ha muerto este hombre sin que le hayamos podido arrancar el secreto del asunto», y, pidiendo una pluma, escribí en el acto debajo del telefonema la frase que se acostumbra en tales casos: «Procédase a la

autopsia del cadáver». Entonces dije al auxiliar que se fuera a presenciar la autopsia y me comunicase el resultado, nada más acabada. Él se fue, pues, al hospital, y yo me encaminé a casa de la mujer que se comió el pastel.

Las cosas pasaron, efectivamente, como tenía supuesto. Encontré a la mujer en el patio de la casa, rodeada de todas las vecinas. Éstas no habían dejado en el barrio, según me imagino, vasija, cazuela ni palangana, que no hubieran traído para ponerla debajo de la boca de la paciente, la cual, tirada por tierra, se retorció entre estertores. Dirigí al secretario de instrucción una mirada, por la que comprendió que había de comenzar el sumario, y, avanzando entre los recipientes llenos, me acerqué a la víctima y le pregunté:

—¿Tu nombre, edad y sexo?

No me contestó, ni en su rostro estupefacto, de músculos contraídos, apareció el menor indicio de que me hubiera entendido. Le repetí la pregunta a gritos, y de su boca no salió más que un gemido prolongado mezclado con nuevas náuseas. Algunas comadres corrieron a sujetarle la frente con las palmas de sus manos, mientras rezongaban:

—¡Bueno! Déjala en paz.

Contesté, de acuerdo con su lógica, como hablando conmigo mismo:

—Por Dios, qué más quisiera yo que dejarla en paz. Pero ¿qué he de hacer? La oficina del Fiscal general está esperando el cuestionario y la orza.

Una mujer habladora, de entre aquellas comadres, se atrevió a decirme:

—¿No quiere tu señoría saber su nombre? Se llama Nabawiyya.

—¿Nabawiyya qué?

—No sabemos que se llame nada más que Nabawiyya. En el barrio le decimos siempre: «Ven, Nabawiyya», «Vete, Nabawiyya».

Pero esto no bastaba, y por fuerza había que consignar su nombre completo. Pedí a las mujeres que me ayudasen a ver si podíamos hacerla hablar un solo minuto. Entre todas le levantaron la cabeza, que no quería más que caerse sobre el pecho, y le hablaron al oído rogándole que hablase y contestase a Su Excelencia el fiscal. Por fin, al cabo de un rato, la enferma movió los labios. Las mujeres se alegraban y la animaban, dándole palmaditas en los hombros:

—¡Vamos, vamos! Contéstanos, amiga mía.

Yo, sudando a mares, me apresuré a gritarle junto a la oreja:

—¿Tu nombre? ¿Tu nombre qué más?

Gimió, gruñó y, por fin, dijo en voz baja y temblona:

—Me llamo... Nabawiyya.

Estuve a punto de desgarrar mis vestidos de desesperación:

—Eso ya lo sé: Nabawiyya. ¡Muy bien! Pero ¿Nabawiyya qué? ¿Cómo se llamaba tu padre? Lo que quiero saber es el nombre de tu padre. ¿Nabawiyya qué?

Era como hablar e implorar a un cadáver. La cabeza se le había vuelto a caer y pendía de nuevo sobre el pecho. Se encerró otra vez en un mutismo absoluto, cortado solo por ayes imperceptibles. Me entró una sensación de desesperanza y de angustia. Di a las mujeres un grito de impaciencia, y una vez más corrieron a incorporarla, a frotarle las sienes con agua fresca y a instarla con dulces palabras, por si a la postre podíamos arrancarle el nombre completo. ¡Pero todavía quedaban diez preguntas en el cuestionario! Si, con ser cosa tan llana, el mero nombre exigía de nosotros tanto esfuerzo, ¿qué no sería para lo demás, sobre todo esa última pregunta que exige la puntualización del «plazo transcurrido entre la ingestión de la materia sospecha y la aparición de los primeros síntomas», añadiendo la obligación de consignar las fechas exactas y los minutos precisos, como dice la observación? ¿Cómo esta mujer, de cuyas quijadas no podía salir su nombre sin que antes casi no se nos saliera a nosotros el alma, podría decirnos la hora y el minuto precisos en que observó por primera vez la aparición de los síntomas? ¡Cosa estupenda! ¿Es que estaba yo loco para hacerle esas preguntas? ¿Es que no tenía ojos en la cara? ¿Qué pensarían de mi salud mental aquellas mujeres, si me daba la petera de que aquella pobre mujer tirada en el suelo me dijese la hora y el minuto de los síntomas y «el plazo transcurrido entre la ingestión de la materia y la aparición, etc.», con todas las demás cosas impresas en aquel cuestionario, redactado con toda calma y tranquilidad de espíritu en las mesas de despacho de la capital, a mil leguas de los espectáculos del vómito y de la diarrea?

Hice señas al secretario de que daba por concluido el atestado, y le hice comprender que no era posible interrogar a la víctima. Nos contentamos con coger muestras de los vómitos y de las heces, y con cortar las uñas y los bolsillos del acusado, y en seguida regresamos a la fiscalía, donde, al llegar, me retrepé muy cansado en mi sillón.

Cerré un poco los ojos; pero los abrí al oír el ruido de la puerta, que dio paso a mi auxiliar, el cual venía muy pálido. Inmediatamente salí de mi apatía y le interpele:

—¿Qué te pasa?

—La autopsia.

—¡Ah! ¿Presenciaste la operación? ¿Y qué ha resultado?

—El resultado es que yo...

Se sentó en una silla inmediata. Le miré detenidamente a la cara y todo lo comprendí. A este muchacho le había ocurrido lo mismo que a mí, el día en que presencié por vez primera la autopsia de un cuerpo humano, siendo un muchacho sensible que había salido ayer mismo de entre los libros; esos libros que nos enseñan y nos hacen comprender que el hombre es un ser importante, que es el eje de la existencia, que es el elegido y el privilegiado por la atención del Creador Máximo sobre todas las demás criaturas, que es el ente luminoso y espiritual que ha de resucitar; ese hombre que a la mayoría de las gentes no es dado contemplar tal como

está formado por dentro, pero que, si uno de nosotros lo ve, siente en su alma un choque cuya explicación varía según el diferente temperamento y el carácter y grado de cultura de cada cual.

Jamás olvidaré el día en que por primera vez me detuve ante el cadáver de un hombre, herido en la cabeza por un disparo, hecho de cerca, que le había atravesado el cráneo y desgarrado la pared derecha del oído, hasta dejar al aire buena parte de la masa encefálica. Compareció el médico forense, y me fui con él para presenciar lo que hiciera. Dejamos el campo en el que había ocurrido el suceso, y nos trasladamos a la casa de la víctima; una casa campesina, muy modesta. Trajeron al muerto a hombros de su familia, envuelto en una sábana nueva, aún con su apresto, y rodeado de las mujeres que gemían y gritaban, tras de haberse embadurnado las caras de lodo. Estaba conmigo un delegado gubernativo muy expedito, que dio orden a sus hombres de desalojar el local, sin dejar en él más que a los individuos del servicio, al médico y al barbero sanitario, y a sus ayudantes. Trajeron dos grandes escadillas que colocaron bajo un ancho banco de madera en el patio de la casa. El barbero y sus ayudantes instalaron el cadáver encima del banco, y despojaron al muerto de sus vestidos. Eran unos vestidos recién estrenados para solemnizar la fiesta de la ruptura del ayuno, porque el crimen había tenido lugar el último día del mes de ramadán, como si el asesino hubiese querido darse prisa, por miedo de que acabase la fiesta estando aún vivo su enemigo; deseoso de que su regalo de fiesta fuese aquella bala de plomo metida en la cabeza del asesinado, y con el afán de cambiar el tono de las voces alegres y de los cantos que salían de dentro de esta casa.

El cirujano se puso a maniobrar inmediatamente en la cabeza del muerto, y le iba dictando al secretario:

—Levantamos la piel... (Quería decir, naturalmente, la piel de la cabeza).

En aquel instante se elevaron los gritos de las mujeres, que habían desaparecido para subirse al techo de la casa y a los de las casas vecinas, hechos de paja de algodón y de maíz. Entre sus voces entremezcladas oí una voz alta, caliente, impresionante, que se me metió en el corazón y que gritaba:

—¡Ay del árbol! ¡Ay del que nos daba sombra! ¡Ay padre mío!

Le seguía otra voz, igualmente elevada y ardiente, pero entrecortada por sollozos y llanto amargo:

—¡Ay del que salió con su comida en la barriga! ¡Ay padre mío!

El médico, que había acabado de levantar la piel, palpó los labios de la herida para explorar su profundidad y conocer sus límites. Dictó al secretario:

—La longitud de la herida por arma de fuego es de cuatro centímetros.

Luego intentó encontrar con el dedo el proyectil; pero no pudo. En vista de ello, sacó una sierra de entre los instrumentos de su cartera, y se puso a serrar el cráneo por la frente, para abrir la cabeza. No logrando aserrarlo, a causa de su dureza, tomó

de entre sus bártulos un martillito y comenzó a dar golpes con él encima de la sierra, como si los diese encima de una lata de sardinas. Una de las viejas, al oír aquello, y ver desde un ventano de la terraza aquellos golpes y martillazos en la cabeza del hombre de la familia y sostén de la casa, puso la mano en su mejilla y dijo suspirando:

—¡El nombre de Dios le valga!

Éstas palabras me sobresaltaron y me sonaron extrañamente, por cuanto la vieja no había dejado de creer que aquel hombre suyo lo seguía siendo, con su personalidad y su humanidad, mientras yo, desde hacía un poco, había comenzado a dudarle.

Terminada de levantar la cobertura o tapa del cerebro, apareció debajo de ella la delicada membrana que está directamente encima de la masa encefálica. El médico la abrió con su escalpelo, y se puso a examinar los alrededores de la herida, mientras dictaba:

—Mucho derrame sanguíneo en los tejidos cerebrales...

Luego se puso a buscar con el dedo la bala, y no la encontró. Siguió buscando por toda la zona próxima a la herida y tampoco dio con el proyectil.

¿Adónde había ido, siendo así que no había otro orificio por el que se pudiera pensar que hubiese salido?

Pero el médico no desesperó, y me explicó sonriendo que a veces los proyectiles toman extrañas trayectorias en el cuerpo de la víctima, y en ocasiones una bala que ha entrado por el vientre aparece en el muslo. Esto puede ser comprensible; pero una bala que ha entrado por la cabeza ¿puede ir a salir por el pie? Sería un verdadero trabajo de prestidigitación del que no creo capaz a la bala.

A lo último, el médico dijo fastidiado:

—Y ¿por qué no? Aquí está toda la masa encefálica del hombre.

Con las dos manos sacó de la calavera toda la masa encefálica que contenía, hasta vaciarla y dejarla como una sopera limpia. Luego partió la masa encefálica en cuatro partes y entregó cada una de ellas a uno de sus ayudantes, encargándoles que buscasen la bala con el mayor esmero. Ellos se pusieron a manipular con sus dedos en aquella materia, a la que se atribuyen todas las nobles cualidades de la Humanidad, hasta que la dejaron fluida como el arroz con leche.

¡Eso es el cerebro del hombre!, me dije en un susurro. Pero aquel terror que se había apoderado de mí al principio comenzó a desaparecer poco a poco. Mis nervios se habían encallecido, mi sensibilidad se había embotado, y, en cambio, se fue despertando en mí una gran curiosidad y un enorme deseo de que fuese abierto ante mí aquel cuerpo inanimado para ver lo que tenía dentro. Ya que hemos visto así el cerebro, veamos también el corazón, el hígado y las entrañas. Aquél hombre había dejado de serlo a mis ojos, y no era más que un gran reloj de pared derribado que yo

quería abrir para ver su mecanismo, sus discos dentados, sus ruedecillas y sus campanitas.

Tras larga búsqueda, los hombres no encontraron nada tampoco. Era un caso de mala suerte, como decía el forense. Pero, de todos modos, nosotros no desesperábamos de llegar a un resultado: aquél era un hombre asesinado y la bala tenía que hallarse por fuerza dentro de él. El médico se puso con furia a la tarea y metió el escalpelo en aquel cuerpo. Detrás de él, yo contemplaba todo y le decía:

—¡Corta! ¡Raja!

Se había apoderado de mí una extraña fiebre. Perdida toda sensibilidad humana, le decía al médico que me enseñara los pulmones y los intestinos y el bazo. El médico, por su lado, tampoco se arredraba. Dio un tajo profundo desde el pecho hasta el bajo vientre y sacó el corazón y los intestinos. Iba dictando:

—Encontramos el corazón intacto. En los intestinos había alimentos digeridos...

A pesar de todo no encontramos nada. Después de meditar un rato, nos pareció evidente que la bala, por su propio peso y por la amplitud de la herida, habría salido por ésta misma, y habría caído al desplomarse el cuerpo a tierra. Dimos por terminado el trabajo y nos fuimos.

Yo iba asombrado del trastorno ocurrido en mi alma. ¡Tan delicado de sentimientos como antes era, y ahora, no sólo veía aquella carnicería y descuartizamiento, sino que incluso los ordenaba, sin estremecerme! Y, por otra parte, ¡qué decepción! Yo pensaba que el hombre era algo más que esto. No; no conviene que nos veamos por dentro. Lo que presencié aquel día no puede borrarse de mi imaginación, e indudablemente tales espectáculos acababan de producir idéntica impresión en mi auxiliar. Quise preguntárselo; pero se abrió la puerta y apareció mi portero con un aviso telefónico. Exclamé:

—¡Dios nos tenga de su mano!

Lo cogí y, apenas le di un vistazo, exclamé:

—La muchacha Rīm...

Mi auxiliar saltó angustiado:

—¿Qué le pasa?

—Han encontrado su cadáver en el canal artificial, al sur del pueblo.

—Pero ¿ha muerto?

—Ya te he dicho que han encontrado su cadáver. Toma, lee el telefonema.

El auxiliar cogió la hoja, se puso a leerla con sus propios ojos, hasta llegar a la última frase, que decía: «Se supone que la muerte fue producida por ahogamiento», y la vista se le quedó prendida en ella un rato, por la impresión. Pero aún más triste estaba yo por la extinción rapidísima de la vida de aquella hermosura.

Me quedé un rato cabizbajo, meditando en nuestra mala suerte; pero no por el trabajo, ni porque Rīm fuese una de las claves del asunto, sino porque era una figura

maravillosa que a todos nos había estremecido, cuerdos y locos; una dulce criatura que nos había concedido unos momentitos de dulzura y unas miradas luminosas; un cefirillo tibio que había soplado en el árido desierto de nuestras vidas sentimentales, en medio de este campo solitario.

Al fin desperté de mis pensamientos, levanté la cabeza y extendí la mano hacia mi auxiliar para reclamarle el aviso y escribir debajo la frase de ritual: «Procédase a la autopsia del cadáver». Pero de pronto me di cuenta de lo horrible de aquella frase. Sí; por primera vez la encontraba horrible. Bien está que por mucho tiempo hayamos disecado cadáveres, e incluso tal vez me halle dispuesto a ordenar la autopsia de la mitad de los campesinos de este pueblo; pero la muchacha... Era imposible que destrozáramos tanta hermosura para ver lo que tenía dentro.

Mi auxiliar fijó en el texto del aviso su penetrante mirada, y exclamó:

—Supongo que vas a decirme que presencie la autopsia...

—¿Pues quién, si no tú?

—¡Imposible! En primer lugar, ya tengo bastante con la autopsia de esta mañana. ¡De ningún modo! ¿Es que voy a pasarme todo el día viendo destripar cadáveres? Yo soy auxiliar de fiscalía y no aprendiz de matarife. Pero, además, esta muchacha, de modo particular...

Reflexioné en lo que decía y en sus excusas; medité un momento, y dije:

—Tienes razón. Rīm, de manera particular... ¿Quién tendría corazón para presenciar...? Yo no, ni aunque me diesen veinte libras. Trae el aviso, tacharemos lo de la autopsia, mandaremos que la entierren, y se acabó.

La realidad era que teníamos en las manos la manera de hacerlo, sin exponernos a críticas ni responsabilidades. Puesto que el médico que examinó el cadáver después que lo sacaron del río certificó que había muerto ahogada, es que no encontró en ella huellas sospechosas que hicieran suponer una muerte violenta, y, en ese caso, la diligencia de la autopsia era una sutileza sin justificación. Los hombres de derecho y de ley tienen siempre recursos a mano y pueden desenvolverse como quieran, por caminos lógicos y aceptables.

No había aún cogido la pluma para tachar la orden anterior, cuando oímos gritos en la calle. Nos asomamos a la ventana y vimos al *sayj* 'Usfūr corriendo por la calzada, sin nada en la cabeza y sin llevar su vara verde, seguido de chiquillos, de mozalbetes y de una turba de campesinos. Iba gritando como loco:

*Las pestañas de sus ojos
alfombran las aguas limpias...
Una blanca, transparente;
la segunda era «bultiyya»;
la tercera, de tan bella,*

entre las aguas la hundía...

Lo repetía con una voz que era, a ratos, un lamento, y a ratos, un rugido, y a ratos la acompañaba con el manoteo de los predicadores en las mezquitas. Unas veces caminaba, y otras danzaba, corriendo de acá para allá, hasta que se nos perdió de vista. Seguimos en la ventana, mudos y sobrecogidos. Al cabo de un poco nos recobramos y volvimos al sitio del despacho en que antes estábamos, diciéndonos como para nosotros mismos:

—¡Desgraciado!

Tomé al aviso y cogí de nuevo la pluma; pero me asaltaron dudas y una cierta desazón:

—¿Has oído cuando decía: «La hundía entre las aguas»? ¿Quién es el que la hundía?

El auxiliar exclamó:

—¡Tonterías de locos! ¿Vamos a abrir un sumario estribando en los delirios de un demente de la calle? Creo que lo mejor es que enterremos a la chica y acabemos de una vez.

Sus palabras dieron buena cuenta de mis vacilaciones. Apreté el manguillero con aire satisfecho, y escribí decidido la orden de inhumación, diciendo:

—Tienes mucha razón. Estoy hasta la coronilla de este asunto y de sus personajes.

XII

VISITA DEL COLEGA DE TANTĀ. EL TEDIO DEL TRABAJO EN EL CAMPO. LLUVIA DE EXPEDIENTES. «¡ARCHÍVESE!»

22 de octubre de...

Hoy me desperté muy tarde, porque velé la mayor parte de la noche tragándome papelotes atrasados. Dentro de una semana empieza el nuevo año judicial, lo cual quiere decir que no debe quedar sobre mi mesa sin resolver ni uno solo de los asuntos del año anterior. Y quiere decir también que tengo que permanecer prisionero toda la semana revisando los montones de demandas atrasadas que desbordan de mis cajones...

¡Qué demonio de demandas! Son más que esas chinchas que se arrastran a miles por las paredes húmedas y ruinosas de la fiscalía. Pero se me imagina a mí que no me caen encima de la cabeza como un calabobos más que los días de mercado. Parece como si el campesino no acudiese, de toda la semana, al mercado del jueves más que para vender una medida de maíz con cuyo importe comprar algo de azúcar o de té; para llenar su botella de aceite de sésamo, y para que uno de los memorialistas públicos le redacte una «exposición» o un «requerimiento» contra el escribano de la comarca, o contra el alcalde o contra el lugarteniente del *sayj* de los guardias. Y aun es posible que esta última partida sea la más segura en el presupuesto de cualquier campesino que acude al mercado.

Cuál sea la causa de esto, yo no la sé. ¿Es porque de verdad se le hace injusticia, o porque, al cabo de siglos de tiranía, que realmente han pasado por él, la enfermedad de quejarse se le ha metido al campesino en la sangre? De todos modos, ¿qué culpa he cometido yo para tener que tragarme todas las necedades que contienen los tales papeles? Parece como si el asistir por la mañana a las vistas de los tribunales, y el instruir los sumarios de los delitos «in fraganti»; como si el despachar por la tarde los expedientes de faltas y contravenciones, y el trasladarse de noche a hacer la instrucción de los sucesos criminales, no fuera todo ello bastante para abrumar al fiscal rural. Si, a pesar de ello, encuentra todavía un momento para respirar, tápansele también los conductos del aire con montones de insípidos papelotes venidos de la delegación, con el nombre de «quejas», «exposiciones» o «requerimientos».

Quiere decirse asimismo que yo, persona de constitución débil y de sensibilidad delicada, que suspira por media hora en que poder leer un libro bonito, tiene también que tragarse las trifulcas e injurias cambiadas entre Sitt al-Dār y su vecina Qatā'if; las notificaciones recibidas en la delegación sobre pérdidas de anillos, y los atestados ordinarios sobre la búsqueda del burro que desapareció de delante de la puerta, o la herida en el pie del niño que pisó un casco de vidrio, o la caída de una rama de sicómoro encima de la cabeza de un carnero del *hāyy* Hibāb. Por Dios que disculpo a

ese fiscal del Alto Egipto del que cuentan que, mientras cruzaba el Nilo en una barca para dirigirse al lugar de su trabajo, llevando consigo un montón de estas «denuncias» que no sabía cómo resolver, hizo señas al patrón del barco para que diera con él un bandazo que hiciese caer al agua los papeles.

Más que todo esto, sin embargo, aumenta mi desazón la machaconería de ‘Abd al-Maqsūd Effendi, jefe de la secretaría de lo criminal, que es el encargado de enviar la lista de los asuntos, en los plazos fijados, al Fiscal general y al Ministerio de Justicia. Yo no veo que este individuo haga otro trabajo en mi oficina que el de ir de una habitación a otra, siempre con un papel en la mano, dando aquí una orden y allí una prohibición. Hasta la diligencia del cumplimiento de las sentencias, que es de su incumbencia, se la ha encajado a otro de sus subordinados. A él le basta con dar gritos entre escribientes y porteros. Es, además, el primer empleado que se marcha, colocándose en la punta de la nariz sus anteojos de oro, a través de los cuales lanza miradas descaradas a todos los pasantes de abogados y pleiteantes congregados en los pasillos de la fiscalía como instigándoles a ponerse de pie cuando él pasa. No tiene más conversación que jactarse con fatuidad y ostentación de sus relaciones y amistades con los funcionarios importantes, y, siempre que le pido cuentas de su trabajo, me contesta:

—Yo, loado sea Dios, soy persona muy poco dada al orgullo y a la presunción.

Pero ¿le he preguntado yo eso? Jamás lo he hecho. Y es que me parece que algunas gentes, al aducir algo en su defensa, se acusan del modo más patente. Tal vez en el fondo de las palabras de cualquier acusado se halle la prueba de su delito, lo mismo que el enfermo lleva siempre en la sangre los gérmenes de su padecimiento.

En fin, no cabía más recurso que ponerme a aquel trabajo agotador, a fin de cerrar con bien el año judicial. Mandé atrancar las puertas, para quedarme solo con aquellos legajos que me rodeaban a derecha e izquierda, y me puse a trabajar diciendo: «Saca del monte, y lo verás bajar», si bien el que inventó este refrán lo que quería dar a entender con la palabra «monte» es las monedas y el oro, y, en cambio, estos papelotes de las demandas son un monte que siempre crece y que jamás mengua ni cesa, pues ¿acaso le faltarán al hombre en este mundo motivos de queja mientras siga siendo hombre?

Tan absorto me hallaba en el trabajo, que ni siquiera oí unos toquecitos ligeros que debieron de sonar en la puerta, y vi de pronto, en medio del despacho, a un hombre elegante que me sonreía, seguido de un ordenanza que llevaba dos carteras. ¡Cosa asombrosa! Era mi colega el fiscal de Tantā. ¿A qué había venido? ¿Qué carteras eran aquéllas? Pero mi colega no me dejó tiempo de preguntárselo. Hizo señas al ordenanza de que dejase las dos carteras en el suelo y se retirase, y, una vez que nos quedamos solos, arrodillándose delante de mí, me dijo con actitud teatral:

—Yo he caído del cielo y tú me has sostenido.

Miré primero mis dos manos delgadísimas y luego su corpachón:

—¿Qué yo te he sostenido? Pero si has bajado sano y salvo.

—Óyeme. El asunto va en serio. Tú eres hombre que tienes fama entre todos nosotros de enérgico y bravo...

Aquí comencé a escamarme. Comprendí que, indudablemente, aquel colega no había dejado su puesto de Tantā, en este momento crítico de la fiesta del Sayyid al-Badawī^[29], con todo lo que eso supone de afluencia a la ciudad de gentes forasteras y por ende de abundancia de los sucesos y asuntos que habitualmente acompañan a toda feria y aglomeración, y que no había venido a invocar mi energía y mi valor, sino para pedirme ayuda en algo importante ¿Y de qué género podía ser la tal ayuda? Me entró cierto desasosiego, y, para tranquilizarme sabiendo inmediatamente lo que quería de mí, le dije:

—Estoy a tu disposición.

Apenas oyó estas palabras alentadoras, se abalanzó a besarme en la frente y a decirme con el sonsonete de los mendigos al recibir limosna:

—Dios te proteja, te conserve y te dé larga vida...

Luego me dejó, y yendo a toda prisa hacia sus carteras, preguntó:

—¿Me permites...?

Yo, alabando interiormente su delicadeza y su respeto de las conveniencias al visitar a un amigo, murmuré:

—Por Dios, no era menester que te molestases trayendo regalitos.

Ya había abierto una de las carteras, y, cuando yo pensaba que en ella habría por lo menos unos garbanzos torrados del Sayyid al-Badawī, y en la otra unos dulces de la fiesta, he aquí que lo que sacó fue unos montones de papelotes de demandas, que fue apilando sobre mi mesa, mientras decía humildemente:

—Nuestro regalo es según nuestras fuerzas.

Yo miraba los papeles con horror, y balbucí:

—¡Pido refugio en Dios!...

Pero mi huésped seguía sacando un montón tras otro, afirmando:

—El Profeta aceptó el regalo.

No supe qué decir a un hombre que seguía llamando «regalo» a este trabajo forzado y gratuito. Maldecía para mis adentros eso que dicen de que «la Fiscalía es toda una», principio que todos seguimos, y ese reglamento que presupone la confianza mutua entre todos los miembros de la Fiscalía, y que da derecho al fiscal de Aswān para despachar los asuntos del fiscal de Alejandría, sin que su intervención quede anulada por incompatibilidad de lugar o de tiempo. Maldecía a mi huésped y me maldecía a mí mismo y a mi mala suerte por llevar entre mis compañeros fama de ser uno de los más hábiles y de los más rápidos, sobre todo en el despacho de estas reclamaciones administrativas.

Muchos de mis amigos fiscales han hecho circular, en efecto, la especie de que yo tengo una especial manera de leer las demandas, que consiste en leerlas por el final y no por el principio. Y así es; porque yo no estoy tan loco como para leerme esos papeles por el comienzo, como suelen hacer las personas y las gentes sesudas. Si hiciera eso, no acabaría nunca. Yo paso por alto esos preámbulos de «Vos, asilo de la justicia, apoyo del derecho, destronador del gobierno de la injusticia, aniquilador..., etc...», y me voy derecho a la última línea que es donde suele estar el meollo del asunto. Bueno, la realidad es que ese meollo se encuentra también pocas veces. Generalmente mi pluma corre desestimando u ordenando la archivación, con una rapidez, arrojo y decisión que me suelen envidiar mis colegas embarazados y hundidos en el mar de parecidas miserias.

Pero hoy yo no era ni mucho menos ese que dice la gente, y también yo necesitaba ayuda. Éste huésped me había caído encima como una de esas desgracias que vienen a atormentarle a uno. No pude contenerme, y, frunciendo el ceño ante las demandas que seguían brotando de las carteras, dije con amarga ironía:

—¡Bueno va! ¡Bueno va, con los garbanzos torrados de la fiesta! Es una cosa que realmente ensancha el corazón.

Mi huésped, sacudiéndose una con otra las manos después de sacar el último legajo, se disculpaba:

—Tenía pensado traerte un poco de dulces...

Yo le interrumpí horrorizado:

—¿De esta clase?

Y él continuó sonriente:

—Pero, por Dios, se me pasó en el último momento.

—¡Gracias a Dios, ya han venido buenos!

Mi ilustre colega se río. Llegó el café, y nos lo bebimos a gusto. Luego se levantó, dio un paseíto por mi despacho, se acercó a la ventana, según una costumbre suya que yo conozco bien, recorrió con la vista las pocas casas de alrededor y me guiñó un ojo:

—En esa casa hay una chica guapa.

Me apresuré a ir a él, y, arrastrándole por un brazo, me lo llevé lejos, diciéndole:

—Pensé que habías sentado la cabeza y que ya habías dejado de decir tonterías.

Pero él me replicó sonriendo, mientras volvía al centro de la habitación y se dejaba caer en una butaca:

—¿Cómo dejar? Yo llevo la broma en la sangre.

Y se puso a recordarme los días de Dayrūt, en cuya fiscalía trabajamos. Me pidió un pitillo y lo encendió:

—¿Te acuerdas cuando estábamos en Dayrūt y nos parábamos en las ventanas para ver con nuestros ojos, encima de las azoteas, camisas de mujer adornadas con

puntillas, no más que para tranquilizarnos de que aún existía el sexo femenino en el pueblo?

La verdad es que aquel pueblo estaba cerca de la naturaleza y del salvajismo, y que toda esa zona del sur de El Cairo es algo terrible para nosotros, los habitantes de la región marítima. La mujer es allí una sombra que no se ve y que no conviene ver; una criatura rechupada, que no se diferencia del hombre, porque en ninguno de los dos hay nada delicado, y ambos son, en el cuerpo, en el carácter y en el alma, como esa tierra negra sobre la que viven y de la que se retira el Nilo en la época del estiaje: unos seres humanos de cuya composición se ha evaporado esa jugosidad en la que está el secreto de la diferenciación entre los seres humanos.

Eché el humo por la boca y por las narices, y luego divagó:

—¡Dios maldiga el pueblo aquél! Apuesto a que si se examinan las cabezas de las nueve décimas partes de los habitantes de Dayrūt, se encontraría que a todos les han hecho la trepanación, a causa de los garrotazos que se han propinado unos a otros.

Asentí con la cabeza, y le pregunté:

—¿Y Abnūb?

—¡Maldito sea!

Lo dijo con un ademán que me hizo reír y que me recordó algo que yo había leído sobre este pueblo. Se trata de que en una estadística mundial de criminalidad, publicada en Europa o en América (no lo recuerdo con exactitud), constaba que las dos ciudades del mundo en que había mayor número de crímenes eran, primero, Chicago, y luego, directamente, Abnūb, detrás de las cuales venían el resto de las ciudades famosas del mundo. Habría creído entonces que esta ciudad de Abnūb estaba en América, si una nota al pie de la estadística no me hubiese recordado que se halla en la parte meridional de Egipto. Y me quedé sorprendido de que este pueblo pequeño ocupase un lugar tan señalado entre las más célebres ciudades del mundo, aunque fuera en la esfera de los crímenes. Chicago y Abnūb eran los dos polos mundiales de los más bajos instintos: Chicago en los crímenes de la vida más civilizada; Abnūb en los crímenes de la vida más atrasada. Cada una de las dos clases tiene su sello peculiar y características propias. Allí, el crimen de la civilización va también vestido con ropa civilizada y usa las armas, los gustos y los objetos de la civilización: va en su automóvil blindado, cargado de revólveres, ametralladoras y bombas de mano, para asaltar los más imponentes Bancos y sedes del capitalismo y volver a su guarida con inmensos fajos de billetes. Aquí, el crimen primitivo va envuelto en su jaique, llevando su garrote, su hacha o su fusil, para derramar la sangre de un pobre hombre y vengar un honor afrentado a juicio de las tradiciones y de las costumbres. Allí, la riqueza y el dinero; aquí, las tradiciones y las costumbres. Ésa es la diferencia entre la civilización y el atraso; entre lo que ocupa la inteligencia del hombre civilizado y lo que ocupa la inteligencia del hombre atrasado. Sí, el mal

es siempre el mal; pero el mal que se origina de una causa grande es más digno de consideración que el mal que nace de una causa insípida y mezquina. La gran civilización no puede suprimir el mal ni abolir el crimen; pero, al menos, sabe encontrar el mal grande y el delito grande.

Me volví a mi colega, que estaba cabizbajo, y le dije:

—Me siento morir. Estoy harto de una cosa que se llama el campo. Estoy harto de ver a estas gentes con gorro de fieltro.

—¡Hártate cuanto quieras!

—Echo de menos El Cairo. Ya se me ha olvidado cómo es la capital de mi país. Señores, yo quiero cambiar de clase de crímenes y trabajar con criminales de chaqueta y pantalón.

—El movimiento del personal se hace en noviembre.

—Creo que ya me llegará el turno y me trasladarán a El Cairo.

—El traslado a El Cairo no es cuestión de turno, amigo mío. ¿Tienes padrinos?

—No.

—Entonces vivirás y morirás en el campo.

—Pero nuestros colegas, los que están felices y contentos en El Cairo, ¿van a seguir así años y años?

—También entran en el movimiento de personal, pero del modo consabido y por el procedimiento acostumbrado. Al fiscal del Mūsķī lo trasladarán a la fiscalía de la Ezbekiyya; al fiscal de Subrā a la fiscalía de al-Jalīfa, y al fiscal de la Sayyida Zaynab^[30] a la general de El Cairo; o sea, traslados hechos con todo buen cuidado de que no salgan del «paraíso», es decir, de la capital. Y, a pesar de eso, no verás que sus señorías queden contentos, porque uno de ellos te dirá: «¡Subrā! ¡Hay que ver! Subrā está lejísimos de mi casa de Zamālek», y otro se lamentará: «¿Cómo voy a ir a la fiscalía de la Sayyida? ¡Un barrio tan democrático!». En cuanto a su señoría y a la mía... Tú, si Dios quiere, irás de aquí a al-Fasn, sin decir esta boca es mía, y yo iré de Tantā a Timā o a Manfalūt, sin despegar los labios. Porque si uno de nosotros abre el pico para quejarse o protestar, nos ladrarán: «¿Qué caprichito de los miembros de la fiscalía es éste? ¡Por favor, idos a vuestras fiscalías, sin rechistar!».

Me callé por largo rato, lleno de preocupación y de tristeza; pero no encontré otra solución que aguantarme, para no añadir más leña al fuego, y suspiré:

—¡Sea lo que Dios quiera! ¡Él es El que dispone! Ahora que estas cosas le quitan a uno las ganas de trabajar...

Lo dije mirando los montones de papeles que no había más remedio que despachar y sintiendo que mi ardor por el trabajo se había entibiado mucho. Mi amigo contestó:

—¡El trabajo!... Eso es lo último que preocupa a nuestros señores los grandes jefes. Lo primero es el favoritismo; las conveniencias del servicio vienen después. El

que el espíritu de tu señoría esté obstruido o presto a trabajar es una cuestión absolutamente sin sentido y que tiene perfectamente sin cuidado a nuestros señores los grandes.

Mi colega miró su reloj y se puso rápidamente en pie, pidiendo permiso para irse. Yo intenté retenerlo, entristecido, porque en su compañía y en aquel barajar de recuerdos comunes encontraba cierto descanso y consuelo:

—¡Quédate! Almorzarás conmigo hoy.

—Imposible. En la fiscalía no tengo a nadie, y es época de fiestas. Espero que me dispenses...

Me dio las gracias, me alargó la mano, y se despidió con prisa, mientras me decía, señalando los legajos de reclamaciones que había traído:

—A ver si el alma se te abre para ver esos papelotes del regalo... Te debo los dulces para la próxima vez... Sí, sí, de verdad, dulces: tortas de garbanzos y de sésamo, con nueces, almendras, alfóncigos...

—Bueno, anda, vete, que se me hace la boca agua... Le acompañé sonriente hasta la puerta del despacho, y esperé a que se perdiera de vista. Luego volví a mi trabajo, pero con cierta morosidad y con desgana y tristeza. Eché otra mirada a las reclamaciones, y me pareció que debía seguir trabajando, sin perder el tiempo en melancolías inútiles que no iba a saber nadie y que no iban a ver más que aquellas cuatro paredes, que me aprisionaban a mí y a mis suspiros. Cogí, pues, la pluma, y, agarrando un legajo del montón, lo abrí, y leí: «¡Oh asilo de la justicia...!». No pude contener una risotada amarga: ¿Yo, asilo de la justicia? Y ¿dónde está la justicia? No la conozco ni la he visto, ni nadie me la ha hecho a mí. Me piden que vea las reclamaciones de las gentes y ellos no se dignan ver las mías y las de cientos de mis compañeros... En letras grandes escribí en aquellos papelotes: «Archívese».

Entonces entró ‘Abd al-Maqsūd Effendi con más legajos imponentes. Le pregunté aterrado:

—¿Y todo eso qué es?

—Las faltas que quedan por despachar.

Volviéndose hacia atrás le gritó al ordenanza:

—Mozo, trae las causas criminales.

Y me miró diciendo:

—¿Qué vamos a hacer con las causas criminales pendientes?

Me puso delante unos legajos. En la cubierta de uno de ellos leí: Causa de Qamar al-dawla ‘Ulwān.

Recordé que el criminal de esta causa no se conoce. No se conoce, naturalmente. No se conoce y no se conocerá. Y ¿cómo demonios se nos va a pedir que conozcamos al reo en una causa oscura como ésta, si el delegado gubernativo y la policía están metidos de hoz y de coz en amañar las elecciones, y si yo estoy enfangado en leer

reclamaciones, faltas y contravenciones, y en asistir a las vistas? Si al menos yo dispusiera de policía secreta, conforme a la nueva organización, o si el juez de instrucción se limitara exclusivamente a instruir las causas criminales, como ocurre en Europa y en todo el mundo civilizado... Y es que en esos sitios velan con seriedad por las almas humanas, mientras que aquí nadie lo toma en serio. Aquí se malgasta el dinero en naderías; pero, si se trata de establecer la justicia o de mejorar la situación del pueblo, entonces el dinero es poco y entre coles, y se abalanzan a cogerlo unas manos temblorosas, como si se echasen unos átomos al mar. «Justicia», «Pueblo», etc., etc., son palabras que nada dicen a las inteligencias en este país; palabras que, como tantas otras palabras y epítetos huecos no sirven más que para ser estampadas en los papeles o encajadas en los discursos, sin que se sienta que tienen una existencia auténtica.

Entonces, ¿por qué se va a esperar de mí que tome en serio el alma de Sīdī Qamar al-dawla ‘Ulwān? Ésta pobre víctima ha muerto y desaparecido como tantos otros centenares de víctimas en este distrito y en los demás distritos del país. La sangre de todas ellas corrió mucho más barata que la tinta con que han sido escritos los sumarios de sus causas. Y su recuerdo acaba entre nosotros «oficialmente» con esa última diligencia tan sencilla: «Archívese el sumario por desconocimiento del criminal, y comuníquese a la delegación que prosiga la búsqueda y las averiguaciones»; fórmula a la que contesta la delegación con esa otra expresión consabida y estereotipada, que con un movimiento mecánico escribe el secretario de la oficina mientras mordisquea un manojo de zanahorias: «Prosiguen la búsqueda y las averiguaciones», que, esas sí, son las palabras de despedida con que el sumario queda definitivamente enterrado.

En la causa de Qamar al-dawla había brillado una «luna»^[31] luminosa que hizo que, a nuestros ojos, este sumario se haya diferenciado de los demás y le hayamos dedicado con fervor trabajo y esfuerzo; pero esa luna se ha eclipsado para siempre, dejando al sumario y a los que lo instruían en tinieblas. Más aún: con su desaparición ha cesado también nuestra consideración especial, y aquel sumario ha pasado a ser uno de tantos cientos de sumarios por cuyos personajes no nos interesamos lo más mínimo. Ahora bien: el sumario, es decir, ese legajo material compuesto de folios escritos, tiene una personalidad independiente a los ojos de los hombres de leyes. Lo que nos interesa principalmente es ese «legajo» y el despacharlo rápidamente. Nadie nos contará como un defecto el que lo archivemos; pero lo que sí nos será imputado como un defecto gravísimo es que el dicho sumario siga pendiente de resolución y que conste así en la lista que se remite al Fiscal general y al Ministerio, a fines del año judicial. ¡Qué padrón de ignominia y qué acusaciones de abandono no se le dirigen entonces al fiscal! ¡Qué cartas metiéndole prisa no caen sobre su cabeza de todas partes, por culpa de que aquel maldito sumario haya quedado pendiente de

despacho! Porque aunque el fiscal conteste que aún no han terminado las investigaciones enderezadas al descubrimiento del criminal, y que sigue trabajando en él y llevándolo adelante, esto no se le cuenta como excusa, y sus colegas lo juzgan necio, lo tienen por ignorante, y le aconsejan que archive el sumario «a su tiempo», a fin de que se le pueda considerar «despachado». Porque en las altas esferas lo que les interesa y lo que les tranquiliza es que se despachen los asuntos, es decir, que se los quite uno de delante y que se acabe con ellos, sea de la forma que sea y por cualquier procedimiento, a fin de que dichas altas esferas puedan registrar en sus estadísticas: «En el país ha habido este año tal número de causas criminales, de las cuales han sido resueltas tantas, etc». Cuanto mayor sea el número de causas totalmente despachadas, es más palmaria prueba de la actividad de los hombres de ley y de su celo por mantener la seguridad pública y la buena marcha del mecanismo gubernamental.

‘Abd al-Maqsūd Effendi me dijo señalando los legajos:

—Ante todo, Excelencia, despáchenos las causas criminales pendientes, a fin de que yo pueda cerrar el estado de las causas criminales y enviarlo al Pachá Fiscal y al Ministerio...

—¿Sólo eso? Perfectamente.

Mojé la pluma en el tintero, y cogí el primer sumario, que era el de Qamar al-dawla:

—¿Quieres despacho? Pues toma despacho.

Y escribí al fin del atestado la indicación consabida: «Archívese el sumario por desconocimiento del asesino, etc».

Luego fui cogiendo las demás causas y haciendo con ellas lo mismo para entregárselas al jefe del servicio, mientras le decía en un tono que, sin querer, resultó irónico y amargo:

—¡Ajajá! Sanseacabó. Ahora podemos cerrar el estado.



TAWFĪQ AL-HAKIM. Escritor egipcio nacido en 1898 y fallecido en 1987. A lo largo de su vida elaboró una ingente producción de ensayos, novelas, crónicas y piezas de teatro. Era uno de los más grandes escritores árabes del siglo, y sobre todo el cronista de la vida cotidiana de los fellahs, los campesinos del valle del Nilo, eternamente humillados, eternamente pobres.

Tawfīq al Hakim nació en una familia acomodada de Alejandría, que le destinaba a la magistratura. A pesar de su carácter pacífico, no duda en lanzarse a la calle en 1919 para participar en las revueltas estudiantiles. Su padre, magistrado de carrera, lo envía a París a estudiar leyes, pero el joven Tawfīq abandona pronto las aulas para sumergirse en el ambiente cultural. Aunque finalmente terminó en 1922 sus estudios de Derecho en París, los seis años que permaneció seis años en Francia, estuvo más preocupado por su segunda vocación, la literatura, que por los estudios jurídicos.

En 1928, de vuelta a Egipto, trabajó para el Ministerio de Justicia, experiencia que dará lugar a su obra maestra, *Diario de un fiscal rural*. Tras los éxitos de ésta y otras obras (*Memorias en Arte y Justicia*, *El retorno del Alma*) así como de sus piezas teatrales, se instala en El Cairo. Ejerce el periodismo hasta que es nombrado Director de la Biblioteca Nacional, y posteriormente es elegido miembro de la Academia Árabe de la Lengua.

Un inconformismo irreductible le llevó en los últimos años al centro de dos importantes polémicas. Su obra *La conciencia reencontrada*, aparecida en 1974, despertó la ira de los nasseristas. Nueve años después, este anciano terrible,

irreductible al compromiso, desencadenaba las iras de los integristas islámicos, que juzgaron sus artículos —aparecidos en el diario Al Haram bajo el título Diálogo con Dios— como «iconoclastas» y producto de «un pensamiento laico salido del imperialismo cultural occidental».

Muere en 1987 dejando atrás una extensa obra y un sólido prestigio literario.

Notas

[1] Bunn designa la planta y el grano del café, pero no la bebida. <<

[2] Sala en que son recibidos los visitantes varones. <<

[3] Baraka, literalmente «bendición», significa también «poder carismático, sobrenatural» anejo a las cosas o personas que se reputan santas. <<

[4] El segundo nombre viene inventado y en rima con 'Usfūr, para acompañar a éste. Como si en español, tratándose de un «tío Juan» dijésemos: «al tío Juan y al tío Adrián». <<

[5] Palabra turca que significa señor, y sigue usándose mucho en árabe. <<

[6] Camino sutil, como un cabello, por el que los musulmanes creen que en la otra vida se ha de pasar al paraíso. <<

[7] Insignia del cargo, como la toga entre nosotros. <<

[8] Primer capítulo, muy breve, del Corán, que es oración frecuentísima y que se reza, como aquí, cuando se cierra un trato o acuerdo. <<

[9] Veinte piastras. La palabra viene del español «real». <<

[10] Como se ve por lo que sigue, son palabras de una cancioncilla popular. <<

[11] Generalmente se entiende el juramento de repudiar a la mujer, de no hacerse tal o cual cosa. <<

[12] Las campesinas egipcias, vestidas de negro, se manchan en los lutos con añil violento la cara y las manos. <<

[13] Marca de un aperitivo. <<

[14] Soldados montados en camello (hayin). <<

[15] El hasīs es la conocida hierba estupefaciente. <<

[16] ‘Uṣfūr significa en árabe «pajarillo, gorrión». <<

[17] Binniya”, «bayad.» (= blanco) y «*bultiyya*» son nombres de tres peces del Nilo.

<<

[18] En inglés, en el texto. <<

[19] Es decir, un alumno del Azhar, la milenaria Universidad religiosa de El Cairo, especie de gran Seminario del Islam. <<

[20] El *ifrīt* es un genio diabólico, maligno y travieso. <<

[21] Aparte los jueces civiles, ya nombrados antes, existe un cadí sar'i (= «canónico») para las cuestiones de estatuto personal y las que caen bajo la jurisdicción propiamente alcoránica, no afectadas por la nueva legislación secular. <<

[22] Es un hadit profético muy conocido. <<

[23] En el texto árabe hay aquí como un eco sutil, que resulta intraducible, de cierta cancioncilla amorosa muy divulgada. <<

[24] Refrán equivalente al nuestro: «meterse en camisa de once varas». Su fin es: «... no sacarás más que el mal olor». <<

[25] Título que viene a significar «señor», y que se da a los comerciantes y a los europeos. <<

[26] La barīza es una moneda de 10 piastras. <<

[27] Nombre de un antiguo juego de azar, con flechas. Aquí designa cualquier juego de azar. <<

[28] En francés, en el original. <<

[29] El famoso santón, patrón de Tanta. <<

[30] Se trata de barrios de El Cairo bien conocidos. <<

[31] Qamar significa en árabe «luna». <<